

A dos
CENTÍ-
METROS
de TI



ELIZABETH EULBERG

A dos
CENTÍMETROS
de TI

ELIZABETH EULBERG

Traducido por **Victoria Simó**

ALFAGUARA


Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*Para Erin Black, Marie Everett y Elizabeth Parisi,
porque la vida de esta autora es mucho mejor
si cuenta con vuestro apoyo.*

Los chicos y las chicas pueden ser amigos.

Así me gusta, Levi. Directo al grano.

Yo solo digo que es perfectamente posible que un chico y una chica sean amigos. Nunca he entendido cuál es el problema. O sea, sí, hemos tenido que soportar un montón de preguntas estúpidas.

Ah, ya, las preguntas.

¿Estáis juntos?

¿No? ¿Y por qué?

Pero algún rollo habréis tenido, ¿no?

O lo habréis considerado...

¿Y cómo has podido resistirte a los increíbles encantos de Levi, Macallan?

Nadie me ha preguntado eso.

No sé yo...

Bueno, pues yo sí. Y nunca me lo han preguntado. Jamás.

Bueno, vale. Sea como sea, reconozco que no todo ha ido como la seda. Hemos tenido algún que otro problemilla.

¿Algún que otro problemilla?

Vale, bastantes problemas. Pero mira cómo ha acabado todo. Cuando llegué al colegio, en sexto, ambos dimos por supuesto que no volveríamos a intercambiar palabra después de aquel primer día. Sobre todo tú, porque enloqueciste por mí en cuanto me viste.

¿Te refieres al día que estoy pensando?

Sí.

Oh, cuánto lo siento. Me parece que alucinas.

No alucino. Abundan los adjetivos para describirme: genial, fuerte, viril... ¿Quieres que siga?

Vale. Eres genial. Pero alucinas.

CAPÍTULO UNO

Seguro que era la única chica del mundo que estaba deseando que terminaran las vacaciones. Durante los meses de verano, tenía demasiado tiempo libre, lo cual implica demasiado tiempo para pensar, sobre todo si eres una chica de once años en pleno duelo. No veía el momento de empezar séptimo. Ponerme a hacer codos. Pasar menos tiempo a solas. Al principio de las vacaciones, me arrepentí de haber rechazado la oferta de mi padre de pasar el verano en Irlanda con la familia de mi madre, pero es que sabía que allí todo me recordaría a ella. Aunque para recordarla me bastaba con mirarme al espejo.

El caso es que el colegio era mi única vía de escape. Cuando me dieron el recado de que pasara por secretaría antes de clase, temí que me esperara otro curso plagado de visitas obligatorias al psicoterapeuta del centro, de miradas compasivas por parte de mis compañeros y de profesores bienintencionados pero algo despistados empeñados en decirme lo importante que era «mantener vivo su recuerdo».

Como si pudiera olvidarla.

Aquella mañana, no estaba para muchos dramas. Ya tenía bastante con enfrentarme a un nuevo curso desde que...

—¿Quieres que te acompañe, Macallan? —me preguntó Emily cuando recibí el recado de la secretaría. Aunque intentaba disimular, la sonrisa tensa del rostro la traicionaba.

—No, tranquila —repuse—. Seguro que no es nada.

Me escudriñó un momento antes de arreglarme el clip del pelo.

—Muy bien, si me necesitas estaré en clase del señor Nelson.

Esboqué una sonrisa tranquilizadora y me la pegué a los labios para entrar en el despacho.

La señora Blaska, la directora, me abrazó.

—¡Bienvenida, Macallan! ¿Qué tal el verano?

—¡Muy bien! —mentí.

Nos miramos mutuamente, sin saber qué decir a continuación.

—Bueno, necesito ayuda con un nuevo alumno. Te presento a Levi Rodgers. ¡Es de Los Ángeles!

Me volví a mirar y vi a un chico rubio que llevaba una coleta a la altura de la nuca. Su pelo era aún más largo que el mío. Se recogió un mechón suelto detrás de la oreja antes de tenderme la mano y decir:

—Qué tal.

Tenía que reconocerlo: como mínimo era educado... para ser un surfero.

La señora Blaska me tendió el horario del chico nuevo.

—¿Puedes enseñarle el centro y acompañarlo a su primera clase?

—Claro.

Salí del despacho seguida de Levi y me dispuse a mostrarle rápidamente la escuela. No estaba de humor para jugar a «cuéntame la historia de tu vida».

—El edificio tiene forma de «T». Por este pasillo llegarás a las clases de Mates, Ciencias e Historia —me puse a mover las manos como una azafata—. Detrás de ti, las clases de lengua y literatura, además de la sala de estudios —eché a andar con brío—. Hay gimnasio, cafetería, sala de música y sala de arte. Ah, y cuartos de baño al fondo de cada planta, además de un dispensador de agua.

Puso cara de sorpresa.

—¿Qué es un dispensador de agua?

Mi primera reacción fue de incredulidad. ¿Cómo era posible que no supiera lo que era un dispensador?

—Pues una especie de grifo. Para beber.

Se lo enseñé y apreté el botón para que manara agua.

—Oh, te refieres a un surtidor.

—Sí, dispensador, surtidor... qué más da.

Él se echó a reír.

—Nunca había oído eso de «dispensador».

Yo me limité a caminar más deprisa.

Mientras él echaba un vistazo al pasillo, me fijé en que tenía los ojos de un azul muy claro, casi grises.

—Qué raro —prosiguió—. Todo este colegio cabría en la cafetería de mi antiguo cole —formulaba las frases en tono ascendente, como si fueran preguntas—. O sea, voy a tener que cambiar de chip, ¿sabes?

Supongo que la reacción apropiada habría sido interesarme por su antiguo centro, pero quería llegar a clase cuanto antes.

Unos amigos se acercaron a saludarme y todos le echaron un vistazo al chico nuevo. Mi cole era bastante pequeño; la mayoría asistíamos desde primero, muchos desde infantil.

Volví a mirarlo de reojo. No estaba segura de si me parecía mono o no. Tenía las puntas del pelo casi blancas, seguramente como consecuencia del sol. El bronceado de su piel resaltaba aún más el tono trigueño de su cabello y el azul de sus ojos; pero no le duraría mucho, teniendo en cuenta que en Wisconsin, pasado el mes de agosto, apenas vemos el sol.

Levi llevaba una camisa a cuadros blancos y negros, bermudas y chanclas. Se diría que había intentado combinar un estilo informal con otro más serio. A mí, por suerte, me había ayudado Emily a escoger el conjunto del primer día de clase: un vestido a rayas amarillo y blanco con una chaqueta blanca.

Levi me sonrió, nervioso.

—¿Y qué nombre es ese de Macallan? ¿O es McKayla?

Mi primer impulso fue preguntarle si el nombre de Levi procedía de los vaqueros que su madre llevaba puestos el día que él nació, pero opté por comportarme como la alumna responsable que, al menos en teoría, era.

—Es un nombre típico de mi familia —respondí. Lo cual era una trola como una casa. El nombre tal vez fuera típico de alguna familia, pero no de la mía. Aunque me encantaba tener un nombre tan original, me daba vergüenza admitir que el nombre procedía del whisky favorito de mi padre—. Es Ma-ca-llan.

—Tío, qué guay.

No me podía creer que acabara de llamarme «tío».

—Sí, gracias —di por concluida la visita delante del aula de su primera clase—. Bueno, aquí te dejo. Me miró indeciso, como esperando a que le buscara un pupitre y lo arrojara en la cama.

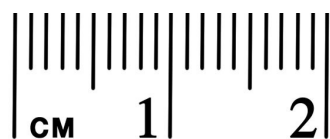
—¡Hola, Macallan! —me saludó el señor Driver—. Pensaba que no tenías clase conmigo hasta más tarde. Ah, vaya, tú debes de ser Levi.

—Le estaba enseñando el cole. Bueno —me volví hacia Levi—. Me tengo que ir a clase. Buena suerte.

—Ah, vale —balbuceó él—. ¿Nos vemos luego?

En aquel momento, me di cuenta de que me miraba con una expresión de miedo. Estaba asustado. Por supuesto. Me sentí culpable un momento, pero me sacudí de encima la sensación mientras me dirigía a mi aula.

Ya tenía bastante problemas sin necesidad de añadir uno más.



En cuanto nos pusimos a la cola en el comedor, Emily fue directa al grano.

—¿Y qué pasa con el chico nuevo? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé. No está mal.

Ella examinó una porción de pizza.

—Lleva el pelo larguísimo.

—Es de California —señalé.

—¿Y qué más sabes de él?

Renunció a la pizza y escogió un sándwich de pollo y una ensalada. La imité.

Estaba profundamente agradecida de tener una amiga tan femenina como Emily. Mi padre, por más que se esforzase, no podía ayudarme con cosas como peinados, ropa y maquillaje. Si dependiera de él, iría siempre vestida con vaqueros, deportivas y una camiseta del equipo de fútbol más famoso de Wisconsin, los Green Bay Packers, y además comería pizza a diario. Emily, sin embargo, resumaba feminidad. Sin duda era una de las chicas más guapas de la clase, con su pelo largo, negro como el carbón, y sus ojos oscuros. También tenía muchísimo estilo y, afortunadamente para mí, compartíamos talla, así que podía ponerme su ropa, aunque ella estaba más desarrollada que yo. Al menos, tendría a alguien a quien pedirle consejo cuando me tuviera que poner sujetador. No podía ni imaginar lo incómodo que se sentiría mi padre en una situación como esa. Lo incómodos que nos sentiríamos los dos.

—Mm...

Traté de recordar qué más sabía de Levi. Ahora, demasiado tarde, tenía la sensación de que me había esforzado poco.

Danielle se reunió con nosotras. Sus rizos color miel rebotaban en su cabeza mientras recorríamos la cafetería.

—¿Ese es el chico nuevo?

Señaló a Levi, que comía solo sentado a una mesa.

—Qué delgado está —observó Emily.

Danielle se rio.

—Ya lo creo. Pero no os preocupéis, si no engorda con nuestras grasientas hamburguesas, lo hará con nuestro famoso queso en grano y las salchichas.

Las tres echamos a andar hacia la mesa de siempre. Levi nos siguió con la mirada. Estábamos

acostumbradas. La gente hacía chistes del tipo: «Una rubia, una pelirroja y una asiática entran en...». Yo, sin embargo, prefería pensar en nosotras como «la chica con la que todo el mundo se quiere sentar porque es muy graciosa, la que es el blanco de todos los cotilleos y la que lleva a los chicos de cabeza».

Esboqué una sonrisa rápida en dirección a Levi, con la esperanza de borrar en parte la mala impresión que debía de haberse llevado de mí por la mañana. Él me devolvió un saludo triste. Yo me quedé parada un momento y, en ese instante, advertí que me miraba con expresión de gratitud. Pensaba que me iba a sentar a su lado o, como mínimo, que lo invitaría a unirse a nosotras. Titubeé, sin saber qué hacer. No me apetecía hacer de canguro, pero también sabía lo que es sentirse solo. Y asustado.

—Chicas, me sabe mal que se quede ahí colgado. ¿Os importa que se siente con nosotras?

Como nadie puso objeciones, me acerqué a Levi.

—Eh... ¿Qué tal te ha ido la mañana? —le pregunté, haciendo esfuerzos por sonreír y ser amable por una vez.

—Bien.

Por el tono de su voz, era obvio que le había ido de todo menos bien.

—¿Quieres sentarte con nosotras? —señalé nuestra mesa con un gesto.

—Gracias —respiró aliviado.

Pronto, la atención que despertábamos fue sustituida por cotilleos del estilo de *Sé lo que hicisteis el último verano*.

Levi se sentó a mi lado y picoteó su comida con aire cohibido. Dejó la mochila sobre la mesa y advertí que llevaba una chapa prendida a una tira.

—¿Eso no será...?

Me mordí la lengua. ¿Qué posibilidades había de que aquello fuera lo que creía que era? Demasiada casualidad.

Levi se dio cuenta de que estaba mirando su chapa de MANTÉN LA CALMA Y SIGUE COLGADO.

—Ah, esto... Es una serie de televisión que mola un montón... —empezó a explicar.

Yo apenas pude contener la emoción.

—*Buggy y Floyd*. ¡Me encanta esa serie!

Se le iluminó la cara.

—No es posible... Nadie conoce *Buggy y Floyd*. ¡Es alucinante!

Era alucinante.

Buggy y Floyd trata de las payasadas de Theodore «Buggy» Buggy y su primo/compañero de piso Floyd. En casi todos los episodios, Buggy se mete en algún lío absurdo del que Floyd tiene que rescatarlo. Y Floyd siempre se está quejando de la situación, de Buggy y de la sociedad en general.

Noté que una sonrisa se extendía por mi cara.

—Sí, la familia de mi madre vive en Irlanda. Vi la serie hace un par de veranos, cuando fui de visita. Tengo los DVD en casa.

—¡Yo también! Un amigo de mi padre es director de desarrollo de una productora y está pensando en adaptarlos para emitirlos aquí.

Gemí. Odio que adapten una buena serie inglesa a los Estados Unidos. A veces, el humor británico es intraducible y todo se convierte en una patochada.

—Lo estropearán —dijimos Levi y yo al unísono.

Durante un segundo, nos quedamos flipando. Luego nos echamos a reír.

—Episodio favorito

Levi se había echado hacia delante, ahora más relajado.

—Buf, hay muchos. Ese en el que la hermana de Floyd está a punto de dar a luz...

—Que me cuelguen si sé de dónde sacar agua hirviendo a menos que cuente una taza de té —Levi clavó el acento londinense.

—¡Sí! —palmeé la mesa con fuerza.

—¿Qué está pasando aquí? —perpleja, Emily nos miró por turnos.

—¿Te acuerdas de esa serie inglesa que siempre os digo que tenéis que ver?

—¿Esa? —Emily negó con la cabeza como hacía siempre que mis pequeñas excentricidades le hacían gracia. Se volvió a mirar a Levi—. ¿La conoces?

Él se rio.

—Sí, es brutal.

—Ajá —Emily arrugó la nariz—. Es adorable que tengáis algo en común.

—¡Común! —bufó Levi—. Ya sé que no soy la reina de Inglaterra, pero desde luego no soy común.

Era otra cita de la serie.

—Un engorro vulgar y corriente, eso es lo que eres —terminamos los dos.

Emily nos miró como si fuéramos dos bichos raros. Danielle sonreía divertida.

Charlamos un poco más sobre nuestros veranos respectivos y, cuando llegó la hora de irnos, me aseguré de que Levi supiera dónde estaba su siguiente clase. Esta vez, cuando preguntó «¿Nos vemos luego?» descubrí que no me horrorizaba la idea. Sería bastante guay tener un amigo que no compartía los gustos de la mayoría.

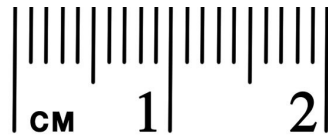
Emily se rio cuando dejamos las bandejas en la cinta transportadora.

—Parece ser que tu nuevo novio y tú tenéis muchas cosas de que hablar.

—¡Vale ya! Sabes muy bien que no es mi novio.

—Claro que lo sé, pero toda la cafetería se ha quedado con vuestra pequeña fiesta de reconciliación.

Seguro que tenía razón. A estas horas, todo el mundo estaría comentando nuestra animadísima conversación. Sin embargo, me daba igual. Prefería mil veces ese tipo de chismes a los cotilleos que habían proliferado a mis espaldas el curso anterior.



El tío Adam me estaba esperando para llevarme a casa después de clase. Siempre se alegraba mucho de verme, aunque hiciera pocas horas que nos habíamos separado.

—¿Qué tal tu primer día? —me preguntó mientras me daba un gran abrazo.

—¡Bien! —le aseguré.

—Genial.

Cogió mi mochila y echó a andar hacia el coche.

Allí al lado, Levi se montaba en un todoterreno conducido por una mujer que debía de ser su madre. Le dijo algo y ella echó a andar hacia nosotros. El chico la siguió poco convencido. Noté que se me hacía un nudo en el estómago. Siempre me pongo a la defensiva cuando tengo que presentar a Adam.

El tío Adam es una persona increíble y todo el mundo lo adora. Es simpático, extrovertido y el primero en echar una mano cuando hace falta. Pese a todo, nació con un defecto del habla y arrastra un poco las palabras. No sé muy bien cuál es el término exacto para definir su problema, pero no se le cierra del todo la garganta y a veces cuesta un poco entenderlo.

Cuando pregunté, de pequeña, qué le pasaba al tío Adam, mi madre me dejó muy claro que no le «pasaba» nada, sencillamente hablaba de manera distinta a causa de un defecto de nacimiento. Yo me lo

tomé al pie de la letra. Hace un par de años, volvía a casa del parque cuando unos chicos me preguntaron qué tal le iba a mi «tío el retrasado». Yo les grité: «No es retrasado, solo habla de un modo extraño». Entré en casa llorando y le conté a mi padre lo sucedido. Fue entonces cuando me informó de que Adam padecía una discapacidad mental. Mis padres pensaban que yo ya lo sabía. Sin embargo, ¿qué sabía yo? Conduce, tiene un empleo y vive solo (en la casa de enfrente). Su vida es idéntica a la nuestra.

Contuve el aliento cuando la madre de Levi se presentó, temiendo que, como muchas otras personas, metiera la pata de algún modo.

—Hola, Macallan, soy la madre de Levi. Muchas gracias por haberlo tratado tan bien. Es muy duro tener que trasladarse a la otra punta del país y empezar de cero en un colegio nuevo.

Tenía el pelo del mismo color que Levi, pero ella llevaba la coleta a la altura de la coronilla. Vestía un pantalón de algodón y una sudadera, como si acabara de salir del gimnasio. Incluso sin maquillar, era guapísima.

—Mamá —gimió Levi, temiendo que me contara su vida.

Ella se volvió hacia Adam.

—Y usted debe de ser su padre.

El tío Adam le cogió la mano. Cuando la madre de Levi se la estrechó, le vi dar un ligero respingo.

—Su tío.

—Este es mi tío Adam —intervine.

—Encantada de conocerle.

Sonrió con calidez mientras mi tío y Levi se estrechaban la mano a su vez. Me fijé para comprobar si Levi titubeaba también, pero no lo hizo. Seguramente estaba más pendiente de arrastrar a su madre de vuelta hacia el coche.

De repente, me sorprendí a mí misma dando explicaciones.

—Es que mi padre a veces trabaja hasta muy tarde en su empresa de construcción, así que Adam sale un momento del almacén para llevarme a casa.

—Bueno, si alguna vez necesitas que te llevemos a casa o quieres quedarte en la nuestra hasta que tu padre o tu tío salgan del trabajo, estaremos encantados de que te vengas con nosotros.

No supe qué decir. Estaba acostumbrada a las buenas maneras de la gente del medio oeste, pero allí estaba aquella mujer, recién llegada al pueblo y que acababa de conocerme, ofreciéndome su casa. Y lo hacía por pura amabilidad, no porque supiera lo del accidente.

—¡Qué bien! Los miércoles siempre se nos complican —dijo el tío Adam antes de que pudiera cerrarle la boca.

Por lo general, Adam trabajaba de las siete de la mañana a las dos de la tarde, así que era él quien me recogía del colegio. Salvo los miércoles. Ese día, tenía turno de tarde. El año pasado o bien me quedaba en la biblioteca o bien esperaba a que Emily o Danielle terminaran sus respectivas extraescolares.

La madre de Levi no lo dudó ni un instante.

—¿Por qué no te vienes a casa el miércoles? Si te apetece, claro.

Le eché una ojeada a Levi, que me miró y articuló sin voz las últimas palabras de su madre: «Si te apetece».

—¡Desde luego! —asintió el tío Adam.

—Le daré mi número por si el padre de Macallan quiere ponerse en contacto conmigo, ¿de acuerdo?

Levi señaló la chapa de su mochila y enarcó las cejas con ademán risueño. Me vino a la cabeza la imagen de nosotros dos viendo juntos *Buggy* y *Floyd*.

—Sí —articulé a mi vez.

Los dos adultos intercambiaron los números de teléfono. Mi yo destructivo pensaba que la madre de

Levi se estaba ofreciendo a ocuparse de mí porque pensaba que mi tío no estaba en condiciones de cuidarme. Mi yo constructivo me dijo que aquella mujer tan simpática solo quería que su hijo hiciera amigos.

Puede que lo haya dicho por pena, dijo mi yo destructivo.

No lo sabe, arguyó mi yo constructivo. Lo sucedido no se parecía a cuando alguien con quien tenías poca relación se interesaba por ti de repente, te ofrecía un hombro en el que llorar o te traía un *tupper* de algo que tu madre jamás en la vida había cocinado.

El tío Adam y yo montamos en el coche. Él siempre se aseguraba de que me hubiera abrochado el cinturón antes de arrancar.

—¿Va todo bien? —me miraba fijamente.

—Sí —dije, aunque no sabía qué pensar de lo que acababa de suceder. No me hacían mucha gracia los giros inesperados. A esas alturas de mi vida, había protagonizado más de los que me correspondían.

Adam parecía muy triste.

—A tu madre le encantaba recogerte del colegio.

Respondí con un asentimiento, como hacía casi siempre que alguien la sacaba a colación.

Una lágrima rodó por la mejilla de Adam.

—Te pareces tanto a ella...

Me estaba acostumbrando a aquel comentario. Me encantaba parecerme a mi madre. Tenía sus mismos ojos, grandes y marrones, el rostro acorazonado y el cabello ondulado de un color castaño que en verano se aclaraba y adquiriría un tono rojizo.

Sin embargo, también era la chica del espejo, el recordatorio andante de cuanto había perdido.

Cerré los ojos, inspiré a fondo y me prometí a mí misma: *dentro de quince minutos, estarás haciendo los deberes de mates. Dentro de quince minutos, se te concederá una tregua. Sobrevive esos quince minutos y todo irá bien.*

¿De verdad piensas que mi madre se ofreció a llevarte por compasión?

Ya no. Ahora sé que tu madre es la definición personificada de «increíble».

De tal palo, tal astilla.

Venga ya.

Pero reconoces que si tú me invitaste a sentarme con vosotras fue por pena.

Ya te digo.

¿Lo ves? Se supone que debes mentir y decir que te apeteció charlar conmigo porque pensaste que yo era un tío superguay.

¿Me estás pidiendo que mienta?

Mm... Sí. Los amigos mienten para que el otro se sienta bien. ¿No lo sabías?

¿Te he dicho ya que hoy estás muy mono?

Gracias, yo... Eh, un momento.

CAPÍTULO DOS

La primera vez que mis padres me dijeron que nos mudábamos a Wisconsin, me quedé hecho polvo. O sea, ¿tenía que dejar atrás a mis amigos y toda mi vida solo porque a mi padre lo habían ascendido? ¿Por qué no podíamos quedarnos en Santa Mónica, donde hacía buen tiempo y había unas olas brutales?

Luego me di cuenta de que empezaría de cero. Siempre había envidiado a los chicos que llegaban nuevos al colegio. Todo el mundo les hacía caso. Los envolvía un aura de misterio. Podían convertirse en la persona que quisieran. Así que, a lo mejor, la idea de mudarse no era tan mala. Me iba a convertir en un forastero procedente de tierra extraña. ¿Qué chica se resiste a eso?

Y por fin llegué a Wisconsin.

Cuando la directora me presentó a Macallan, me puse nervioso porque era muy guapa. Enseguida, al cabo de unos 2,5 segundos, me hizo saber que pasaba de mí completamente. Si le hubiera dado un vaso de leche, se le habría congelado en la mano en menos de un minuto. Así de fría fue.

Supuse que no volvería a hablarme y me centré en los chicos del colegio. De todos modos, los tíos siempre son más enrollados que las tías.

Aquel primer día, justo antes de comer, me acerqué a un grupo de chicos, me presenté e intenté aparentar que controlaba la situación. Sin embargo, estoy seguro de queapestaba a desesperación por los cuatro costados. Me di cuenta enseguida de que Keith, esa mala bestia, era el cabecilla del curso. Iba a todas partes acompañado de un grupo de tres o cuatro chicos y todos llevaban una camiseta de no sé qué equipo de Wisconsin. Keith vestía una sudadera de los Badgers y vaqueros por la rodilla. Medía más de metro ochenta y le pasaba una cabeza a todo el mundo, incluidos casi todos los profesores. No estaba delgado pero tampoco gordo; sencillamente, era un cachas.

Cuando me acerqué a él, me miró de arriba abajo y me soltó «¿De qué vas?» antes incluso de que tuviera ocasión de presentarme. Dije unas cuantas chorradas y me sentí como si me estuvieran entrevistando para un trabajo.

Entonces cometí un error fatal. Debería haber sido más listo.

Reconocí ser fan de los Chicago Bears.

Juro que oí el siseo.

Supuse que, en cualquier caso, me tomarían el pelo, como hacen los tíos. Era eso lo que esperaba, lo que ansiaba. Porque si los chicos te toman el pelo, significa que te han aceptado, más o menos.

En cambio, cuando me serví el almuerzo y busqué una mesa, nadie me miró siquiera. Todos estaban demasiado ocupados hablando de sus vacaciones como para fijarse en el chico nuevo. En vez de ser el recién llegado que despertaba el interés de todo el mundo, me trataban como si tuviera la lepra o algo así. Me habían repetido hasta la saciedad que la gente de Wisconsin era simpatiquísima, pero yo no tuve esa sensación. Me sentía como si hubiera invadido su territorio. No había pasado ni medio día y ya tenía ganas de llorar.

Entonces llegó Macallan.

Me salvó de la humillación pública de tener que comer solo el primer día de clase. A partir de entonces, me senté a comer con ella y con sus amigas cada día.

Al principio, no me hacía mucha gracia eso de que Macallan viniera a casa los miércoles después de clase. En cuanto llegaba, sacaba los deberes y se ponía a trabajar hasta que su padre venía a buscarla. Solo se animaba cuando veíamos algún episodio de *Buggy y Floyd*. Al cabo de unos cuantos miércoles, empezamos a charlar un poco más.

Era bastante guay. O sea, increíblemente guay, aunque a veces podía mostrarse muy fría.

Un miércoles, cosa de un mes más tarde, tuvo que quedarse más rato que de costumbre. Mi madre llegó del supermercado y dijo:

—Macallan, cielo, tu padre acaba de llamarme. Se le ha hecho tarde, así que tendrás que quedarte a cenar. Espero que te guste la carne picada.

Sentada a la mesa del comedor en la que solíamos estudiar, Macallan se quedó mirando a mi madre, que había entrado en la cocina y estaba sacando la compra. Procuré no reírme cuando Macallan frunció el ceño. Siempre hacía eso para concentrarse, tanto en las mates como en mi madre. Me parecía adorable.

—Eh —intenté que Macallan me prestara atención—. ¿Quieres que juguemos a un videojuego o algo?

—Prefiero acabar el trabajo de Literatura.

Se puso a escribir a toda prisa.

Cogí el manoseado libro que estaba leyendo.

—¿*Miss Lulu Bett*? —me reí—. ¿Estás haciendo un trabajo sobre alguien que escribió un libro titulado *Miss Lulu Bett*?

Macallan tendió la mano hacia el libro.

—¿Puedes tener cuidado, por favor? Lo he sacado de la biblioteca. Es una rareza.

Le ofrecí el libro con ambas manos haciendo un amago de reverencia.

—Y, para que te enteres, la autora, Zona Gale, nació en Wisconsin y fue la primera mujer galardonada con el premio Pulitzer de teatro. No te vas a morir por aprender un poco de historia de esta zona. Ahora vives aquí.

—Uh...

Casi siempre le respondía eso cuando Macallan me soltaba un sermón. Me iba bastante bien en el cole y sacaba buenas notas, pero no era tan empollón como ella.

Macallan siguió escribiendo.

—¿Y tú trabajo de qué trata? ¿Del doctor Seuss?

—Me gustan los huevos verdes con jamón, Mac yo soy.

Macallan hizo una mueca.

—A veces no sé ni por qué me molesto.

Fingió volver al trabajo, pero me di cuenta de que le empezaban a bailar las comisuras de los labios.

Volví a coger el libro con cuidado.

—A lo mejor debería leer este. Me pregunto qué clase de apuesta hizo Miss Lulu.

Lo dije porque *bet* significa «apostar» en inglés. Macallan gimió.

—Señora Rodgers, ¿necesita ayuda con la cena?

Mi madre asomó la cabeza por el umbral de la cocina.

—No te preocupes. Creo que ya está todo.

Macallan se levantó de todos modos y se reunió con ella.

—¿Seguro?

—Bueno, si quieres me puedes ayudar a cortar las verduras.

Mi madre le sonrió.

Genial, ahora tendré que ayudar yo también, pensé. Si quieres quedar como un vago, invita a Macallan a cenar.

Mi madre sacó pimientos rojos y verdes, calabacín y champiñones de la bolsa de la compra y le dio a Macallan la tabla de cortar y un cuchillo. Macallan se quedó mirando el cuchillo y las verduras como si le hubieran puesto delante una ecuación muy complicada. Acercó el cuchillo al pimiento, primero en un sentido y luego en el otro.

Por fin, dirigió la vista hacia mí, seguramente pidiendo ayuda. Menuda ocurrencia. El año pasado, cuando intenté preparar palomitas en el microondas, estuve a punto de quemar la casa. El tufo a palomitas carbonizadas duró una semana. Desde entonces, tengo prohibida la entrada en la cocina.

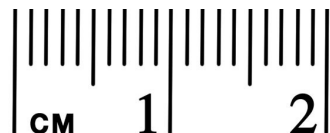
—¿Quiere que las corte de alguna forma en especial? —le preguntó a mi madre.

Ella abrió la boca, pero antes de que dijera nada se le encendió la bombilla. Se acercó a Macallan y le enseñó los distintos modos de cortar cada cosa. Los ojos verdes de la chica lo miraban todo como si se lo tuviera que aprender para un examen.

—Gracias —dijo en voz baja cuando se puso a trabajar—. En mi casa apenas se cocina. Ya no.

En aquel momento, me di cuenta de que Macallan estaba enamorada de mi madre. Fue Emily quien me contó lo del accidente de coche; Macallan no me había dicho gran cosa sobre su madre. No tenía ni idea de si debía comentarle algo al respecto. O preguntarle. O sea, ¿qué se hace en esos casos?

Que me cuelguen si lo sé.



Aunque me estaba haciendo amigo de Macallan y su grupo, echaba de menos la compañía de los tíos.

—¿Qué pasa, California? —me dijo Keith después de clase a principios de noviembre—. ¿Cómo va eso, tronco? —aunque lo dijo con acento pijo. Sabía que se estaba burlando de mi manera de hablar, pero ¿acaso él no se había oído? Allí, todo el mundo se comía letras y ni siquiera pronunciaban la eses finales. A mí me daba mucha risa—. Te vi corriendo por la pista en clase de Educación Física. No se te da mal.

—Gracias, tío.

Estuve a punto de ponerme en plan chulo diciendo que podía correr mucho más cuando no estaba medio congelado. Aunque la nieve de la primera ventisca del año (que cayó antes de Halloween) se había derretido, seguía haciendo un frío de mil demonios.

Una parte de mí ya había tachado a Keith y su grupo de la lista... y sin embargo me emocioné un poco cuando él prosiguió.

—Sí, a lo mejor te gustaría jugar un partido. Como receptor o algo así. ¿Jugáis al fútbol en los mundos de Yupi? —se rio.

Decidí responder con otra pulla.

—No sé, tío. ¿Has oído hablar de algo llamado el Torneo de las Rosas? Seguro que no, porque los Badgers llevan años sin ganarlo.

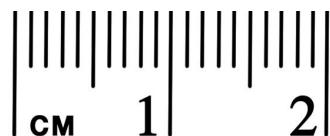
—Tocado —Keith parecía impresionado.

Yo había perdido la práctica de lanzar pullas. En California, mis colegas y yo nos pasábamos horas metiéndonos los unos con los otros, con nuestras familias, con las chicas que nos gustaban. Con cualquier cosa. Cuanto más gorda la pulla, más nos reíamos. Lo habíamos convertido en un arte.

—Vale, California —Keith asintió para sí—. Nos vemos por ahí. No dejes que esas pibas empiecen a trenzarte el pelo o a hacerte la manicura. Los tíos juegan al fútbol.

—Ya te digo.

Nos despedimos con esa especie de saludo que me hace sentir aún más gilipollas, pero, oye, por lo menos me había hablado. Algo es algo.



Después de clase, advertí al instante que Macallan estaba de mal humor. Mi madre tenía una reunión y llegaría tarde, así que tuvimos que hacer andando un trayecto de veinte minutos para llegar a mi casa. Apenas me dirigió la palabra en todo ese rato y ni siquiera quiso parar en el parque Riverside. Cuando íbamos andando a casa, siempre pasábamos un rato por el parque para hacer el ganso, por mucho frío que hiciera. Aquel día, por lo visto, no.

—¿Va todo bien? —le pregunté por fin, sobre todo porque tanto silencio me resultaba superincómodo.

Ella se puso en plan:

—Sí, no... No me encuentro bien.

La vi sujetarse la barriga y temí que echara la pota delante de mí.

Cuando llegamos a casa, se quedó sentada. No quería hablar ni mirar la tele, no le apetecía comer nada. Aquello tenía mala pinta.

Jugué un par de partidas a la videoconsola; ella miraba en silencio desde el sofá.

—Jo, en serio... —la miré y vi que tenía mal aspecto. Solo había una cosa capaz de arrancarle una sonrisa—. Uy —exclamé con mi mejor acento londinense—. ¿Te vas a quedar ahí sentada o me vas a ayudar a tener... un bebé?

A continuación fingí un desmayo. Un gag típico de Buggy.

Ella se levantó de repente y se fue al baño.

Es lo malo de hacerte amigo de una chica. A veces son tan complicadas... O sea, ¿tenía que adivinar lo que le pasaba? ¿No podía darme alguna pista?

Después de jugar unas cuantas partidas más, me di cuenta de que Macallan llevaba demasiado rato en el baño. Vaya asco. Pero ¿y si se había golpeado la cabeza contra el lavamanos o algo? No quería molestarla, pero había dicho que no se encontraba bien.

Me acerqué a la puerta del baño con cautela.

—Ejem, ¿Macallan?

—¡Vete!

—Esto... ¿necesitas...?

—¡HE DICHO QUE TE VAYAS!

Estoy seguro de que tiró algo contra la puerta. O la golpeó. Luego se oyeron más ruidos y me quedó claro que no estaba muy alegre que digamos.

No sabía qué hacer. Mis amigos de casa nunca se encerraban en el baño.

Gracias a Dios, mi madre llegó pocos minutos después. Cuando me vio allí plantado, mirando la puerta del baño, me miró extrañada.

—Mamá, no sé qué le pasa. Se ha encerrado ahí dentro. Creo que está llorando. Te juro que yo no he hecho nada.

Mi madre abrió los ojos como platos.

—Vete a jugar con la videoconsola.

Mi madre siempre me estaba diciendo que no perdiera tanto tiempo con los videojuegos. Me largué al salón antes de que cambiara de idea.

Tras lo que me pareció una eternidad, mi madre salió del baño.

—¿Qué...?

Me interrumpió.

—Mira, no hables de esto con Macallan ni con nadie del colegio. ¿Me entiendes? —no estaba acostumbrado a que me hablara en un tono tan brusco—. Ahora quiero que te vayas a tu habitación...

—¿Qué? —protesté—. Pero si yo no he hecho...

Mi madre hizo chasquear los dedos. Genial. Ahora ella también estaba enfadada conmigo. Bajó la voz.

—Cuando llegue el padre de Macallan, necesito hablar con él en privado. Ve a tu cuarto. No quiero oír ni una palabra más sobre esto.

Se cruzó de brazos y supe que no tenía más remedio que obedecer.

Me fui a mi habitación hecho un lío. Solo tenía una cosa clara.

No hay quien entienda a las chicas.

Ay, madre.

¿Qué?

Por fin he pillado lo que te pasaba aquel día.

¿No lo habías deducido hasta ahora?

Pues... no.

No vamos a mantener esta conversación.

No me puedo creer que no me diera cuenta de que tenías...

¿Qué parte de «no vamos a mantener esta conversación» no entiendes?

¿Crees que yo quiero hablar de esto?

¿Y entonces por qué sigues hablando?

Ejem, da igual.

Será mejor que nos pongamos a hablar cuanto antes de algo muy masculino para que no bajes puntos en la escala de tío duro.

Sí, esto, a mí gustar carne.

Tías.

Fútbol.

Hierba.

Salchichas.

Pedicura.

Vale, prometiste no mencionarlo nunca. Tenía una ampolla y yo solo...

Excusas, excusas.

Eres lo peor.

Por eso me quieres.

Sí, porque me encanta que me den caña. Y soy masculino al cien por cien.

Deja de reírte.

En serio, deja de reírte.

Macallan, no tiene tanta gracia.

CAPÍTULO TRES

—¿Y si me corto el pelo?

Levi acababa de formular una pregunta muy sencilla, pero no podía imaginar el efecto que iba a provocar en mí. A menudo jugaba conmigo misma al juego de «y si...». Me había pasado todo el verano jugando a aquello.

¿Y si hubiera sido otra persona la que le hubiera enseñado a Levi el colegio el primer día de clase?

¿Y si no hubiera visto su chapa de MANTÉN LA CALMA Y SIGUE COLGADO y no me hubiese puesto a hablar con él para descubrir qué más teníamos en común?

¿Y si el tío Adam no le hubiera mencionado a la madre de Levi el problema de los miércoles?

¿Y si su madre no hubiera estado siempre ahí cuando yo la necesitaba?

Ese es el quid del juego de «y si...». Nadie conoce la respuesta a esas preguntas. Y puede que sea mejor así.

Porque por debajo de todos esos «y si...» se esconden otros mucho peores.

¿Y si aquel día no me hubiera olvidado el libro de ciencias?

¿Y si no hubiera estado lloviendo?

¿Y si el otro conductor no hubiera estado pendiente del móvil?

¿Y si mi madre hubiera tardado tres segundos más en salir de casa?

¿Y si...?

—Eh, Macallan —Levi agitó la mano delante de mi cara—. ¿Qué te parece?

Se quitó la goma para soltarse el pelo.

—Tengo la sensación de que, ahora que voy a empezar octavo, debería comenzar de cero.

Me encogí de hombros.

—A lo mejor te queda bien.

—Algunos de mis colegas de casa se lo han cortado también.

De casa.

Aunque Levi llevaba casi un año en Wisconsin y sus padres no tenían previsto regresar, seguía refiriéndose a California como «su casa». Como si le costara aceptar que este era su nuevo hogar.

—¿Y bien? —preguntó Levi.

En aquel momento me di cuenta de que estábamos delante de la peluquería del centro comercial.

—¿Ahora mismo?

Titubeó unos instantes.

—¿Por qué no?

Veinte minutos después, aguardaba sentado en una butaca, peinado con la coleta de siempre. El estilista la sujetó y empezó a trabajar con las tijeras. Segundos después, la coleta colgaba de su mano.

Levi se llevó las manos a la nuca.

—Qué fuerte.

Hablaba en un tono apagado, como si no acabara de creerse lo que había hecho.

La estilista me pasó la coleta. Yo me la quedé mirando, preguntándome cuánto tiempo habría tardado en crecer. Pensando en la vida que llevaba Levi antes de conocerme. En aquel momento, comprendí lo que significa empezar de cero.

En cierto sentido, yo también había sentido que tendría que empezar de cero después del accidente. Sin embargo, aún me despertaba en la misma cama, iba al mismo colegio, tenía los mismos amigos. Es un alivio despertarte por la mañana y saber que estás en casa. Tenía la esperanza de que algún día, muy pronto, Levi tendría la sensación también de que este era su hogar.

Miré hipnotizada los mechones que seguían cayendo alrededor de la silla. La estilista no decía gran cosa, concentrada como estaba en igualar los laterales. Cuando terminó de cortar y de darle forma al pelo, hizo girar la butaca de Levi. Al verlo de frente, apenas lo reconocí. Llevaba el pelo muy corto por la parte superior y de un color más oscuro, más rubio ceniza, seguramente porque su cabello «reciente» apenas había visto la luz del sol.

—¿Qué te parece? —me preguntó Levi con los ojos muy abiertos.

—Me gusta.

Era verdad, aunque llevaba el mismo corte que casi todos los chicos del colegio.

—¿En serio? —ahora se estaba mirando al espejo—. ¿De verdad te gusta?

—Sí —me acerqué y le acaricié la cabeza. No me pude resistir—. Te lo han dejado muy corto, pero te queda bien.

Levi se estremeció con el roce, probablemente porque no estaba acostumbrado a tener nada ni a nadie tan cerca de la nuca.

Se levantó de un salto.

—Hagamos algo.

—Mm... pensaba que estábamos haciendo algo. Estamos en el centro comercial.

Gimió.

—Ya sabes que no me refiero a eso. Vayamos al minigolf o al parque. Hagamos algo.

Miré el reloj.

—No puedo. Tengo que prepararlo todo para esta noche.

Hundió los hombros con ademán derrotado.

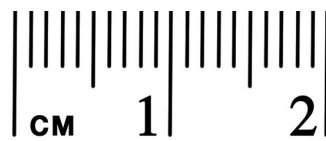
—Vale. Pero mi madre insiste en llevar algo. Y si le digo que no necesitas nada, se enfadará conmigo.

—No quiero que traiga nada. Os he invitado a cenar para daros las gracias por todo y para celebrar que el cole empieza la semana que viene.

—Eres la única persona del mundo que se alegra de volver al cole. Con lo bien que lo hemos pasado este verano.

El verano había sido increíble, claro que sí, pero de todas formas estaba ansiosa por sumirme en la rutina del curso escolar.

Aún necesitaba distraerme.



Sabía que mi padre solo quería ayudar, pero yo lo tenía todo pensado al detalle. Aquel verano, había asistido a clases de cocina en el YMCA y cada vez se me daba mejor. Estaba preparando una ensalada mientras la lasaña se asaba en el horno.

—¿Seguro que no necesitas nada? —me preguntó por enésima vez.

—En serio, papá, lo tengo todo controlado. Por favor, haz algo, lo que sea. Vete a mirar la tele con Adam.

Soltó una risita tonta.

—Hablas igual que tu madre.

Era la primera vez que la mencionaba sin ponerse triste. Se estaba riendo. Se reía de mí, claro, pero no era el momento de enfadarse. Tenía que tostar el pan de ajo.

Por suerte, el timbre de la puerta me rescató. Mi padre se marchó a recibir a Levi y a sus padres. Oí las voces a lo lejos.

—Huele de maravilla —dijo la señora Rodgers cuando pasó por la cocina para saludarme—. No quiero molestarte; solo quería decirte que he notado un aroma delicioso al entrar.

Mi padre apareció a continuación con una botella de vino en la mano, seguramente obsequio de los padres de Levi. Luego vi a mi amigo y apenas lo reconocí con su nuevo corte de pelo. Tardé un momento en darme cuenta de que sostenía un ramo de flores. Su padre entró tras él y lo apremió con un gesto.

—Oh, sí —dijo Levi, cayendo en la cuenta—. Ejem, para el chef.

Me tendió las flores, algo ruborizado.

—¡Gracias! —las cogí a toda prisa.

El padre de Levi le guiñó el ojo a su esposa antes de abrazarme. Era todo un honor que el doctor Rodgers hubiera venido. Trabajaba hasta tan tarde que casi nunca llegaba a tiempo para la cena, ni siquiera en su propia casa.

Los eché a todos de la cocina para poder terminar. Se me escapó una sonrisa cuando los oí charlar y reír en el salón. Me encantaba que la animación volviera a reinar en mi hogar. De vez en cuando oía gemir a Adam y supuse que Levi estaba provocando al personal con comentarios sobre la próxima temporada de fútbol. Aunque llevaba aquí casi un año, aún no había aprendido a disimular su simpatía por los Bears.

El temporizador del horno sonó justo cuando dejaba la ensalada sobre la mesa del comedor. No habíamos vuelto a usarla desde la fiesta de mi décimo cumpleaños. Llevábamos una larga temporada sin tener motivos para celebrar nada ni para sacar la vajilla buena.

Eché un último vistazo a la mesa para asegurarme de que todo estuviera en su lugar antes de llamarlos a cenar. Se me hinchó el pecho de orgullo cuando entraron y prorrumpieron en exclamaciones.

En cuanto empezamos a comer, se hizo el silencio en la mesa salvo por algún que otro cumplido a la ensalada. A continuación serví la lasaña con pan de ajo y para terminar saqué el pastel de chocolate que había preparado de postre.

—¡Pastel! —la señora Rodgers se palmeó su esbelta cintura—. ¡Me alegro de haber reservado plaza en la clase de *spinning* de mañana!

—Oh —me disculpé—. Es una mezcla preparada. Las clases de postres aún no han empezado.

Abrió unos ojos como platos.

—Cielo, todo esto es increíble. Tendré que esmerarme más cuando te quedes a cenar.

Me entraron ganas de abrazarla. Estar sentada a una mesa con tantos comensales me hizo darme cuenta de lo mucho que añoraba aquellos momentos. Había olvidado lo que era disfrutar de una cena en familia. Nos habíamos acostumbrado a cenar bocadillos o a pedir comida preparada. Encendíamos la tele para llenar el silencio. Porque a veces el silencio es más elocuente que cualquier palabra.

En aquel momento, supe que aquella sería la primera de muchas otras cenas compartidas. Quería instaurar una tradición con aquellos nuevos miembros de mi familia. Era consciente de que los Rodgers y yo no éramos parientes, claro que sí, pero las familias no siempre están unidas por lazos de sangre. Yo creo que una familia se crea también a partir de un sentimiento.

—¿Sabéis?, esto me recuerda una cosa —mi padre levantó un dedo en alto—. Hace tiempo que os quería comentar algo sobre el curso que viene. A partir de ahora, Macallan se puede quedar en casa los miércoles, o cualquier otro día, en realidad. Ha estado haciendo de canguro en casa de los vecinos y ha pasado mucho tiempo a solas este verano, así que ya no hace falta que cuidéis de ella.

Levi y yo intercambiamos una mirada. Estoy segura de que pusimos la misma cara, o al menos eso esperaba. Me gustaba ir a su casa y pasar un rato con su madre y con él. No me hacía ninguna gracia llegar a un hogar desierto pero atestado de recuerdos.

Mi padre prosiguió:

—Creo que la he estado sobreprotegiendo. Mi niña pronto irá al instituto. No me lo puedo creer.

La mirada de mi padre se desplazó hacia la pared que quedaba a mi espalda. No tuve que darme la vuelta. Ya sabía lo que había allí: una foto de mis padres bailando el día de su boda. Mi padre había hecho un chiste y los dos se estaban riendo.

—Pero si nos encanta que Macallan venga a casa —objetó la señora Rodgers. Me sentí mejor al instante—. ¿Verdad, Levi?

Contuve el aliento. Sabía que a Levi le apetecía hacerse amigo de algún chico, pero esperaba que eso no afectase a nuestra amistad. Hablábamos de cosas de las que no podía hablar con mis amigas. No quería pasarme el día rajando de los chicos o del modelito que llevaríamos al día siguiente. Con Levi, mantenía conversaciones de verdad. Y hacía años que no me reía tanto con nadie.

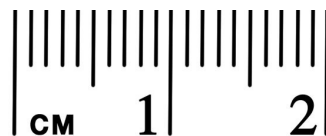
Levi miró a mi padre a los ojos.

—No sería lo mismo sin ella, señor Dietz.

Sentí tal alivio al oír su respuesta que me escocieron los ojos. Me levanté y empecé a quitar la mesa. Levi me imitó. Cuando dejamos los platos apilados sobre el mostrador de la cocina, me miró con esa sonrisa burlona suya.

—Tío, por los pelos. Que me cuelguen si habría sabido qué hacer sin ti.

Yo sentía exactamente lo mismo.



Cuando nos entregaron los horarios de octavo, descubrimos que lo impensable había sucedido.

Emily, Levi, Danielle y yo almorzábamos a horas distintas. Por suerte, nos habían separado de dos en dos, así que nadie tendría que comer a solas. Emily y Levi lo harían en el primer turno mientras que a Danielle y a mí nos había tocado el segundo.

Emily fue la más afectada por el desastre, lo cual me cogió por sorpresa. Siempre ha sido de esas personas que llegan a un sitio y se ponen a charlar con el primero que encuentran, pero la idea de empezar octavo la tenía preocupadísima. Se había pasado todo el verano repitiendo que aquel tendría que

ser nuestro mejor curso, pues nadie sabía lo que pasaría al año siguiente, cuando fuéramos al instituto. Gran parte de sus miedos, estaba claro, se debían al hecho de que la hermana mayor de Emily, al entrar en el instituto South Lake, había pasado (en palabras textuales de mi amiga) «de ser popular y tal a convertirse en una marginada».

Me pasé toda la clase de Historia sufriendo por Levi. ¿Se sentaría Emily con él? ¿O lo dejaría tirado para compartir mesa con las animadoras o con Troy, el chico que le gustaba últimamente?

Mis miedos se esfumaron en cuanto vi a Emily y a Levi riéndose juntos en el pasillo.

—¡Eh! —me saludó Emily—. No te acerques a los sándwiches. Están superpastosos.

Le hizo un guiño a Levi y sentí una punzada de celos. Lo cual, me dije al momento, era una tontería. Yo quería que Emily y Levi fueran amigos.

Cuando nos despedimos de Levi, Emily se ofreció a acompañarme a la taquilla. Por suerte, al él lo vería más tarde en clase de Lengua.

Mi amiga me cogió del brazo.

—No me habías dicho que Levi se había cortado el pelo. ¡Está muy mono!

—Oh —fue la única respuesta que se me ocurrió.

—Y bien...

Dejó la frase en el aire. Yo sabía lo que venía a continuación.

Decidí cortar por lo sano.

—¿Qué tal te va con Troy? —le pregunté.

A principios de cada curso, Emily se colaba por un chico distinto. La cosa siempre funcionaba igual: Emily declaraba que le gustaba fulanito, se encargaba de que todo el mundo lo supiera, el chico le pedía salir, salían y ella se fijaba en otro. Había tenido ocho novios formales antes de empezar octavo. Yo siempre le tomaba el pelo diciéndole que, a ese paso, no le quedaría ningún chico disponible para el baile de graduación, pero ella juraba que para entonces ya saldría con universitarios. No me cabía duda de que cumpliría la promesa.

—Ugh, Troy. No sé —por la cara con que me miró, supe que sí sabía—. Levi tiene un aire de misterio... ¿Le hablarás de mí?

Se me quitó el hambre. ¿De verdad quería que mi mejor amiga saliera con mi...? Bueno, Levi se había convertido en uno de mis mejores amigos también. Me imaginé a mí misma haciendo de celestina y mensajera.

Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no era tan mala idea que mis dos mejores amigos salieran. A veces tenía la sensación de que debía escoger entre ver a Levi o pasar el rato con Emily. Si estaban juntos, podríamos salir en grupo.

—Claro —asentí.

Al fin y al cabo, ¿qué era lo peor que podía pasar?

Esa actitud positiva dice mucho en tu favor.

Sí, soy la reina del optimismo.

Bueno, yo no lo expresaría así.

Estaba siendo sarcástica.

No me digas...

Habría hecho mejor en desconfiar en vez de dar por supuesto que todo iba a ir bien.

Algunos lo llamarían pasar de todo.

O ser poco realista. Lo que te parezca mejor.

Exacto. Lo que me parezca mejor.

CAPÍTULO CUATRO

De haber sabido que un corte de pelo me iba a convertir en un imán para las pibas, me habría afeitado la cabeza en cuanto llegué a Wisconsin.

Desde el primer momento, me di cuenta de que Emily se comportaba de manera distinta, pero di por supuesto que su actitud se debía a que Macallan no estaba presente. Luego empezó a hacer todas esas cosas que hacen las chicas para informarte de que están interesadas en ti. Se partía de risa cada vez que yo abría la boca, aunque no hubiera dicho nada especialmente divertido. No paraba de tocarme el brazo y de mirarme a los ojos. Al principio, pensé que quizá se le había aflojado un tornillo durante el verano, pero luego caí en la cuenta: Emily estaba coqueteando.

No digo que fuese la primera vez que una chica tonteaba conmigo. En casa había salido con unas cuantas. Sin embargo, desde que había llegado al país del queso, ninguna chica me había prestado atención en ese sentido.

No estaba seguro de si contarle a Macallan lo de Emily. O sea, sabía que Macallan y yo solo éramos amigos, pero la gente siempre daba por supuesto que estábamos juntos. Y cuando lo hacían, Macallan fruncía la nariz o fingía que la mera idea le producía arcadas. Lo cual no era nada halagador, pero yo entendía por qué lo hacía.

Y cuando Macallan me dijo que Emily estaba interesada en mí e incluso me ayudó a pedirle salir, lo tuve claro. Macallan y yo nunca seríamos pareja. Solo éramos amigos. No quería nada más de mí. Y quizá fuera mejor para los dos que nuestra relación no pasara de ahí.

A mí me parecía bien. Sobre todo porque era mi mejor amiga aquí en Wisconsin.

Decidí darle una sorpresa después del colegio. Le dije a mi madre que no viniera a buscarnos para poder estar a solas con ella.

—¿Adónde vamos? —me preguntó cuando tomé un desvío a la izquierda en lugar de doblar a la derecha.

—Es una sorpresa.

La cogí por el codo y la guie calle abajo.

—Vale —lo dijo como si no se fiara de mí—. ¿Ya sabes lo que vais a hacer el viernes?

—¿A quién le importa?

Aquella semana, había repetido esa misma frase hasta la saciedad. Cada vez que Macallan se interesaba por mi inminente cita, yo me preguntaba si lo hacía por mera curiosidad o si me estaba sonsacando información para pasársela a Emily.

—A mí. Lo preguntaba por si no sabías qué hacer.

—Oh —me sentí un bobo por haberme puesto paranoico—. Pensaba ir a tomar algo y al cine. ¿Te parece aburrido?

—A mí me parece bien. Por aquí no hay muchas más opciones.

—Ya, en casa tampoco.

Advertí que Macallan se crispaba. Estuve a punto de preguntarle si había hecho algo que le molestase, pero ya llegábamos a nuestro destino.

—¡Mira!

Señalé la marquesina del restaurante Culver's.

Abrió los ojos como platos.

—¡Sí! ¡La crema de tarta de queso es mi favorita! Ya lo sabías, ¿verdad?

—Claro. Cuando he pasado por delante y he visto que era el sabor del día, he decidido traerte. Invito yo.

Cuando entramos en el restaurante y nos pusimos a la cola, Macallan sonreía.

—Bueno, si tú invitas, pediré cuatro raciones.

—Lo suponía. Yo pediré una hamburguesa doble. Tengo que engordar un poco —me di unas palmaditas en la barriga. Quería apuntarme a algún deporte cuando fuera al instituto, pero seguía siendo el chico más delgado de la clase—. Creía que, entre lo bien que cocinas y todos los fritos que se comen en esta ciudad, habría ganado unos kilos a estas alturas, pero no.

—Menudo problema —negó con la cabeza—. Será mejor que no le comentes a Emily lo mucho que te cuesta engordar. Tiene buen tipo, pero eso no significa que esté contenta con su cuerpo.

—Qué absurdo. Nunca he entendido por qué las chicas están, o sea, tan obsesionadas con el peso. Emily está... mm... —en momentos así, el hecho de que tu mejor amiga sea una chica te pone en apuros. No podía decir «enferma» como les habría dicho a mis amigos de casa—. No está gorda. Ni mucho menos. Ni tú tampoco. Las dos estáis... esto... o sea... muy... bien.

Macallan se cruzó de brazos. Decidí que sería mejor cerrar la boca. Sabía que el tema la incomodaba. Macallan había engordado un poco últimamente, aunque solo por... bueno... ciertas partes del cuerpo. Me había fijado en que las camisetas le apretaban más que antes.

Soy un chico, luego soy humano.

Muy, muy humano.

Sacudí la cabeza para alejar de mi mente la imagen de Macallan con su jersey lila de cuello de pico. Gracias a Dios, nos tocaba hacer el pedido. Cuando nos sirvieron, buscamos una mesa.

—Bueno, ¿algún otro tema de conversación que deba evitar el viernes? —pregunté mientras Macallan se abalanzaba sobre su crema de vainilla con caramelo, chocolate y nueces pecanas.

Asintió.

—Será mejor que no le hables del próximo curso. Está paranoica con la idea de ir al instituto.

Mientras me contaba la historia de la hermana de Emily, tomé notas mentalmente. Por lo visto, el viernes tendría que ir con pies de plomo. No sería como salir con Macallan; con ella podía hablar de casi todo.

Bueno, excepto de cambios corporales.

—Sí, ya lo sé, ella...

Me callé cuando Macallan se quedó mirando la zona del rincón. Cuando me giré, vi que un grupo de chicos mayores se estaba metiendo con el empleado que limpiaba las mesas del fondo. Lo señalaban y se reían de él. No supe por qué hasta que se dio media vuelta y vi que tenía el síndrome de Down o algo así.

—¿Esos chicos...?

Me interrumpió.

—Qué idiotas. No hay derecho.

Estaba muy agitada.

—¿Quieres que vaya a buscar al encargado? —me ofrecí.

Macallan, sin embargo, pasó directamente a la acción. Se levantó y se encaminó al rincón. Yo vacilé un momento, pero enseguida comprendí que debía seguirla por si necesitaba ayuda.

—¿Hay algún problema? —les espetó a los tres chicos, que debían de tener unos dieciséis o diecisiete años.

—Oh, ¿es tu novia? —preguntó uno.

Estaba acostumbrado a oír esa pregunta dirigida a mí, pero esta vez se la formulaban al chaval que limpiaba la mesa de al lado.

—Ohhh —otro chico tiró un refresco al suelo—. Será mejor que limpies esto, retrasado.

—¿PERDONA?

La voz de Macallan resonó por todo el local. La gente de la cola empezó a mirar en nuestra dirección.

—No hablaba contigo.

El otro se echó a reír.

Ella se plantó ante la mesa.

—Bueno, pues ahora sí.

Los chicos soltaban risitas tontas y decían cosas que yo no alcanzaba a oír. Macallan golpeó la mesa con los puños. El tío que parecía la cabecilla dio un respingo.

—¿De qué vais? —les preguntó ella, temblando con todo el cuerpo—. Este chico está aquí trabajando, sin molestar a nadie, limpiando la porquería de cerdos como vosotros. Contribuye a la sociedad, que es más de lo que se puede decir de vosotros. Así que, ¿quién es el que sobra aquí?

El encargado se acercó.

—¿Va todo bien?

Los chicos farfullaron que sí, pero Macallan no pensaba dejar que se librasen tan fácilmente.

—No, no va todo bien. Estos caballeros —pronunció la palabra con infinito desdén— estaban molestando a uno de sus empleados que, por cierto, está haciendo un trabajo excelente.

—Sí —asintió el encargado, que debía de tener la misma edad que los folloneros—. Hank es uno de nuestros mejores empleados. Hank, ¿por qué no descansas un poco?

Hank cogió su paño, recogió las bandejas de la mesa y se alejó.

El encargado aguardó a que el chico se marchara. Luego se volvió hacia la mesa del grupito.

—Voy a tener que pedirles que se vayan.

Ellos se rieron.

—Da igual. De todas formas, ya nos íbamos.

Cuando se levantaron para marcharse, uno de ellos me empujó al pasar diciendo:

—Tendrías que ponerle un bozal a tu novia.

Yo me había quedado allí plantado, sin hacer nada. Macallan les había plantado cara a aquellos maleducados mientras yo lo miraba todo como un pasmarote.

Macallan charló unos instantes con el encargado y, por fin, él le dio las gracias por haber intervenido.

—Te felicito por lo que has hecho. Por desgracia, esas cosas pasan.

—Pues no deberían —replicó ella con frialdad.

Cuando volvimos a la mesa, de nuevo a solas, le pregunté:

—¿Estás bien?

—No. Odio a esa gente. Se creen mejores que Hank. Y seguramente se creen mejores que tú y que yo. Me pone mala que esos idiotas vayan por ahí metiéndose con la gente sin que nadie les diga nada. Te aseguro que Adam trabaja más en un solo día de lo que trabajarán esos tíos en toda su vida.

Nunca había visto a Macallan tan enfadada. Sabía que no aguantaba las gilipolleces, pero no tenía ni idea de que la sacaran de quicio hasta tal punto.

—Tienes razón —le dije—. Y estoy orgulloso de ti. Además, juro que nunca te haré enfadar. He flipado.

Una sonrisa se abrió paso a su semblante.

—Lo siento. No puedo evitarlo.

—No, lo digo en serio. Ha sido alucinante. Nunca te había visto en plan guerrero. Lo tendré en cuenta.

—Solo cuando se comete un abuso, espero.

—Marchémonos de aquí. Esto requiere una maratón de *Buggy y Floyd*.

—Y un poco más de crema.

Aquella era la Macallan que yo conocía.

—Ya sabes que no puedo negarte nada.

Se rio mientras nos poníamos otra vez a la cola. Le di un codazo.

—Te lo juro, en casa no hay ninguna chica tan guay como tú.

Macallan volvió a crisparse. Al instante, miré a mi alrededor para comprobar si aquellos tíos habían vuelto.

—¿Sabes? —se volvió a mirarme—. Entiendo que pasaras los primeros doce años de tu vida en California, pero ahora esta es tu casa.

Yo no acababa de entender por qué estaba tan molesta.

—Yo no...

Hundió los hombros e impostó un tono de voz más grave.

—Sí, mis colegas de casa esto, en casa hacemos esto otro, en casa tal y cual, en casa todo es alucinante.

Creo que me estaba imitando, pero yo no hablo con un acento tan pijo. Al menos, eso espero. Me miró fijamente.

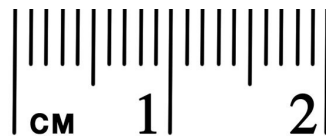
—Ahora, este es tu hogar.

Se acercó al mostrador y pidió una segunda ración de crema. Yo me quedé donde estaba, pensando en lo que Macallan acababa de decir.

Puede que siguiera viviendo en el pasado. Era posible que no hubiera aceptado que el traslado era permanente. A lo mejor había llegado la

hora de vivir en el presente, de aceptar el nuevo colegio y a mis nuevos compañeros. Quizás no me hubiera esforzado lo suficiente.

Tenía que afrontar el hecho de que ahora Wisconsin era mi hogar.



Dejé de considerarlo todo, en especial el colegio, como algo temporal. Tendría que encontrar la manera de sentirme cómodo en la escuela y también entre los chicos.

Sin embargo, primero debía centrarme en un asunto más inminente: la cita con Emily.

Estábamos sentados el uno frente al otro, como hacíamos cada día a la hora de comer. Esta vez, sin embargo, todo era distinto. No solo porque estuviéramos en una pizzería, haciendo tiempo antes de ir al cine. Esto era una cita. Y no una cita cualquiera, sino con el pibón de la clase que, además, era la mejor amiga de Macallan. Menuda responsabilidad.

Emily siempre se ponía muy guapa para ir al colegio, pero aquella noche estaba despampanante. Me quedé flipando cuando nos encontramos en el centro comercial. Llevaba un vestido de flores y un pasador de brillantitos en el pelo. Y cada vez que me sonreía, me entraban náuseas. No náuseas del tipo «voy a echar la pota» sino más bien rollo «estoy superemocionado».

Di un gran trago al refresco y Emily me sonrió mientras esperábamos la pizza. Tenía la sensación de que debía decir algo ingenioso, algo que no fuera el típico repaso a la jornada escolar.

—Y bien... —se enrolló al dedo un mechón suelto.

—Y bien... —fue mi brillante respuesta.

Tendió la mano libre hacia mí.

—Me alegro tanto de que hayamos quedado...

—Yo también.

Puaj. Juro que no se me da mal conversar con chicas. Hablo con Macallan constantemente. Por desgracia, empezaba a temer que, charlando con Emily a la hora de comer, hubiera agotado mi capacidad de decir banalidades.

—Estoy pensando en dar una fiesta de Halloween —comentó Emily sin dejar de retorcerse el mechón. Yo no era el único que estaba algo nerviosillo.

—Sería divertido.

Asintió.

—Sí, sobre todo porque estoy pensando en invitar a los chicos. A Keith, a Troy...

—Troy me cae muy bien.

Además, era el único que me daba los buenos días.

—Ya, y tengo la sensación de que te vendría bien pasar más tiempo con los tíos.

Me molestó saber que todo el mundo había notado que los chicos del cole pasaban de mí.

Me tragué mi maltrecho orgullo.

—Gracias.

—No te agobies por eso. Incluso a mí me cuesta integrarme.

El comentario me sorprendió. Emily era una de las chicas más populares del colegio.

Ella prosiguió.

—Sobre todo con Keith. Siempre ha tenido muchísimos amigos, desde que éramos pequeños. Todos queríamos que nos invitase a sus fiestas de cumpleaños. Para él, no va a cambiar nada. No tendrá problemas para hacerse un sitio. Pero el instituto es muy grande. Me da miedo sentirme aislada —bajó la voz y se hundió un poco en el asiento. Emily siempre era tan alegre y encantadora que tuve la sensación de estar descubriendo una nueva faceta suya—. No sé. Supongo que le doy demasiadas vueltas. Es que me gusta este pequeño círculo que tenemos. Las cosas ya han cambiado mucho desde que tú llegaste. O sea, ahora veo menos a Macallan.

Emily agrandó los ojos, como si acabara de darse cuenta de que estaba hablando más de la cuenta.

Antes de que yo pudiera responder que no tenía la menor intención de separarlas, Emily me cortó para aclarar:

—No digo que... —titubeó un momento—. Me alegro de que hayas venido. Espero que no me interpretes mal.

—No, lo entiendo perfectamente.

—De todas formas... —Emily se irguió, y supe que la conversación también iba a cambiar de tono—. Conozco a una persona que no tendrá ningún problema en formar parte del círculo de Keith el año que viene.

Enarcó las cejas con ademán travieso.

¿A quién se refería? A mí no, eso seguro.

—Macallan. Hace un tiempo Keith estaba colado por ella. No me extrañaría que aún lo estuviera.

Juraría que los ojos casi se me salieron de las órbitas.

Emily se echó a reír.

—¿Te sorprende que un chico esté interesado en Macallan?

—No, no, para nada.

En realidad, alguna que otra vez me había preguntado por qué nunca me hablaba de chicos. Había supuesto que reservaba ese tipo de conversaciones para sus amigas.

—Sí, cuando íbamos a sexto. Pero a ella no le interesaba Keith, ni nada en realidad, después de que su madre...

La frase inacabada de Emily proyectó una sombra sobre nosotros, como una nube negra. Yo siempre evitaba mencionar a la madre de Macallan. Sabía que lo correcto habría sido decirle lo mucho que sentía su pérdida si se presentaba la ocasión, pero nunca encontraba el momento. Macallan siempre me hablaba de su padre, de su tío, del colegio... casi nunca de su madre.

—No sé cómo lo hace para llevarlo tan bien.

No solo me sorprendió que aquellas palabras hubieran salido de mi boca, sino también la timidez con que las pronuncié.

Emily agachó la cabeza.

—Fue horrible. Espantoso. Ojalá hubieras conocido a Macallan antes de que muriera su madre. Era otra persona. Siempre estaba sonriendo y riendo. No digo que ahora vaya por ahí con cara de funeral, pero fue... muy fuerte.

Estaba seguro de que «muy fuerte» era decir poco.

—Pero te digo una cosa, últimamente está mucho mejor. Como cuando empieza a hablar de las clases de cocina o de las recetas nuevas que ha aprendido. Y además, no sé si te das cuenta de lo mucho que tu madre la está ayudando.

Asentí. Tenía clarísimo que Macallan adoraba a mi madre. Me había ayudado a comprender la suerte que tenía de contar con ella. De contar con los dos, con mi padre y con mi madre, por mucha rabia que me diera que mi padre pasara tanto tiempo en el hospital.

—¡Oh! —Emily empezó a botar en el asiento—. ¡Ya lo tengo! Le pediré a Macallan que prepare algo para la fiesta de Halloween. Se pondrá muy contenta, ¿no crees?

—Sí, le encantará —me puse a pensar en todos los platos que Macallan había aprendido últimamente—. ¿Por qué no le pides que prepare los bocadillos de migas de carne de cerdo?

—Hecho —Emily sonrió radiante.

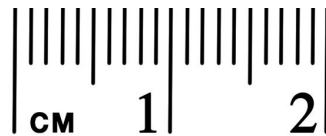
Nos saltamos la sesión de las siete y luego la siguiente. Emily y yo nos quedamos charlando horas y horas. Todo el nerviosismo del principio

se había esfumado.

Solo volví a ponerme nervioso cuando llegó la hora de despedirnos. Porque tenía ganas de besarla. No solo porque fuera muy mona sino porque, por primera vez desde que había llegado, tenía un aliciente que no incluía a Macallan.

Así que la besé. Y ella me devolvió el beso.

No volvería a desperdiciar ninguna otra oportunidad.



Normalmente, cuando empiezas a salir con una chica, acabas pasando menos tiempo con tus amigos. Con Emily sucedió todo lo contrario.

Antes de que me diera cuenta, había trabado amistad con Keith y Troy. Fuimos juntos al centro comercial para comprar los disfraces que pensábamos llevar a la fiesta de Halloween. Acabamos tomando unas pizzas y hablando de deportes. No había pasado tanto tiempo en plan «troncos» desde que me marché de California. Incluso me emocioné cuando Keith me tomó el pelo por ser tan amigo de Macallan sin intentar nada. Me tomé sus burlas como un cumplido. O sea, ya era uno más.

—¿Te he dicho que eres el mejor novio del mundo?

La noche de la fiesta, Emily me pellizcó la mejilla mientras yo colocaba la última telaraña de pega en el salón de su casa.

—Hoy no.

Le hice un guiño.

Se rio y echó un último vistazo a la habitación antes de que llegaran los invitados. Habíamos apartado los muebles para dejar una zona despejada donde charlar o bailar. Pusimos una mesa a un lado, sobre la que servimos «limo verde» (que básicamente era ponche de color verde), patatas fritas, salsas para mojar, galletitas saladas y chucherías. Y dejamos mucho sitio para la comida de Macallan.

Macallan, como tenía por costumbre, se superó a sí misma. Trajo mini pizzas de momia (con olivas negras que hacían las veces de ojos), huevos picantes con cuernos hechos de pimiento (de tal modo que los huevos parecían diablos) y magdalenas decoradas con palomitas dulces. Y, por supuesto, sus inigualables bocadillos de migas de carne de cerdo.

—¡Todo tiene una pinta increíble, Macallan! —Emily la abrazó.

Habíamos decidido disfrazarnos de personajes de *Grease*. Las chicas iban de Damas Rosas, mientras que los chicos nos habíamos vestido de T-Birds. Emily se había disfrazado de Sandy con una cazadora de cuero, ropa negra y unos zapatos rojos. Se había rizado el pelo, que era oscuro y liso cuando lo llevaba al natural, y se lo había cardado tanto que casi no se la reconocía. Si Emily era Sandy, supongo que a mí me tocaba hacer de Danny. Los chicos lo teníamos fácil; solo tuvimos que buscar camisetas blancas y escribir en ellas *T-Birds*. Algunos llevábamos cazadoras de cuero. Yo cogí la vieja chaqueta de motorista de mi padre (mi madre le obligó a deshacerse de la moto cuando se quedó embarazada). Las chicas habían comprado camisetas rosas y habían escrito Damas Rosas con letras de purpurina. Completaron el disfraz con faldas de vuelo, diademas de color rosa y cardados en el pelo.

El señor Dietz, Adam y los padres de Emily se quedaron en la cocina mientras la fiesta transcurría en el salón y en el comedor. Casi todos los chicos que no pertenecían a nuestro grupo se habían disfrazado de jugadores de fútbol o de vaqueros, lo cual significaba básicamente una camisa a cuadros y un sombrero de cowboy. Fueron las chicas las que se esmeraron a tope: mises, colegialas de uniforme y en general cualquier cosa que requiriese un disfraz llamativo y un montón de maquillaje.

No podía quejarme.

—¡Eh, California! —me gritó Keith. Estaba sentado en el sofá, delante de la tele—. Te toca.

Me tiró un mando y me apoltroné a su lado.

Estuvimos jugando con la videoconsola durante cosa de una hora. De vez en cuando, Keith se burlaba de mi acento, de mi disfraz (que era idéntico al suyo), de mi pelo (que llevaba corto desde hacía dos meses, pero él no se había percatado) y de casi todo lo que decía. Yo lo soporté estoicamente. Keith trataba así a sus amigos.

—Tío, el próximo fin de semana en mi casa. ¿Te apuntas? —me dijo después de que le ganara una partida de boxeo.

No tenía ni idea de qué fin de semana era ese ni de lo que haríamos en su casa, pero asentí.

Tenía novia, una amiga íntima alucinante y un grupo de colegas.

La vida empezaba a sonreírme.

No creas que llevo bien eso de que estuvieras desesperado por tener amigotes.

Tío, ya sabes que no me refería a eso.

Tío. Tal como lo cuentas, cualquiera diría que te obligaba a merendar con las muñecas y a trezarme el pelo.

Pasabas mucho rato en la cocina.

Qué raro. No recuerdo haber oído ni una queja cuando te zampabas mi comida.

Porque eres la mejor cocinera del estado de Wisconsin. De todo el mundo gastronómico en realidad.

Los halagos te llevarán muy lejos.

No me digas.

CAPÍTULO CINCO

Ver juntos a tus dos mejores amigos no es tan raro como yo pensaba. Es peor, muchísimo peor.

El primer mes resultó bastante incómodo. Tenía que ser cuidadosa con lo que decía de uno en presencia del otro. Ellos, por su parte, intentaban sonsacarme cada dos por tres. A veces tenía que hacer de correveidile. Incluso me tocó ir de carabina varias veces en sus primeras citas.

Una vez, en el cine, fui a buscar palomitas antes de que empezara la película y cuando volví me los encontré besándose (o, más bien, morreándose como locos). Me quedé helada, sin saber qué hacer. Durante una milésimas de segundo, consideré la idea de dar media vuelta y darme un cabezazo contra la pared con la esperanza de sufrir amnesia. En cambio, carraspeé con fuerza y ellos se separaron despacio. Gracias a Dios, las luces se atenuaron mientras me sentaba, así que no tuve que establecer contacto visual con ninguno de los dos. No tenía claro quién se habría sentido más incómodo, si ellos o yo.

Hacia el mes de noviembre, Levi y Emily eran inseparables. Siempre estaban haciendo manitas y juro que una vez los vi frotarse las narices entre clases.

Yo me esforzaba a tope por llevarlo bien. No digo que me apeteciera tener novio, pero sentía una punzada de celos cuando me insinuaban que querían estar solos, no podía evitarlo. En vez de ser una necesidad, me había convertido en un estorbo. Cada vez que les proponía hacer algo a alguno de los dos, ellos ya tenían planes. Que no me incluían.

A veces, casi tenía ganas de que rompieran, pero luego me decía que eso solo serviría para empeorar las cosas. ¿Y si me obligaban a tomar partido?

Jamás conseguiría que las cosas volvieran a la normalidad.

Así que opté por pasar más tiempo con Danielle.

—Van muy en serio, ¿eh? —comentó Danielle mientras hacíamos cola en el cine, las dos solas, la semana anterior a las vacaciones de Navidad.

—Sí.

También me estaba hartando de ser la portavoz de la parejita feliz.

Danielle titubeó un momento.

—¿No crees que...? —miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera por allí ningún conocido—. ¿No crees que Emily nos evita? O sea, ya sé que le apetece estar a solas con su novio. Ya te digo. Pero nunca se había alejado tanto de nosotras. Se está pasando un poco, ¿no?

Sí, se estaba pasando un poco. Y por partida doble en mi caso. Si aún seguía viendo a Levi los miércoles era porque Emily tenía ensayo con las animadoras.

—Ya lo creo que sí.

Solo me permitía a mí misma reconocerlo delante de Danielle.

—Aunque, seamos sinceras, seguramente tendrás que recordarme esta conversación cuando por fin consiga novio —bromeó ella.

Asentí de mala gana, como si compartiese su sentimiento, aunque tener novio no era una de mis prioridades.

—Hablando del rey de Roma.

Seguí la mirada de Danielle hacia el puesto de palomitas, donde estaba Levi rodeando a Emily con el brazo. Ella se apretujó contra él y se rio de algo que le decía.

Me cae bien Levi, de verdad que sí, pero no es tan gracioso como Emily daba a entender.

Gemí.

—¿Crees que van a ver la misma película que nosotras?

Durante un momento, me dio miedo tener que tragarme *Emily y Levi se lo montan* en vez de la nueva comedia romántica de Paul Grohl.

Danielle me leyó el pensamiento.

—¿Y si fingimos que no les hemos visto y nos sentamos en las primeras filas?

—Por mí, hecho.

Cogimos las entradas y nos encaminamos hacia la sala con las cabezas gachas. El corazón me latía desbocado.

—¡Eh, chicas!

Me quedé paralizada al oír la voz de Emily. Por una milésima de segundo, consideré la idea de hacer oídos sordos, pero Danielle ya caminaba hacia la parejita.

—¡Eh! —los saludó en tono alegre—. ¿Qué hacéis aquí?

Tomé nota mental de animar a Danielle a unirse al grupo de teatro.

Emily se rio.

—¡Vamos a ver una peli, boba!

—¿En serio? ¿No habéis venido solo por las palomitas? —le soltó Danielle.

—Vamos a ver *El juicio de Salem* —Emily fingió un escalofrío—. Menos mal que estaré bien protegida —sonrió a Levi.

Hacía muchos años que conocía a Emily y siempre se había negado a ver una película de terror. Aunque fuera de serie B, de esas que son divertidas de tan malas. Supongo que aprovechaba cualquier excusa para EPL (exhibir públicamente a Levi).

—Guay —dijo Danielle, cuya expresión reflejaba todo lo contrario—. Bueno, tengo que ir al baño antes de pasar noventa minutos en compañía de un romántico y encantador Paul Grohl.

—Te acompaño.

Emily cogió a Danielle del brazo y ambas se dirigieron a los servicios.

—Hola —Levi se dignó a saludarme por fin.

—Hola —decidí no tratar de aparentar que me sentía cómoda.

—Oye —empezó a decir—, estaba pensando que a lo mejor el miércoles podríamos ir a tomar algo y luego de compras. Tengo que buscar el regalo de Navidad de mi madre.

Dejé que los carámbanos que se multiplicaban a mi alrededor se derritieran un poco. Se estaba esforzando. Además, me estaba pidiendo ayuda con el regalo de su madre porque yo la conocía mejor que Emily. Y también a él. A lo mejor me estaba pasando de suspicaz. Nadie me estaba reemplazando.

Por más que yo tuviera esa sensación.

Me estaba portando como una tonta. Levi jamás me sustituiría.

Cuando Emily y Danielle regresaron del baño, nosotros dos ya habíamos quedado.

—¿Listo?

Emily cogió a Levi de la mano.

—Sí —Levi me hizo un guiño—. Que os divirtáis.

—Lo mismo digo —respondí.

Y hablaba en serio.

Levi y Emily no eran el problema, sino mi actitud. Estaba claro que yo tenía problemas si me sentía amenazada solo porque mis dos mejores amigos no me prestaban el cien por cien de su atención.

En aquel momento decidí cuál iba a ser mi buen propósito de año nuevo: dejar de ser tan dependiente.



Como parte de mi cambio de actitud, empecé a sonreír siempre que veía juntos a Levi y a Emily. Recordaba haber leído en alguna parte que si sonríes cada vez que ves algo, ese algo acaba por hacerte feliz.

De modo que si Levi o Emily sacaban al otro a colación, yo sonreía.

Pronto se convirtió en un reflejo automático.

Levi y yo caminábamos por el centro comercial, cargados con bolsas de la compra.

—Y le dije a Emily —¡SONRÍE!— que no acabo de acostumbrarme a este clima. Todo el mundo dice que el invierno pasado fue brutal, pero a mí este me parece aún peor. O sea, ¿bajo cero? ¿En qué cabeza cabe que la temperatura deje de existir? ¿Que se exprese en negativo? ¿Cómo es posible algo así? Suerte que Emily ha prometido ayudarme a entrar en calor.

¡SONRÍE! No tenía más remedio. Tenía que representar un papel, una versión más alegre de mí misma para que no se le quitaran las ganas de verme.

Levi se tomó mi silencio como una invitación a proseguir.

—Ya ves, así que esperaba que me ayudaras a escoger un regalo para Emily.

¡SONRÍE!

—¡Oh, genial! —repuso Levi.

Aunque yo no había dicho nada, juzgó por mi estúpida sonrisa que lo ayudaría encantada a elegir un regalo.

Levi me llevó a la joyería.

—Cómo te enrollas. No sabía si te sentaría mal que te lo pidiera, pero ¿quién conoce a Emily mejor que tú?

Algo de razón tenía. Yo no entendía por qué todo aquel asunto me ponía tan mala. Él seguía siendo el mismo. Y estaba claro que, antes o después, uno de los dos iba a acabar saliendo con alguien. Además, siendo prácticos, su relación impedía que la gente diera por supuesto que estábamos juntos.

—Claro que te ayudaré —accedí—. ¿Qué tenías pensado?

—Bueno, estuve aquí con mi madre la semana pasada y vi una gargantilla. Quería saber qué opinas —me llevó a una vitrina llena de cadenas de oro y plata con colgantes diversos. Señaló la del centro—. Esa, pero con una E.

Me dio un vuelco el corazón cuando vi la gargantilla a la que se refería. Era una cadena de plata con

un colgante que llevaba grabada una «P».

Retrocedí unos pasos. El suelo empezó a oscilar a mis pies.

Oí a Levi preguntarme si me encontraba bien, pero no podía concentrarme. Lo veía todo borroso. Ya no oía lo que estaba diciendo; en realidad no podía hacer nada.

—No puedo respirar, tengo que...

Salí de la tienda dando tumbos y me senté en el suelo, junto a una fuente. Puse la cabeza entre las rodillas y traté de respirar con normalidad.

—Macallan, ¿qué pasa? —a Levi se le quebró la voz—. Por favor, háblame.

Empecé a sollozar. No podía recuperar el aliento. Necesitaba respirar. Tenía que tranquilizarme y respirar.

No podía. Justo cuando pensaba que estaba mejorando, recibía un golpe bajo. Y siempre sucedía cuando menos lo esperaba. Siempre.

—¿Macallan? —sacó el teléfono—. Señor Dietz, estoy con Macallan. No sé qué le pasa, creo que ha tenido un ataque de pánico o algo así.

Mi padre no, pensé. Por favor, no metas a mi padre en esto.

Sin saber cómo, reuní fuerzas para estirar el brazo y tocarle la pierna.

—Espere, creo que quiere decirme algo —Levi se arrodilló—. Tu padre quiere hablar contigo.

Levi me acercó el móvil al oído.

—Calley, cariño, ¿qué tienes? —mi padre parecía preocupadísimo. Me sabía fatal lo que le estaba haciendo—. Por favor, háblame.

—Es... por... —intenté tranquilizarme, pero oír la voz de mi padre empeoró aún más las cosas. Inspiré profundamente—. Cuéntale lo de la gargantilla.

No pude decir nada más, pero mi padre ya me había entendido.

Vi cómo Levi escuchaba sus explicaciones. Palideció.

—Lo siento mucho. No lo sabía —hablaba con voz grave y queda—. No tenía ni idea.

Yo no distinguía si se estaba disculpando con mi padre o conmigo. Seguramente con los dos.

Claro que no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a saber que mi madre llevaba una gargantilla muy parecida, la suya, con la letra «M», que mi padre le regaló el día que me llevaron a casa del hospital, después de mi nacimiento? ¿Cómo iba a saber que jamás se la quitó? ¿Cómo iba a saber que la llevaba puesta cuando murió? ¿Que la enterramos con ella?

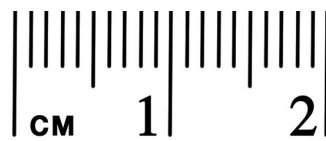
Levi cortó la comunicación y se sentó a mi lado. Me rodeó con el brazo y yo apoyé la cabeza en su hombro.

—Tu padre viene hacia aquí. Perdóname, Macallan. Siento mucho no haberlo sabido. Lamento haberte recordado algo tan horrible. Siento no saber cómo ayudarte con esa parte de tu vida. Si acaso es posible. Siento muchísimo no saber qué decir ahora mismo.

Se quedó en silencio un momento, pero el mero hecho de tenerlo allí, a mi lado, me hizo sentir mejor.

—Sé que últimamente me he portado como un idiota y que no he estado a tu lado cuando me necesitabas. Siento mucho eso también. Ya sé que ignoro muchas cosas, pero te prometo que te apoyaré. Puedes contar conmigo cuando me necesites, para lo que me necesites, ¿vale? Nada va a cambiar eso. Nada. Lo sabes, ¿verdad?

No creo que yo lo hubiera sabido hasta aquel mismo instante. Y si bien el recuerdo de mi madre me destrozaba el corazón, dejé que el gesto de Levi me ayudara a recomponerlo.



Comprendí que había llegado el momento de que Levi conociera a alguien.

Subimos la cuesta muy cargados. Levi guardó silencio durante todo el camino. Yo no estaba segura de cuál iba a ser su reacción, pero sabía que había llegado el momento de abrirle mi corazón.

Nos acercamos a nuestro destino. Levi caminaba unos pasos por detrás de mí, con la cabeza gacha.

—Levi, quiero que conozcas a mi madre —me senté junto a la tumba de mármol gris—. Mamá, este es Levi. Ya te he hablado de él.

Aparté la nieve que cubría la piedra.

—Hola —dijo Levi con suavidad.

—Ven a sentarte —saqué una manta y la extendí sobre el frío suelo—. Quería traerte aquí para hablarte un poco de mi madre.

Me temblaba la voz. Tal como me temía. Me costaba mucho hablar de mi madre sin ponerme triste. Pero el psicólogo al que visité después de su muerte me dijo que era importante que hablara de ella. Que compartiera mis recuerdos con otras personas.

Ojalá Levi hubiera conocido a mi madre. Se habrían llevado de maravilla.

—Ella... —empecé a decir, pero se me saltaron las lágrimas.

—No pasa nada —me tranquilizó Levi—. No lo hagas si te cuesta demasiado.

—Quiero hacerlo.

—¿Empiezo yo? —preguntó—. Hola, señora Dietz, soy Levi. Estoy seguro de que Macallan le ha contado un montón de cosas sobre mí. Y, bueno, nada es verdad, a menos que le haya dicho que soy alucinante.

Se me escapó una risilla de gratitud.

—Sí, la conocí el primer día de cole y debería haber visto lo bien que me trató. He visto fotos tuyas en su casa y sé lo mucho que se parece a usted. Y, ejem, es una alumna de sobresalientes. Casi da rabia lo lista que es —me miró preocupado—. ¿Te parece bien?

Me encantó que mantuviera una conversación con mi madre como si ella estuviera presente.

—Sí, genial.

—Vale, pues, o sea, cuando la conocí, pensé que le había caído fatal. Verá, yo llevaba el pelo largo y estoy seguro de que me tomó por un hippy o algo así. Pero luego descubrió que nos gustaba la misma serie, *Buggy y Floyd* —alzó la vista—. ¿Sabe de qué estoy hablando?

Asentí. Me alegré mucho de que usara el tiempo presente al hablar de mi madre.

—Sí, y a partir de ese momento como que conectamos. Es la única persona que se ha esforzado a tope por hacerme sentir en casa. Así que gracias, señora Dietz, por haber educado a su hija como lo hizo. Me habría encantado conocerla, pero supongo que, en cierto modo, ha sido así. A través de Macallan. Y, para que lo sepa, haré cuanto esté en mi mano por protegerla. Y ella podrá contar conmigo siempre que me necesite. Aunque tenga un gusto pésimo respecto a equipos de fútbol.

—¡Eh! —le propiné un manotazo—. Mi madre es superfán de los Packers. Solo te toma el pelo, mamá. Levi me cogió la mano sin quitarse el guante.

—¿Te parece bien que bromeo?

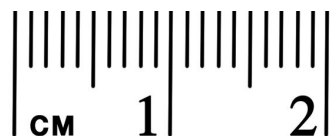
—Sí, ella siempre está bromeando.

—¿Y qué otras cosas le gustan?

Y no hizo falta nada más. A lo largo de la hora siguiente, le conté a Levi todo sobre mi madre. Todo lo

que recordaba. Muchos de los recuerdos me hicieron reír. Y no derramé ni una sola lágrima más. Me dolía pensar en mi madre, pero cuando hablaba de ella sentía como si cobrara vida en mi interior.

No tenía la menor duda de que, allá en lo alto, mi madre nos miraba sonriente.



Todo cambió después de aquel día.

Puede que «cambiar» no sea la mejor forma de describirlo, pero Levi y yo estábamos más unidos que nunca.

Entre la crisis del centro comercial y la visita a mi madre, Levi se aseguró de pasar más tiempo conmigo.

No digo que dejara a Emily de lado por mí. Él sabía muy bien que yo nunca le pediría eso. Solo empezó a ser más consciente de su conducta. De las decisiones que tomaba. Del tiempo que dedicaba a cada cual.

Cuando se marchó a California por Navidad, me llamaba como mínimo una vez al día, aunque nos enviábamos mensajes constantemente.

—Sé que te vas a alegrar muchísimo de lo que te voy a decir —me anunció cuando llamó para felicitarme la Nochevieja—. Todo el mundo se queja de lo mucho que hablo de «mi casa».

—¿No será que sufres la enfermedad de «la hierba siempre crece más verde al otro lado de la cerca»? —le pregunté.

Se echó a reír.

—Seguramente. Pero lo que más les interesa a mis colegas son las fotos de la piba más guay que existe sobre la faz de la tierra.

—Espero que estés hablando de mí.

—Pues claro. Aunque la susodicha esté celebrando una fiesta salvaje sin mí.

—Eh, que no soy yo la que se ha largado a tres mil kilómetros. Y la fiesta no será salvaje, con tantos adultos presentes.

Mi padre creyó que sería divertido dar una fiesta de Nochevieja, así que había invitado a unos cuantos amigos y a sus hijos, y yo había invitado a mis amigos y a sus padres. Al principio, pensé que nadie querría venir a una fiesta con sus padres, pero supongo que, si queríamos celebrar la llegada del Año Nuevo como Dios manda, no teníamos más remedio.

Tuve que dejar a Levi para prepararme. Emily y Danielle llegarían temprano para echarme una mano en la cocina. Preparé macarrones al horno, fettuccini Alfredo con pollo, espaguetis con albóndigas de pavo, pan de ajo y ensalada picada.

Por suerte, nos dejaron el sótano para nosotros y pudimos disfrutar de cierta intimidad, aunque me supo mal en parte por Trisha e Ian, que eran hijos de los amigos de mi padre, porque no conocían a nadie. Trisha acababa de llegar de Minneapolis e Ian era un año mayor que nosotros. Cuando supe que venía, pensé que no le haría ninguna gracia tener que pasar la noche con chicos y chicas tan jóvenes, pero bajó con una gran sonrisa en el rostro y se presentó a todo el mundo tan tranquilo. Trisha se puso a mirar la tele en un rincón con la hermana pequeña de Emily y el hermano de Danielle.

—Ojalá Levi estuviera aquí —se lamentó Emily—. ¿A quién voy a besar a medianoche?

—A mí no me mires —bromeó Danielle—. Voy a desplegar mis encantos con el chico mayor. Está buenísimo. Fijaos en cómo lo deslumbro con mi increíble personalidad.

Danielle se alejó para sentarse junto a Ian.

—¿Crees que Levi habrá quedado con alguna chica esta noche? —me preguntó Emily.

—No, salía con sus colegas —la tranquilicé.

Me había tocado repetirle eso mismo cada día desde la partida de Levi. Estaba segura de que Emily no tenía por qué preocuparse. Levi no es de los que engañan.

—¿Qué pasa, chicas? —Troy se acercó con una bandeja de patatas fritas—. ¿Jugamos a algo o qué?

Emily le sonrió.

—¡Qué buena idea! ¡Sí, juguemos a algo!

Se llevó a Troy hacia una mesa sobre la que habíamos dejado unos cuantos juegos.

La hermana de Emily cogió unas damas y se las llevó al otro lado de la salita para echar una partida con el hermano de Danielle.

—Mira, se creen demasiado importantes como para jugar con sus hermanos mayores —se rio Emily—. Yo también me creía el no va más cuando iba a quinto.

Troy alzó la vista del Monopoly que tenía en la mano.

—No sé... A mí me sigues pareciendo el no va más.

Emily echó la cabeza hacia atrás y lanzó aquella risilla tonta que siempre soltaba cuando había chicos cerca.

Troy se rascó la cabeza y el pelo se le quedó medio de punta. Sonreía con ganas, y advertí por primera vez el hoyuelo que se le marcaba en la mejilla derecha.

Tuve la sensación de que Emily, en cambio, ya se había fijado en aquel rasgo. Al fin y al cabo, antes de que empezara a salir con Levi le gustaba Troy.

—Qué dices —Emily le palmeó la mano. Luego se retorció la melena con ademán nervioso y volvió a soltarla enseguida. Por fin se volvió a mirarme—. ¿Por qué no preguntas por ahí si a alguien le apetece jugar a...?

Al principio, pensé que intentaba deshacerse de mí, pero luego pensé que me estaba poniendo paranoica. Emily solo quería asegurarse de que la gente lo pasara bien, justo lo que yo debería estar haciendo. Como una buena anfitriona, me acerqué al rincón donde estaban sentados Danielle, Ian y Trisha.

—¿Queréis jugar a algo o ver una película? Aún faltan dos horas para la medianoche. O si queréis os puedo traer algo de comer.

—Una peli sería genial —respondió Trisha.

—Vale. Escogedla vosotros mismos.

Danielle se unió a Trisha para ayudarla a elegir.

Ian se levantó.

—Voy a buscar algo de comer.

Lo acompañé arriba. Las risas de los adultos resonaban en el salón. Por lo visto, su fiesta era mucho más salvaje que la nuestra.

—No me puedo creer que hayas preparado todo esto —comentó Ian cuando llegamos a la cocina. Volvió a llenarse el plato de macarrones—. Están riquísimos.

—Gracias —metí más pan de ajo en el horno—. Me encanta cocinar.

—Pues te digo una cosa... La cafetería del instituto te va a horrorizar.

Estuve a punto de preguntarle más cosas del instituto, pero no quería parecer tan... joven.

—Pues tendré que llevarme una fiambarrera —fue lo único que se me ocurrió.

Hundió el tenedor en la pasta. Le cayó un mechón oscuro sobre los ojos y sacudió la cabeza para apartarlo.

—Buena idea. Y si quieres que te aconseje sobre las mejores clases o los profes que debes evitar, no tienes más que decirlo.

Me dedicó una gran sonrisa. Tenía el labio superior manchado de tomate.

—Gracias.

Me daba perfecta cuenta de que estaba haciendo un papel penoso. Por lo que parecía, había olvidado cómo se habla con los chicos, sin contar a Levi. No digo que nunca charlase con chicos, sino que no me apetecía hablar por hablar.

Ian me ayudó a cortar el pan y les llevamos una cesta a los adultos, que estaban enzarzados en una discusión sobre política. Cuando volvimos al sótano, encontramos a Danielle y a Trisha mirando *Dieciséis velas*.

—No la he visto —comentó Ian dejándose caer en el sofá, a mi lado.

—Es un clásico —le dijo Trisha—. Mi madre dice que a mi edad estaba obsesionada con esta peli.

Miré a mi alrededor.

—¿Dónde están Emily y Troy?

Danielle le robó a Ian una rebanada de pan de ajo.

—¿No los habéis visto? Han ido arriba a buscar no sé qué.

—Oh.

Debían de haber pasado por el comedor cuando estábamos en la cocina.

Nos pusimos a ver *Dieciséis velas*. De vez en cuando hacíamos algún que otro comentario sobre la ropa y los peinados de los personajes.

—Recuérdame que te enseñe alguna foto de mi madre —se rio Danielle—. Llevaba el pelo superrizado y como levantado por la parte del flequillo. Jura que ese peinado estaba de moda en su época, pero no sé en qué planeta. A mí me parece una horterada, ahora y en los ochenta.

—Al menos la música era decente —intercedió Ian.

—Sí —asentí mientras sacaba la película del reproductor. Eché un vistazo al reloj—. ¡Quince minutos para las doce!

Encendimos la tele para ver cómo bajaba la bola de Times Square. Solo hacía dos años que me había enterado de que retrasaban una hora la transmisión para las zonas horarias del centro. Hasta entonces, pensaba que dejaban caer la bola cuatro veces, una por cada zona horaria. Me parecía la bomba que en Nueva York se celebrara el fin de año cuatro veces.

—Vale, en serio, ¿dónde están Emily y Troy? —preguntó Danielle.

Casi me había olvidado de ellos.

—Se habrán quedado charlando con los mayores. Voy a rescatarlos.

Miré en la planta superior, pero no los encontré en la cocina ni en el salón. Entré en el cuarto de baño y no estaban allí. Cuando subí al primer piso, encontré cerrada la puerta de mi cuarto.

No se me ocurrió que tuviera que llamar. ¿Por qué iba a llamar a mi propia puerta?

—Eh, Em, ¿estáis...?

Me quedé helada.

Emily y Troy se estaban besando en mi cama.

Se incorporaron de golpe.

—Oh, esto, estábamos, eh...

Emily se mordió el labio, seguramente discurriendo a toda prisa una mentira convincente. Y yo estaba deseando oír algo que me persuadiera de que no acababa de ver a mi mejor amiga engañando a mi otro mejor amigo.

Troy pronunció la frase más inteligente que se le ocurrió dadas las circunstancias.

—Voy abajo.

Cuando se marchó, Emily y yo guardamos silencio. Solo se oían las voces de los adultos, que se reían ajenos al drama.

Mi amiga habló por fin.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes?

—Ha sido una tontería, pero es que... es Nochevieja. Estoy en una fiesta. ¿Qué tiene de malo que quiera divertirme un poco? —volvió a sentarse en mi cama y se tapó la cara con las manos—. No se lo digas a Levi.

Yo no sabía qué responder. No me podía creer que todo hubiera cambiado en un instante.

Emily me miró por fin.

—Di algo, por favor. Lo que sea.

Me daba miedo abrir la boca porque no tenía ni idea de lo que iba a salir de ella. Por fin, no pude contenerme más.

—¿Cómo has podido?

Emily negó con la cabeza.

—No sé. O sea, ya sabes que Troy me gustaba hasta hace poco. Y nos hemos puesto a tontear mientras jugábamos. Es muy mono. Y sabes que me gustaba.

—Pero sales con otro chico. Y, por si no lo recuerdas, es mi mejor amigo.

—Pensaba que yo era tu mejor amiga.

—Los dos lo sois.

En aquel momento, sin embargo, me sentía mucho más unida a Levi que a ella.

—Levi es genial. Pero no está aquí.

Emily se tendió en la cama, con los pies colgando hacia el suelo. Era una postura que ambas adoptábamos a menudo. Una posición física. En cambio, era la primera vez que yo me encontraba en aquella incómoda posición emocional. Y esperaba que fuera la última.

—¿Y eso lo justifica? —le pregunté.

—No, no lo justifica —su respuesta me alivió—. Estoy confusa, nada más.

—¿Respecto a qué?

—A todo —se echó a llorar—. Me da pánico ir al instituto. Me parece que no te das cuenta de lo mucho que van a cambiar las cosas. Todo va a cambiar. Ya está cambiando.

Me tendí a su lado y las dos nos quedamos mirando las estrellas fosforescentes del techo.

—Emily, tienes que olvidarte de eso. Tú no eres tu hermana.

—Pero tú sabes lo que le ha pasado. La has visto. Cassie tenía montones de amigos a nuestra edad. Luego entró en el instituto y se quedó colgada. El primer año, llegaba a casa del instituto y se encerraba en su cuarto a llorar.

—Pero tu hermana es mucho más tímida que tú. A ti no te cuesta nada hacer amigos. No te vas a quedar colgada. Y me tienes a mí —quise añadir que liarse con toda la población masculina del colegio al mismo tiempo no iba a mejorar las cosas, pero comprendí que no era el momento. Necesitaba que la tranquilizase—. No todo va a cambiar.

—Nuestro grupo se separará. Antes, yo era tu mejor amiga, y no creas que no me duele que pases tanto tiempo con Levi.

No me podía creer que me hiciera reproches. Sí, yo pasaba mucho tiempo con Levi, pero era ella la que cancelaba los planes conmigo para quedar con él.

—Además, estoy preocupada por ti, Macallan. En serio. Levi es genial, pero cuando vaya al instituto,

¿crees que se conformará contigo? Tendrá un montón de amigos, y no quiero que te quedes sola.

—Nunca he pensado que fuera a quedarme sola —se me hizo un nudo en la garganta—. Creía que tú también eras mi mejor amiga.

Volví la cabeza a tiempo de ver cómo se encogía al comprender lo que acababa de insinuar.

—Soy tu mejor amiga. Pero a veces me pregunto de qué lado estás.

Me quedé de una pieza, repitiendo mentalmente las palabras de Emily. Acababa de ponerme entre la espada y la pared. ¿De verdad me estaba pidiendo que hiciera una elección imposible? Se me encogió el estómago. ¿Podía escoger entre los dos? Conocía a Emily de toda la vida. Siempre estaba dispuesta a echarme una mano cuando necesitaba consejo femenino. Había estado a mi lado durante la época más terrible de mi vida.

A lo mejor Emily tenía razón. Puede que la hubiera desplazado un poco desde que Levi había aparecido. Pero ¿acaso eso le daba derecho a pedirme lo que me estaba pidiendo? Levi y su familia habían transformado mi existencia durante los últimos dieciocho meses. No me imaginaba la vida sin él. Y tampoco sin Emily.

¿Por qué de repente todo dependía mí? Me encontraba en la situación exacta que tanto había temido desde que Emily y Levi habían empezado a salir. ¿Qué pasaría cuando rompieran?

Intenté que no me temblara la voz.

—¿Me estás dando un ultimátum? ¿Me estás pidiendo que escoja?

—No sé lo que digo —Emily se incorporó—. Estoy hecha un lío. Perdóname. Me siento fatal. No quiero interponerme entre Levi y tú, y no quiero que él se interponga entre nosotras.

Ya, pensé, llegas unos cuantos besos tarde para eso.

En aquel momento, oí que abajo empezaba la cuenta atrás. Mientras todos contaban a voz en grito, yo intentaba discurrir cómo salvar las dos relaciones más importantes de mi vida.

—¡FELIZ AÑO NUEVO! —bramó un coro de voces.

—¡Eh! —Emily me abrazó mientras yo me levantaba—. ¡Feliz año nuevo, Macallan! ¿Podemos empezar de cero? Te prometo que hablaré con Levi. No quiero que te preocupes por eso. Es mi problema, no el tuyo.

Yo no podía hacer nada más que confiar en que tuviera razón.

Emily se levantó de la cama y dio una palmada.

—¡Venga, Macallan! ¡Es Año Nuevo, un nuevo comienzo! Todo es posible.

Un temor difuso me invadió en aquel momento. Porque Emily tenía razón: todo era posible. Y los últimos diez minutos me habían demostrado lo peligroso que era eso.

Los nuevos comienzos están sobrevalorados.

Ya lo sé. Jamás entenderé por qué la gente le da tanta importancia al 1 de enero. Han tenido trescientos sesenta y cuatro días para cambiar.

O para empezar de cero.

O para ponerse a dieta.

Te prohíbo que empieces a cocinar con ingredientes light.

Ya te digo.

O que me vuelvas a ocultar algo y tal.

Pues yo te prohíbo que vuelvas a salir de Wisconsin.

Vale, me parece justo.

Es que yo sola no puedo controlarlo todo.

Ojalá estuvieras a cargo del mundo.

¡Por fin alguien se da cuenta! Yo debería estar a cargo del mundo. ¿Verdad que la vida sería mucho mejor?

Ya lo creo.

Condeno a los Chicago Bears al destierro.

Ahora que lo pienso...

Eh, es mi mundo. Puedo gobernarlo como me plazca. ¿Y si decido que tú seas el rasero por el que medir a todos los chicos?

Como si no lo hicieras ya.

Exacto. Pregunta: ¿cuántos soles hay en nuestro mundo?

CAPÍTULO SEIS

Prácticamente salí corriendo del avión en cuanto aterrizamos en Milwaukee.

Fue muy raro. Me había pasado los últimos dieciocho meses soñando con ir a California pero, en cuanto llegué, empecé a añorar todo lo que había dejado en Wisconsin. Fue genial volver a ver mis colegas, ya lo creo que sí, pero echaba de menos a mis chicas: Macallan y Emily. Supongo que muchos tíos dirían que era un caradura por jugar a dos bandas, pero es que para mí significaban cosas completamente distintas.

Macallan era algo así como mi mitad buena. El yin de mi yang. Ejem, eso suena más verde de lo que pretendía.

Y Emily era una novia alucinante. Irradiaba energía positiva. Saltaba a la vista que le encantaba estar conmigo. ¿Qué chico no querría algo así?

Ahora bien, debo confesar algo. Le mentí a Emily sobre el viaje. Le dije que no volvería hasta el sábado por la noche, pero llegué por la tarde. Lo hice porque quería ver primero a Macallan. Sabía que Emily querría quedar conmigo en cuanto llegase, pero aún no le había dado a mi amiga su regalo.

Tenía una estúpida sonrisa pegada al rostro cuando llamé al timbre de casa de los Dietz.

—¡Eh!

Abracé a Macallan con fuerza en cuanto la vi.

—¡Hola a ti también! —se rio ella cuando la solté—. ¿Qué tal el choque cultural?

Entré en el recibidor y empecé a quitarme capas y más capas de ropa.

—El verdadero choque ha sido el azote del frío al bajar del avión. Pasé la Nochevieja en chanclas.

Una sombra cruzó el semblante de Macallan.

—¿Pasa algo?

Ella sacudió la cabeza con energía.

—No, qué va. Es que, esto, me cuesta imaginar unas Navidades soleadas. Mi madre siempre se enfadaba si no nevaba en Navidad.

Eso aclaraba la extraña expresión de Macallan. Sabía que a su madre le encantaban las Navidades, así que debía de añorarla más que nunca en estas fechas. Lo cual también explicaba el desorden que reinaba en la cocina. Había ollas y sartenes por todas partes. Macallan cocinaba mucho cuando algo le preocupaba. O cuando necesitaba distraerse. Y, como estábamos en vacaciones, no tenía deberes para llenar el vacío.

Le froté el brazo, pensando que ese gesto de afecto sería el mejor modo de consolarla. Desde que me había llevado al cementerio, sabía que no le molestaba que yo mencionara a su madre. Sin embargo, también era consciente de que, si quería compartir conmigo sus sentimientos, lo haría. Cada vez se me daba mejor descifrar sus expresiones. Sabía cuándo debía tirarle de la lengua y cuándo prefería que la dejara en paz. Y, ahora mismo, la expresión de su rostro gritaba: «No quiero hablar de ello».

—Bueno, es que yo estoy acostumbrado al buen tiempo durante todo el año —le recordé—. Y siento haberte pedido que le mintieras a Emily sobre la hora de mi llegada.

—Sí... —se puso a limpiar la encimera de la cocina—. ¿Quieres comer algo?

Nunca desperdiciaba la ocasión de probar las delicias que preparaba Macallan. Me sirvió un plato de brownies rellenos de caramelo, dulces de arroz inflado y una porción de tarta de pecanas.

Metí la mano en la bolsa y saqué su regalo.

—Feliz Navidad, con una semana de retraso.

Vaciló un momento antes de abrirlo.

—No será un gorro de los Bears, ¿verdad?

Me eché a reír. Ella me había regalado un gorro de punto de los Green Bay Packers para ayudarme a «encajar». Todo el mundo se había partido de risa, sobre todo Adam. Pero después de que se cebaran conmigo, me regaló también un vale para una comida casera de mi elección. Fue el mejor regalo de aquellas Navidades.

Empezó a desenvolver la caja. Se echó a reír en cuanto vio las fotos de la portada.

—No me puedo creer que me hayas comprado... —se detuvo al ver algo escrito a mano—. ¿Cómo has...?

Abrió la boca de par en par. Su reacción me hizo muy feliz.

—El amigo de mi padre conoce al productor de la serie. Se lo pedí como favor.

Bajó la vista y leyó la dedicatoria que llevaba el DVD de *Buggy y Floyd*, escrita del puño y letra del actor que hacía de Buggy: «Que me cuelguen si no me tomaría ahora mismo un vaso de Macallan».

—No acabo de tener claro si es genial o un poco verde —reconocí.

—¡Genial! —Macallan se echó a reír.

Me encantaba verla reírse con ganas. Tenía dos clases de risa: una era la típica risilla tonta y la otra una risa a carcajadas, con la cabeza echada hacia atrás. Si tuviera un solo objetivo en la vida, sería hacerla reír a diario. Y, aquel día, cumplí mi misión.

—¡Es fantástico, muchas gracias! —me abrazó—. ¡Te prepararé todos los platos que quieras, siempre que te apetezca!

—Pónmelo por escrito, por favor.

Volvió a echar la cabeza hacia atrás para reírse y, lo digo en serio, se me encogió el corazón.

—Y bien —empecé a jugar con su pelo, que cambiaba de color en función de la estación, como los árboles. En aquel momento era castaño oscuro con reflejos rojizos—. Cuéntamelo todo. ¿Qué tal la Nochevieja?

La sonrisa desapareció de su rostro. Debería haber sido más listo y no sacar a colación una y otra vez un tema que le recordaba a su madre.

—Bien —respondió—. Eh... ¿cuándo tienes pensado ir a ver a Emily?

Miré el reloj.

—Le dije que el avión aterrizaba más o menos a esta hora, así que debería llamarla enseguida.

—Sí, llámala. Tiene muchas ganas de verte.

Por cosas como esa sabía que Macallan era la mejor amiga del mundo. Hacía diez días que no nos veíamos, pero allí estaba ella, pidiéndome que llamara a mi novia.

—¿Me acompañas a su casa?

Aún no tenía ganas de despedirme de ella.

Negó con la cabeza.

—No, tendréis ganas de estar solos.

—Ven aquí —la abracé con fuerza—. Eres la mejor. Lo sabes, ¿verdad?

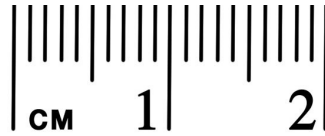
Macallan sonrió con timidez. Yo no quería marcharme, porque saltaba a la vista que le pasaba algo. Por otro lado, a lo mejor necesitaba quedarse a solas. No veía el momento de que me largara de allí.

—Tú también —repuso con infinita tristeza.

Mientras recorría las siete manzanas que me separaban de la vivienda de Emily, no podía sacarme a Macallan de la cabeza.

Mi mejor amiga me necesitaba y yo tenía que averiguar cómo ayudarla.

Sin embargo, antes tenía que ver a mi fantástica novia.



—¡LEVI! —gritó Emily antes de que alcanzara la puerta siquiera.

Salió corriendo al jardín y me besó. Reconozco que el gesto me ayudó a entrar en calor.

—¡Pensaba que me llamarías en cuanto aterrizases! Estaba preocupada.

Me cogió de la mano y me llevó adentro.

Estaba tan inquieto por Macallan que había olvidado avisar a Emily de que me dirigía hacia allí.

—He tenido que pasar por casa de Macallan —le expliqué. No quería decirle más mentiras.

—Ah, ¿has visto a Macallan? —sonrió de oreja a oreja—. ¿Y de qué habéis hablado?

Me encogí de hombros.

—De nada en especial. Es que aún no le había dado el regalo de Navidad.

—Ah, ¿aquel DVD?

Me llevó al sofá y me preguntó qué había hecho en California. Apenas me dejó preguntarle por sus vacaciones. Le había enviado montones de mensajes durante mi ausencia, pero igualmente quiso conocer hasta el último detalle del viaje.

—Eh, ¿y qué tal la fiesta de Nochevieja en casa de Macallan? —conseguí preguntar por fin.

—¿Por qué? —replicó a la defensiva.

—Por nada. Solo por curiosidad. Macallan no me ha contado gran cosa.

—Ah —Emily parecía aliviada—. Fue genial, lo pasamos de muerte —se mordió el labio—. Esto... hay una cosa que deberías saber. En realidad no tiene ninguna importancia. Ya sabes que Troy estaba allí y todo eso. Me ofrecí a enseñarle la casa y acabamos en la habitación de Macallan. Creo que la puerta estaba cerrada...

Noté una presión en el pecho.

—Da igual, estábamos hablando y se estaba haciendo tarde. Macallan entró cuando charlábamos en la cama. Como es lógico, nos sobresaltamos y ella pensó que estábamos haciendo algo. No pasó nada. Te lo juro. Es que te echaba mucho de menos.

Yo no sabía qué decir. Sobre todo porque no me podía creer que Macallan no me lo hubiera contado. Aunque no fuera nada.

—Pero es Año Nuevo, un nuevo comienzo —Emily se inclinó hacia mí. Apenas nos separaban unos centímetros—. No debería haber hablado con Troy ni haberle enseñado la casa pero, mira, no sé. Ni siquiera pensaba decírtelo, pero no quiero ocultarte nada —me frotó la pierna—. ¿Me perdonas?

Me besó. Al principio, titubeé. No porque Emily bese mal, ni mucho menos, sino porque era demasiada información para asimilarla de golpe. De haber sido algo importante, Macallan me habría hecho algún comentario. No concebía que mi mejor amiga hubiera visto a Emily con otro y me lo hubiera ocultado.

Tal vez me equivocase al fiarme de Emily, pero habría puesto la mano en el fuego por Macallan.

Ejem.

Ya sabes que nada de lo que digas me hará sentir culpable.

Ya lo sé.

Pero vas a decir algo de todas formas, ¿verdad?

No.

¿No?

Jo, Macallan, uno de los dos tiene que comportarse como una persona madura en estos casos.

No hablarás en serio. ¿Desde cuándo eres una persona madura?

Desde que te perdoné tu traición.

Tienes razón.

¡Hala! ¿En serio ha funcionado? ¿Tengo razón? ¿En algo? ¡Milagro!

Te sientes muy orgulloso de ti mismo, ¿verdad?

Bueno, es agradable tener razón por una vez.

No te acostumbres.

Tranquila, que no lo haré.

CAPÍTULO SIETE

Fue una tortura. La peor tortura del mundo.

No podía ni respirar la noche que Levi se marchó de mi casa para ir a ver a Emily. Clavé la mirada en el teléfono, convencida de que estaba a punto de descubrir la versión de Levi que me quedaba por conocer: con el corazón roto.

Sonó el móvil, pero era Emily.

—Por favor —me suplicó—. Sé que cometí un error pero, si la verdad sale a la luz, Levi será el único perjudicado. Tú no quieres que sufra, ¿verdad?

No, no quería, pero no era yo la que le había puesto los cuernos.

—Te prometo que nunca volveré a hacer nada parecido y, si lo hago, te doy permiso para que no vuelvas a hablarme nunca en la vida. De todos modos, no lo harías —casi podía oír su pulso acelerado—. Me gusta mucho Levi y no quiero que rompa conmigo. Por favor, Macallan.

No me hace gracia guardar secretos. Los secretos acaban por lastimar a todos los implicados.

Ella siguió suplicando.

—Eres mi mejor amiga. Y si no puedo confiar en mi mejor amiga, ¿en quién voy a confiar?

Apuesto a que Levi pensaba lo mismo.

—Te conozco de toda la vida y hemos pasado muchísimas cosas juntas. ¿Me perdonas, por favor, para que pueda perdonarme a mí misma?

Aquello me tocó la fibra sensible. No había pensado en lo mal que lo estaba pasando Emily, en lo dura que debía de resultar la situación para ella también, por más que se lo hubiera buscado.

—Por favor, Macallan. Te lo suplico. Si estuviera allí contigo, me arrastraría por el suelo. Si es lo que quieres, me planto allí en dos minutos y te lo pido de rodillas.

Me sentía dividida. ¿Podía aceptar su palabra de que aquello nunca volvería a suceder? Sabía que la verdad destrozaría a Levi. A lo mejor, pensé, es preferible fingir que no ha pasado nada.

—Vale —repuse en voz baja.

Se hizo un silencio al otro lado.

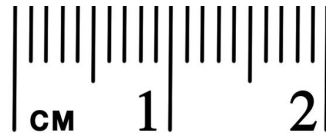
—¿De verdad? Oh, Dios mío, Macallan. ¡Graciasgraciasgracias! Os compensaré por esto, lo juro. A los dos.

—Por favor, trata bien a Levi. Se lo merece.

—¡Lo haré! ¡Te lo prometo! ¡Te quiero!

Debería haber experimentado alivio cuando la llamada finalizó, pero solo sentía miedo. Por más que quisiera borrar aquella horrible noche de mi pensamiento, sabía que algunos recuerdos son más persistentes que otros.

Sobre todo, los recuerdos dolorosos.



Me había mentido a mí misma muchas veces a lo largo de los años. Y mi mentira favorita era: «Todo irá bien».

Sí, todo iría bien.

Te vas a criar sin madre, pero todo irá bien.

Te despertarás cada mañana y comprenderás que no has tenido una pesadilla, que ha sucedido realmente, pero todo irá bien.

Tendrás que guardar un secreto que podría destruir la relación con tus dos mejores amigos, pero todo irá bien.

En el fondo, mentir se me daba fatal.

En cambio, me había vuelto una experta en el arte de escurrir el bulto. Evitaba encontrarme con Emily y con Levi al mismo tiempo. Evitaba hablar de su relación con cualquiera de los dos. Evitaba cualquier tema de conversación relacionado con fiestas, Troy, mi dormitorio, traumas, etc.

Lo conseguí durante tres meses enteros. Tres meses sin concederme permiso a mí misma para ser totalmente sincera. Tres meses vigilando cada una de mis palabras, cada uno de mis movimientos. Tres meses de completa y absoluta tortura.

Cuando la nieve se fundió y los primeros rayos de sol empezaron a asomar entre las nubes, pensé que quizás hacia el verano ya lo habría superado. A principios de abril, vi abrirse una flor mientras caminaba hacia la cafetería del colegio. Lo consideré un buen presagio.

Danielle me llamó por gestos desde nuestra mesa de siempre.

—Adivina a quién me encontré ayer.

—¿A quién?

Saqué una fiambrrera con el almuerzo: zanahorias y hummus casero.

—A Ian.

Movió las cejas con expresión traviesa.

—¿Ian?

Suspiró.

—Ian Branigan, de tu fiesta de Nochevieja.

Oh. Casi había olvidado que aquella noche habían sucedido más cosas.

—Sí. Y parecía muy interesado en saber qué tal te va últimamente.

—¿Y?

—«¿Y?», responde ella —comentó Danielle sin dirigirse a nadie en particular.

—Oh, lo siento. ¿Preguntó por mí? ¿Debería empezar a redactar la lista de invitados a la boda?

—Ahora bromea.

—Sí, bromea.

Danielle se echó hacia delante y me cogió un poco de hummus.

—Pensaba que te haría gracia saber que un chico muy mono se interesa por ti. Y a lo mejor le he mencionado que el viernes asistiremos a la competición de atletismo.

—Vamos porque Levi quiere echar un vistazo.

—Claro, y mientras Levi echa un vistazo al equipo del que le gustaría formar parte, tú puedes echarle un vistazo a Ian.

—Está en el tercer año de instituto.

Danielle se golpeó el labio con el dedo índice.

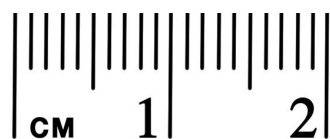
—Cierto. ¿Y qué puede querer un sujeto perteneciente al último eslabón de la cadena alimentaria del instituto de una chica tan guapa como tú?

—No quería decir eso —no sabía qué quería decir exactamente.

—Yo solo digo que ha preguntado por ti y que le he comentado que acudiremos a la carrera del viernes. No tiene más importancia.

—Ya —era yo la que le estaba dando importancia.

—Sí, no tiene más importancia —Danielle me dedicó esa sonrisilla suya que usaba para informarme de que estaba a punto de soltarme uno de sus típicos comentarios sarcásticos—. Y, ahora, ¿te importaría explicarme por qué te has puesto como un tomate?



Yo siempre recurría a la madre de Levi cuando tenía dudas sobre cuestiones femeninas, pero no me apetecía consultarle qué me podía poner para asistir a la competición de atletismo. Sabía que me habría ayudado encantada, pero no estaba segura de que le hiciera gracia saber que me gustaba un chico. Siempre que Levi y yo empezábamos a lanzarnos pullas, pillaba a nuestros padres intercambiando miraditas. Con cara de «pero qué monos son». Una parte de mí estaba segura de que se alegraría, pero otra parte pensaba que la madre de Levi quería que su hijo y yo acabáramos juntos.

Si bien no creía que Ian estuviera interesado en mí en ese aspecto, también sabía que, si yo saliera con alguien, no estaría tan pendiente de la relación de Emily y Levi. Y yo adoraba las distracciones.

Así que acudí a la única persona, aparte de la madre de Levi, que me inspiraba confianza en cuestiones femeninas: Emily.

Le envié un mensaje de texto para decirle que me disponía a pasar por su casa y me puse en marcha. Estaba demasiado emocionada como para aguardar su respuesta. A menudo pasábamos por casa de la otra sin avisar.

Casi había llegado al portal cuando la puerta se abrió. Durante una milésima de segundo, pensé que Emily me había visto desde la ventana, pero entonces vi salir a alguien.

A Troy.

—¡Eh, Macallan! —me saludó—. ¿Cómo va eso?

La puerta se abrió del todo y Emily apareció tras él.

—¡Eh, qué sorpresa!

—Te he enviado un mensaje —balbuceé yo mientras intentaba asimilar lo que estaba viendo.

Emily agitó la mano con aire despreocupado.

—Oh, no pasa nada. Troy ha venido a... esto... hacer un trabajo de Historia.

Troy la miró extrañado.

—Sí, eso. Luego nos vemos.

Se alejó calle abajo como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—No es lo que parece —me aseguró Emily cuando entramos en su cuarto.

—¿Y entonces qué es? —le pregunté.

No quise sentarme a su lado en la cama. Me crucé de brazos, esperando una explicación.

—Troy y yo solo estábamos charlando. De verdad. Sencillamente, me apetece conocerlo mejor. La última vez que pregunté, no era ningún crimen.

—¿Y qué pasa con Levi?

—Levi lo sabe.

Cogió una revista de su mesilla de noche y se puso a hojearla como si diera la conversación por terminada.

No dejé que se saliera con la suya.

—¿Qué sabe Levi? —la presioné.

—Sabe que Troy venía hoy a mi casa a estudiar. Son amigos.

—Ya, menudo amigo.

—Es complicado.

Estaba harta de aquella excusa. Y sabía que no era sino eso: una excusa.

—Pues explícamelo. Porque, sinceramente, Emily, no sé qué es lo que te pasa últimamente.

Emily soltó la revista como si fuera yo la que no quería entrar en razón.

—Estoy confusa, eso es todo. Y te agradecería que no me juzgaras. No todos podemos ser tan perfectos como tú.

Fulminé a mi amiga con la mirada. Me molestaba mucho que me cargara a mí con el muerto. Aquello no tenía nada que ver conmigo, por más que yo tuviera la sensación de que sí.

Emily se dio cuenta de que yo seguía esperando una explicación.

—Mira, me gusta Levi, claro que me gusta. Es supercariñoso y muy mono. Pero también me gusta Troy. Así que he quedado unas cuantas veces con él para saber si, ya sabes...

—No, no sé.

Casi pude oír cómo las sílabas se congelaban al salir de mis labios.

Emily se enfurruñó.

—Me gustan los dos. Quiero estar bien informada antes de tomar una decisión.

—¿Estás hablando en serio? Lo que le estás haciendo a Levi no tiene nombre.

—Ya lo sé —reconoció Emily con tristeza—. Claro que lo sé. Me he prometido a mí misma que tomaré una decisión antes de la graduación.

—Pero si falta un mes para eso... —le recordé.

—Por favor, no se lo cuentes a Levi, ¿quieres?

Me levanté y me encaminé hacia la puerta.

—¿Que no se lo cuente? No sabría ni por dónde empezar.

¿Por dónde empezar?

Ya sé por dónde vas. Cuando una amiga te dice que lo que has visto podría meterla en un lío, es obvio que algo va mal.

Y cuando una amiga te dice que ha quedado con su antiguo amor platónico solo para estudiar, no la crees.

Una gran verdad.

Y cuando tu mejor amiga te dice que te acompaña a una competición de atletismo, no te imaginas que en realidad ha acudido para tirarle los tejos a otro.

No fui por eso.

¿Quién es ahora la mentirosa?

No estoy mintiendo. Si los chicos se quedan prendados de mi pálida piel y de mi increíble carisma, yo no tengo la culpa. ¿Qué quieres que haga, mandarlos a paseo?

Lo que tú digas.

CAPÍTULO OCHO

Pensaba que tener novia y una amiga íntima me ayudaría a entender mejor los misterios de la mente femenina.

Me equivocaba.

La relación con Emily se enrareció muchísimo. Siempre que estaba conmigo, se ponía en plan superentusiasta. Y cada vez que yo mencionaba el nombre de Macallan, se echaba a reír y cambiaba de tema.

Con Macallan, las cosas no iban mucho mejor. Antes, siempre que yo nombraba a Emily, sonreía. Últimamente, ponía cara de pena.

Un colega de California tenía la teoría de que las dos estaban enamoradas de mí y se estaban peleando por mi corazoncito. Sí, claro. A lo mejor en sueños.

Evitaba hablar de Macallan con Emily y viceversa. Siempre y cuando el nombre de Emily no saliera a colación, todo fluía con normalidad entre mi mejor amiga y yo. Así que estaba deseando asistir a la competición del instituto y coincidir allí con Macallan y con Danielle.

Nos sentamos en las gradas, con Macallan entre los dos. Ella se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos del sol.

—Menos mal que he traído protección solar —dijo mientras rebuscaba en el bolso para ponerse crema en la cara y los brazos. El pelo de Macallan me gustaba más que nunca en primavera y en verano; al sol, adquiriría un tono rojizo con reflejos anaranjados. A cubierto, sin embargo, tenía el mismo aspecto que en otoño.

Seguía haciendo guiños para poder mirar la pista.

—Toma, ponte mis gafas —le dije. Yo me había llevado una gorra para evitar las molestias del sol.

—Oh —Danielle le dio un codazo a Macallan—. Mira... allí está Ian, haciendo estiramientos.

No vi la reacción de Macallan, pero en cualquier caso hizo reír a Danielle.

¿Quién es Ian?, pensé. Seguí sus miradas y vi a un chico que estiraba los gemelos y luego corría en el sitio con las rodillas muy levantadas. ¿Acaso Macallan lo conocía? No recordaba que me hubiera hablado nunca de un tal Ian.

Lo observé. Era alto y delgado, con el pelo oscuro y rizado en las puntas. Supongo que se podría decir que era guapo, si te gustaban los chicos desgarbados. O sea, yo era bastante desgarbado también. ¿Significaba eso que yo era el tipo de Macallan?

Ian se colocó en la línea de salida con otros siete corredores. Él ocupaba el carril central.

—¿Qué tiempo sería óptimo? —me preguntó Macallan.

No parecía muy pendiente de él. ¿Sería Danielle la que estaba interesada en aquel tío?

—Yo suelo hacer los cuatrocientos en cincuenta y cinco segundos. Confío en que ronden ese tiempo.

El juez dio la salida y los participantes echaron a correr. Me fijé en que sacaban más pecho yo. Tengo tendencia a encorvarme cuando corro, lo que no ayuda en las carreras de velocidad.

Ian iba el segundo, a un paso del primero. Cuando tomaron la curva final de la pista, aceleró.

—¡VENGA, IAN! —Danielle se levantó para animarlo. Cogió a Macallan del brazo para que se uniera a ella.

—¿No podrías hacer un poco más el ridículo? —le preguntó Macallan.

—Hecho.

Macallan agitó las manos.

—Da igual. Me rindo.

Las dos aplaudieron cuando Ian ganó por un pelo. Esperamos a que anunciaran los tiempos. Ian terminó en 50,82, casi cuatro segundos por debajo de mi mejor tiempo. Puede que cuatro segundos parezcan una miseria, pero en una carrera bien podrían ser cuatro horas.

—¿De qué conoces a Ian? —le pregunté a Macallan mientras él se disponía a descansar.

—Ah, vino a... —se encogió, apenada.

—Estuvo en la fiesta de Nochevieja —respondió Danielle en su lugar—. Ha estado preguntando por Macallan.

—Oh.

Claro, los chicos se interesaban por Macallan. ¿De qué me sorprendía? Además, yo tenía novia, así que habría sido una hipocresía por mi parte ponerme celoso ante la mera posibilidad de que saliera con alguien.

Me dije a mí mismo que no estaba celoso. Solo quería protegerla.

Danielle se puso en pie.

—Voy a buscar algo para beber. Y resulta que tendré que pasar justo por delante de Ian. ¿Qué os parece?

Macallan gimió.

—Que te diviertas... Vas a ir de todas formas, te diga lo que te diga...

—Conoces tus límites. Bien por ti.

Danielle descendió por las gradas y se apoyó contra la valla para hablar con Ian.

—¿Es demasiado tarde para pedir un cambio de instituto? —preguntó Macallan.

—Entonces, ¿te gusta?

Se me escapó la pregunta antes de que pudiera morderme la lengua.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. En realidad casi no lo conozco. Es mono.

O sea que sí era el tipo de Macallan.

—Ya... —no sabía qué decir. Era consciente de que debía animarla, pero todo aquello me hacía sentir incómodo. Opté por tratarla como a uno de mis colegas de casa—. ¿Por qué no lo invitas y salimos los cuatro?

Otra vez aquel gesto apenado.

Decidí dejar de hacerme el loco.

—¿Emily y tú os habéis peleado? —le pregunté.

—No exactamente.

Macallan se puso a hurgar en el bolso. Hacía lo mismo cada vez que quería cambiar de tema.

—¿Y entonces qué os pasa? Estás muy rara últimamente. Las dos estáis raras.

Le quité el bolso para que dejara de rebuscar y me prestara atención.

—Mira, no quiero meterme en vuestras cosas. Habla con Emily —me soltó a bocajarro.

—Hablo con Emily constantemente —le recordé.

—¡MACALLAN! —gritó Danielle desde abajo—. ¡VEN A SALUDAR!

Ella gimió.

—Mira, Levi, me encuentro en una posición muy incómoda y no quiero volver a mentirte otra vez. Así que habla con Emily. De verdad, habla con ella.

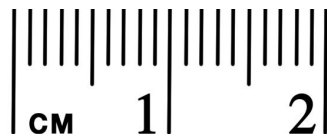
—¿Por qué dices que no quieres volver a mentirme? ¿Me has mentido?

Macallan nunca me había parecido la típica mentirosa.

—No exactamente —me tomó la mano y se echó hacia delante—. Lo siento mucho. Tú habla con Emily.

Se levantó y se dirigió hacia Ian.

Yo no sabía qué me dolía más: el hecho de que mi mejor amiga me hubiera ocultado algo o verla tonteando con un tío.



Al llegar a casa de Emily, subí los peldaños de la entrada, abrumado por el peso de la revelación que me aguardaba al otro lado de la puerta, fuera cual fuese.

—¡Hola! —ella me saludó con el beso de costumbre.

—¡Hola! —intenté devolverle la sonrisa, pero advertí que algo iba mal. No me sentía cómodo. Puede que la sensación me rondase desde hacía un tiempo, pero era la primera vez que reparaba en ella.

Y, por lo visto, a Emily le pasó lo mismo.

—¿Va todo bien? —me preguntó, ladeando la cabeza, como si buscara la respuesta en mi expresión.

—En realidad, no —reconocí—. Creo que tenemos que hablar.

—Oh —Emily no parecía sorprendida. Me llevó al sofá del salón—. ¿Qué pasa?

—Eres tú la que debería decírmelo.

Guardó silencio un momento.

—No sé de qué estás hablando.

Sin embargo, a juzgar por aquel silencio, sabía muy bien a qué me refería.

—Hoy he visto a Macallan.

Al oír el nombre de Macallan, la sonrisa de Emily se esfumó.

—¿Y qué pinta Macallan en esto? —adoptó un tono brusco de repente.

—Dice que tú y yo tenemos que hablar. No me ha dicho de qué se trata, pero me ha dado a entender que algo no va bien. Ojalá me lo hubiera contado. Lo único que sé es que, por lo visto, Macallan intenta portarse como una buena amiga.

—Ya, menuda amiga —replicó Emily con frialdad.

Sentí el impulso de salir en defensa de Macallan, que había sido la mejor amiga de Emily desde la infancia. Odiaba la idea de que algo se interpusiera en su amistad. Y de que ese algo fuera yo.

Intenté sonsacárselo.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no guarda relación con nada que Macallan haya hecho sino con algo que sabe?

Emily no supo qué responder. Entonces comprendí que había dado en el clavo.

—Dime la verdad —le pedí en tono apagado.

En aquel instante supe que Emily y yo habíamos terminado. Era imposible que todo aquello se debiera a algún tipo de malentendido y que, una vez aclarado, las cosas volvieran a su lugar. Si se trataba de algo tan importante como para que Macallan me engañase, no podía ser nada bueno.

Emily me escudriñó unos instantes. El labio inferior le empezó a temblar. El instinto me dijo que la consolara. La cabeza me advirtió de que estaba presenciando una actuación. No me moví.

—Lo siento mucho —se tapó la cara con las manos—. Lo siento mucho.

Se acercó a mí. Yo permanecí inmóvil. No pensaba rodearla con los brazos para confortarla, no si ella era incapaz de hacer lo único que le había pedido: decir la verdad.

—¿Qué ha pasado?

Emily se irguió y empezó a enjugarse las lágrimas.

—Yo...

Durante unos instantes, pensé que no hablaría. Que se lo tendría que sacar a Macallan.

Emily debió de advertir que no conseguiría conoverme.

—Ya sabes que últimamente he estado viendo a Troy. Todo comenzó en Nochevieja, pero entonces tú no estabas aquí, así que no le di

importancia. Luego me di cuenta de que quería saber si lo que había entre Troy y yo era real, ¿sabes? Pero no quería renunciar a nuestra relación y me sentía confusa y no sabía qué hacer y ahora seguro que me odias.

Se detuvo para respirar, lo cual me proporcionó el tiempo que necesitaba para procesar lo que estaba oyendo. Había pasado algo en Nochevieja, aunque Emily me había asegurado lo contrario. Y, si no recordaba mal, fue por aquel entonces cuando Macallan empezó a ponerse rara cada vez que le mencionaba a Emily.

Así que Macallan estaba al tanto de lo sucedido y me lo había ocultado.

Sabía que debería estar furioso con la que era mi novia desde hacía casi ocho meses. En cambio, solo me sentía decepcionado con Macallan. Se había visto obligada a escoger entre Emily y yo. Y había escogido a la mentirosa de Emily.

Me levanté.

—Gracias por decirme la verdad al fin.

Ni siquiera esperé respuesta. Crucé la puerta y al instante supe con quién debía hablar. Lo lógico habría sido enfadarme con Macallan por dejarme en la ignorancia, pero me preocupaba más la posibilidad de perderla.

Lo que empezó siendo una caminata se convirtió pronto en un trote ligero. Jamás había corrido peligro de perder a un amigo tras romper con una chica. Esta vez, sin embargo, las cosas eran distintas. Macallan conocía a Emily de toda la vida. No iba a pedirle que se pusiera de mi lado, pero una parte de mí sabía que tendría que elegir de todos modos. A mí no me importaba que conservara la amistad con Emily, pero no creía que esta fuera tan generosa.

Aunque Macallan debería haberme informado de lo que pasaba, en el fondo no la culpaba. Seguro que había actuado así por lealtad hacia Emily. Porque Macallan es una buena amiga. Es de fiar. Sin embargo, precisamente por su gran sentido de la lealtad, temía que se pusiera de parte de mi ex.

Vi a Macallan en la cocina cuando me acerqué a su casa. Alzó la vista y me divisó. Me dedicó una sonrisa triste, seguramente al intuir que yo ya sabía la verdad. ¿O temía que se rompiera nuestra amistad? Abrió la puerta y ninguno de los dos se movió.

—¿Habéis hablado? —me preguntó.

—Sí.

Asintió.

—Siento mucho no haberte dicho la verdad el día que llegaste. Debería haberlo hecho. No tengo excusa.

De repente, se instaló entre nosotros una tirantez que no habíamos vuelto a experimentar desde que nos conocimos. Ninguno de los dos sabía qué hacer. En aquel instante, maldije el día que empecé a salir con Emily. Sobre todo si eso iba a costarme mi relación más importante.

—Tú no tienes la culpa —dije, y noté que su postura perdía algo de rigidez—. Seguimos siendo amigos, ¿no?

Casi me dio rabia lo desesperado que estaba por oírle decir que sí, aunque en el fondo yo ya había tirado la toalla. Sin Macallan, estaba perdido. Ambos lo sabíamos. Estoy seguro de que todo el mundo lo sabía.

Me miró extrañada.

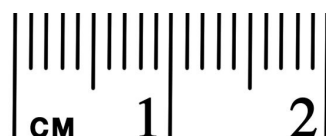
—Claro.

—¿No vas a tener que escoger?

Me sentía como un niño pequeño que, plantado ante su puerta, le suplicara que lo cogiera en brazos.

—Ya lo he hecho.

Se apartó a un lado para dejarme entrar.



Al principio, me sentí un poco culpable por haber sido la causa de su ruptura. Macallan no dijo gran cosa al respecto. Más bien lo dio por hecho: Emily y ella ya no eran amigas.

Quería tener algún gesto con ella para demostrarle lo mucho que agradecía todo lo que había hecho por mí. Por desgracia, como no tenía medios para construirle la cocina de sus sueños, estaba en blanco. Fue mi madre quien tuvo la genial idea de que celebráramos una fiesta de

graduación con la familia de Macallan.

Y Macallan tenía prohibido cocinar nada. La iban a mimar todo el día, de principio a fin.

La mañana de la ceremonia, mi madre la llevó a que le hicieran la manicura y la pedicura. Me preguntaron si quería acompañarlas, pero rechacé la invitación; tenía que preservar mi maltrecha imagen de tío duro. La ceremonia fue soporífera. Tuvimos que subir al escenario a recoger el diploma, aunque no habíamos acabado los estudios. En otoño, todos volveríamos a vernos, en un centro distinto. Con más gente. Gracias a Dios.

Cuando la ceremonia concluyó, nos dirigimos a mi casa: Macallan, su padre y su tío por un lado y yo con mis padres y mi familia de Chicago por otro. Mi madre se había pasado toda la semana preparando cosas, consciente de que Macallan había eclipsado por completo sus habilidades culinarias.

Nos reunimos en el salón para picar unos aperitivos (Macallan no paraba de decirle a mi madre lo delicioso que estaba todo). Poco después, mi amiga y yo nos escabullimos al jardín trasero.

—¿Significa esto que ya somos oficialmente adolescentes? —le pregunté.

—No sé. Yo llevo unos cuantos años leyendo libros juveniles.

—Vaya. ¿Entonces yo sigo siendo un niño? Me encanta ¡Todo el mundo hace caca!

—¿Tengo que responder a eso?

Me dio un codazo amistoso.

—Mejor que no.

Se hizo un silencio. Nos pasaba de vez en cuando. Cuando te sientes a tus anchas con alguien, no necesitas llenar todos los vacíos. Me encantaba que nos limitáramos a estar juntos.

—¿Crees que las cosas cambiarán el año que viene? —preguntó Macallan.

—No lo sé. Pero tengo ganas de ver qué pasa, ¿sabes lo que quiero decir?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo.

Yo sabía que el cambio la tenía preocupada. Era lógico. Lo raro era que yo me lo tomara con tanta calma. En realidad, estaba emocionado. Tenía la sensación de que en el instituto podría volver a empezar. De que tendría más oportunidades.

—Todo podría cambiar —dijo con voz queda antes de mirarme de reojo—. O no. Que me cuelguen si lo sé.

—Eh, esa frase es mía —bromeé antes de rodearle los hombros con el brazo—. Mira, nada cambiará entre nosotros. Te prometo aquí y ahora que estaré contigo pase lo que pase, a las duras y a las maduras. Ni los amigos, ni los chicos, ni los profes ni nada se interpondrán entre nosotros. Y siempre podrás contar conmigo para cualquier acontecimiento social que requiera un acompañante masculino. Dicen por ahí que soy muy apañado.

—No me fío de tus fuentes —una sonrisa asomó a sus labios—. ¿Y por qué crees que nadie querrá salir conmigo?

Negué con la cabeza.

—Que conste que estoy seguro de que los chicos harán cola para salir contigo, pero no creo que ninguno dé la talla cuando los compares conmigo. Nunca estarán a la altura de tus desmesuradas expectativas.

Me miró impertérrita.

—Lo único desmesurado que hay por aquí es tu ego.

—Vale, vale. Iré solo, pues.

Agaché la cabeza.

—Está bien. Si ninguno de los dos sale con nadie, podríamos asistir juntos a los bailes y eso. ¿Por qué no? De todas formas todo el mundo da por supuesto que somos pareja...

—¿Por qué no? Me lo tomaré como un sí. ¿Te parece bien?

Le tendí la mano.

Macallan me la estrechó.

—Me parece perfecto.

Pues sí. Fue perfecto y tal. Y tú no parecías horrorizada precisamente cuando te llevé al baile de bienvenida de primero.

Me lo pasé muy bien. De hecho primero fue un curso genial. Una agradable transición. Ambos hicimos nuevos amigos. Ningún trauma emocional que no se resolviese con una buena maratón de *Buggy y Floyd*.

Y entonces tuviste que buscarte novio.

Solo era cuestión de tiempo que alguien me echara el lazo. Sobre todo porque preparo unos brownies para chuparse los dedos.

Ah, ¿ahora lo llaman así? ¿Preparar brownies?

Pero mira que eres vulgar. Y no olvides que tú tenías novia a principios de segundo.

Sí, tenía.

¿Y eso disipó las dudas sobre si estábamos juntos?

No, no lo hizo.

CAPÍTULO NUEVE

Si hubiera podido hablar con mi yo de segundo, le habría dicho que no se preocupara por nada. En primero, todo fue como la seda. Aunque reconozco que salir con un chico mayor ayudó bastante.

—¿Tienes frío? —Ian me rodeó con el brazo.

—¿Por qué tengo la sensación de que buscas excusas para acercarte a mí? —me acurruqué contra él.

Él me estrechó un momento mientras nos sentábamos en las gradas para presenciar un partido de fútbol. Acababa de empezar el curso.

A mi llegada al instituto, Ian había dado por supuesto que Levi y yo salíamos, claro. Yo lo entendía perfectamente. No solo íbamos y volvíamos juntos a diario (excepto cuando él tenía entrenamiento), sino que nos sentábamos juntos a la hora de comer, acudimos juntos al baile de bienvenida y lo hacíamos casi todo juntos.

Lo comprendía. De verdad que sí, pero no por eso iba a renunciar a pasar tiempo con mi mejor amigo.

Supongo que Ian acabó por aceptar la clase de relación que teníamos Levi y yo, porque un sábado, después de Acción de Gracias, me pidió salir. El día del partido llevábamos juntos diez meses, y en todo ese tiempo no había formulado ni una sola queja sobre Levi. Me tomaba el pelo, claro que sí, pero yo era consciente de que, en parte, tenía motivos.

—¿Alguna vez te he dicho que más que una buena amiga eres una santa? —se rio Ian.

—Algún día tendrán que dejarlo jugar.

Rezaba para que el universo me escuchara.

Habíamos acudido al partido para animar a Levi, aunque ni siquiera había pisado el campo. Nunca. Ni en primero ni en los dos primeros partidos de segundo. La velocidad no era el problema; el entrenador siempre le decía que era el más rápido del equipo. El balón, en cambio, se le resistía.

Así que Levi se sentaba en el banquillo. Eso sí, formaba parte del equipo.

Y como Levi, a su vez, formaba parte de mi vida, yo me sentaba en las gradas para animarlo.

—¿Tengo que recordarte que en primavera no me perdí ni una sola de tus carreras? —le propiné un codazo a Ian.

—¿Tengo que recordarte que Levi también competía? No finjas que estabas allí solo por mí.

Abrí la boca, estupefacta.

—¿Exactamente qué quieres decir con eso?

Ian negó con la cabeza.

—Nada. Desde luego, no te estoy preguntando a quién prefieres. En esa guerra, siempre tendré las de perder. Además, ya sabes que me cae bien... si no fuera porque está a punto de superar mi tiempo.

Me tapé la cara. Daba gracias de que mi novio y mi mejor amigo solo compitiesen en las carreras de atletismo. El entrenador de los cadetes, el señor Scharfenberg, ya le había dicho a Levi que se considerara dentro del equipo.

Ian y yo nos tragamos todo el partido. Yo intentaba fingir interés, pero, la verdad, si Levi no jugaba y los jugadores no lucían el equipo verde y dorado, todo aquello me parecía aburrido a más no poder.

Dediqué buena parte del tiempo a evitar el contacto visual con las animadoras. Emily actuó como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, y supongo que así era. Había salido con Troy un tiempo, después con Keith, luego le tocó a James, a Mark y a Dave. Pese a sus muchos temores, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para encajar. Su círculo de amigos había aumentado considerablemente.

Danielle me había apoyado durante «el divorcio», lo cual fue una suerte, porque su sarcasmo me vino muy bien para superar la ruptura. Cuando Emily y yo compartíamos alguna clase, charlábamos con normalidad, pero en cuanto sonaba el timbre ella se largaba con sus nuevos compinches. Por suerte, yo también había hecho amigos, y eso me ayudaba a no guardarle rencor.

Cuando el partido terminó, Ian y yo esperamos a Levi junto a los vestuarios.

Salió del edificio con la capucha de la sudadera echada sobre la cabeza. Todos sus movimientos proyectaban derrota.

—¡Eh! —intenté adoptar un tono entusiasta, pero no demasiado.

—Hola —Levi no levantó la vista del suelo.

—Le he dicho a tu madre que te llevaríamos a casa. Pero ¿qué te parece si primero tomamos un helado? ¿En casa de Ian?

—¡Eh! —Ian me cogió por la cintura.

Le aparté las manos de un manotazo.

—Ya salió el caballero.

A Levi no le hizo gracia.

—No, tranquilos.

Ni siquiera nos miró.

Bastan dos palabras para describir los momentos como ese: *in-cómodos*.

Montamos en el coche de Ian. Prácticamente vi cómo Levi ponía los ojos en blanco cuando empezó a sonar un tema rap a todo volumen. Bajé la música.

—Y qué, Levi —Ian lo miró por el espejo retrovisor—. He oído que sales con Carrie Pope.

Yo no pensaba que tomar un café e ir al cine pudiera llamarse «salir», pero Levi asintió.

—¿Es de primero?

El interés de Ian en la vida amorosa de Levi me estaba poniendo nerviosa.

—«Aparta, que me tiznas», le dijo la sartén al cazo —replicó Levi con una carcajada. Me alivió comprobar que no había perdido su sentido del humor.

—No —balbuceó Ian—, si solo lo digo porque es mona.

—¡Eh! —le palmeé el brazo en plan de broma.

—No me refiero a eso. No es mi tipo.

—Ya veo. ¿Demasiado mona para ser tu tipo? —lo pinché.

—A mí me ha sonado a eso —declaró Levi desde el asiento trasero.

—¿Sabéis? No tiene ninguna gracia —se enfurruñó Ian—. Un pobre tipo como yo no tiene ninguna posibilidad contra dos fieras como vosotros.

—Venga ya.

Me di media vuelta y entrechoqué la palma con la de Levi para chincar a Ian un poco más.

—Que me cuelguen si puedo evitarlo —dijo Levi con acento británico.

—¡Agh! —protestó Ian—. Basta ya con ese rollo. Sois demasiado para mí.

—Se refiere a que somos demasiado ingeniosos —apostillé.

—Es obvio —asintió Levi—. ¿A qué se iba a referir si no?

—O quizás quiera decir que somos alucinantes.

—Ese es otro de los adjetivos que usa la gente para describirnos, sí señor.

—Y fabulosos —le recordé.

—Fantásticos.

—Extraordinarios.

—¡Basta! —exclamó Ian como si lo estuvieran golpeando—. ¿Sabéis?, se me ocurren muchas maneras de describiros, ya lo creo que sí.

Detuvo el coche ante la casa de Levi.

—Bueno, Levi, ¿qué te parece si nos olvidamos del campo y salimos los cuatro? Así Carrie y yo nos podríamos aliar contra vosotros para variar.

Un extraño silencio se apoderó del coche. Levi y yo dejamos de bromear de golpe. No sé por qué ambos reaccionamos de una forma tan rara. Es verdad que Levi salía con nosotros a menudo, pero ¿invitar a una cuarta persona? ¿No nos sentiríamos incómodos?

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó Ian para quitarle hierro al momento.

Intenté poner los pies en el suelo y no sacar las cosas de quicio.

—No, sí, si es muy buena idea.

Miré a Levi, que me observaba atentamente.

—Claro —añadió. Aunque no parecía muy seguro.

—¡Genial! —Ian estaba encantado con la idea—. El próximo fin de semana vamos a una fiesta en casa de Keith.

—¿Ah, sí?

Yo no sabía que nos hubieran invitado a ninguna fiesta.

—Sí, ¿no te lo había dicho? —negué con la cabeza. Él prosiguió—. Bueno, pues podemos quedar antes para tomar algo y luego acudimos todos juntos.

—Ah, vale.

Levi se apeó del coche y me saludó con la mano antes de entrar en casa.

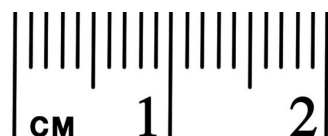
—¿Qué? —Ian se acercó a mí—. ¿Has visto qué majo soy con tu mejor amigo del mundo? ¿Qué me merezco?

—El privilegio de llevarme a casa —repuse con voz apagada.

Él se echó a reír.

—Eres la hostia. Lo sabes, ¿verdad?

Eso dicen por ahí.



No sabía si debía sentirme mejor por el hecho de que a Levi le hiciera tan poca gracia como a mí la idea de la doble cita. Había coincidido con Carrie un par de veces, pero procuraba no imponer mi presencia.

Sabía que el hecho de que la mejor amiga de Levi fuera una chica podía intimidarla. Parecía mona y me caía bien, así que quería facilitarle las cosas.

Además, había aprendido a llamar a los dormitorios antes de entrar, tanto metafórica como literalmente.

El viernes, de camino al restaurante para celebrar la noche del pescado frito, los cuatro guardábamos un extraño silencio. Le dejé a Levi el asiento del copiloto, pensando que así Ian y él podrían hablar de cosas de chicos mientras yo intentaba conocer mejor a Carrie.

—Me gusta tu falda —le comenté. Llevaba una falda de color naranja con un top cruzado de cachemira en tono crudo.

—Gracias. Tu ropa también es muy chula —respondió, aunque yo solo llevaba vaqueros y una camiseta negra normal y corriente. Obviamente, hacía esfuerzos por quedar bien.

—Gracias.

Me sonrió.

—Y tu pelo es, o sea, alucinante.

Empezó a jugar con su propia melena color miel.

—Tú también tienes un pelo fantástico.

Se encogió de hombros.

—Mi color es muy aburrido.

Levi se dio media vuelta.

—En serio, ¿ropa y pelo? Así me gusta, Macallan. Rompiendo estereotipos.

Le lancé mi famosa mirada incendiaria.

—¿Y de qué vais a hablar vosotros? ¿De deporte?

—Claro, de cosas de hombres.

—¿De verdad te quieres meter en este jardín delante de Carrie? —enarqué una ceja con gesto desafiante.

Él devolvió la vista al frente.

—Ya sabía yo que esto era una mala idea.

Aunque era consciente de que lo decía en broma, estaba de acuerdo con él al cien por cien.

Cuando nos sentamos en la Taberna Curran, traté de comportarme. Charlamos de cualquier cosa hasta que el camarero se acercó a tomar el pedido.

Levi me dedicó una sonrisa traviesa.

—¿Pido yo o pides tú?

—Siempre tomamos lo mismo —les expliqué a nuestros acompañantes, que nos miraban sorprendidos—. Sí, yo tomaré bacalao frito con una patata al horno, pero que tenga ración doble de crema agria. Y salsa de queso azul para la ensalada. Gracias.

—Lo mismo para mí —pidió Levi—. Pero te has olvidado una cosa.

—¡Oh! ¡Queso en grano! —exclamé casi gritando—. Esto... ¿Podemos empezar con queso en grano también? Gracias.

El camarero asintió y se volvió hacia Carrie, que pidió una ensalada César con pollo a la parrilla.

—Y yo tomaré una hamburguesa con queso mediana —pidió Ian.

No tuve que decir nada porque sabía que Levi lo haría.

—¿Va en serio? ¿A quién se le ocurre pedir carne en un restaurante de pescado frito? —negó con la cabeza—. En primer lugar, no pienso compartir mis buñuelos de maíz con nadie, y sé a ciencia cierta que Macallan tampoco lo hará.

—Así se habla —lo animé.

Levi se echó hacia delante con una expresión muy seria, casi solemne.

—Escuchadme, chicos, yo jamás había oído hablar de la noche del pescado frito hasta que la familia de Macallan nos trajo aquí. No tenéis ni idea de la suerte que tenéis aquí en Wisconsin: pescado frito, buñuelos de maíz con mantequilla de miel, alubias con tomate, pan y mantequilla, ensalada de col, patatas... ¡patatas al gusto! ¿Y he mencionado ya la mantequilla? ¡Carros de mantequilla! O sea, ¿qué más te puede ofrecer un viernes por la noche? Pedir otra cosa... ¡es de locos, de locos!

Aunque Carrie e Ian no parecían tan animados como yo, me invadió una extraña sensación de orgullo. Ojalá el Levi de séptimo pudiera verse ahora. Incluso se le había pegado el acento del medio oeste.

—¿Por qué sonrías? —quiso saber Levi.

—Por nada —respondí a toda prisa.

—No me lo trago —se echó hacia delante y me miró a los ojos como si quisiera leerme el pensamiento. Yo desvié la vista. A esas alturas, le creía capaz—. Ah, ¿lo ves?, estás tramando algo.

—¿Quién, yo? —repliqué con mi voz más inocente.

—Por favor —se arrellanó en el asiento y pasó el brazo por el respaldo de la silla de Carrie—. Te voy a decir un secreto sobre esta, Carrie. No te creas ese rollo de la buena chica que saca sobresaliente en todo. Bajo su dulce apariencia se esconde un corazón retorcido de gran perspicacia e infinitos recursos.

—Lo cual explica por qué eres mi mejor amigo.

—Obviamente —asintió Levi.

Ian carraspeó.

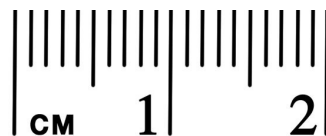
—Bueno, Carrie, habrá que intervenir antes de que el *Show de Levi y Macallan* nos amargue la noche. Cuando empiezan, ya no se callan. Nunca.

Carrie se revolvió incómoda en el asiento y se toqueteó las tiras del top.

Mirando a Ian, articulé «lo siento» con los labios. No era la primera vez, ni sería la última, que mi novio me llamaba la atención cuando Levi y yo nos enzarzábamos en una de nuestras conversaciones épicas.

Acabé jugando a «veinte preguntas para conocerte mejor» con Carrie hasta que llegó la comida. Además de ser muy simpática, se iba a presentar al consejo estudiantil y trabajaba como voluntaria en el refugio de animales los fines de semana. Comparada con ella, me sentí una holgazana.

Aunque me estaba divirtiendo, tenía que hacer esfuerzos para reprimir el impulso de ponerme a hablar con Levi cada vez que se me ocurría una réplica ingeniosa o algún comentario gracioso. Debíamos ser considerados con nuestras parejas. Al fin y al cabo, era un milagro que hubiéramos conocido a dos personas del sexo opuesto capaces de disfrutar tanto como nosotros mismos de nuestra compañía.



Cuando llegamos a casa de Keith, la fiesta estaba en pleno apogeo. El equipo de fútbol al completo, todas las animadoras e incluso la banda de música estaban allí.

—¡Eh, California! —Keith se acercó e intercambió con Levi ese saludo que hacen los chicos con la mano y el pecho y que deben de enseñar en alguna clase de machotes—. ¡Bienvenidos!

Me miró de arriba abajo y yo le dejé muy claro, con mi expresión más gélida, que no me interesaba nada de lo que me ofrecía.

—Eh, tío —dijo Ian, interponiéndose entre los dos—. Gracias por invitarnos.

—Ah, claro, vosotros dos estáis juntos. Siempre se me olvida. Como no se despegaba de este... — señaló a Levi, que echaba chispas.

—Keith, esta es Carrie —Levi hizo un gesto en dirección a la chica.

Por la razón que fuera, Keith se rio.

—Vale, ya lo pilló —metió la mano en la nevera y sacó unos refrescos de lata—. Te lo tiraré, Levi, pero a mi madre no le hará ninguna gracia encontrarse la alfombra toda manchada.

Volvió a reírse. Nosotros lo mirábamos impertérritos.

Cogimos una lata cada uno y nos encaminamos a una esquina de la cocina.

—Pasa de él —le dije a Levi.

—Pero si tiene razón. Soy incapaz de coger nada al vuelo... excepto las burlas —negó con la cabeza.

Me puse de espaldas a Carrie y a Ian. Sabía que a Levi le avergonzaba su poca maña con el balón.

—Estás mejorando mucho. El otro día, Adam me dijo que habías pillado el balón casi desde la otra punta de la manzana.

—Supongo —repuso con un hilo de voz—. Pero es humillante calentar banquillo partido tras partido.

—Pensaba que solo querías jugar al fútbol para hacer amigos e integrarte un poco más.

Se encogió de hombros.

—Pero eso no significa que no quiera jugar.

—Ya lo sé, pero mira a tu alrededor. Estás en una fiesta y ha sido Keith el que te ha invitado.

—Ha invitado a todo el mundo.

—Ya, pero al menos estás aquí. Y te ha tomado el pelo. ¿No es eso lo que hacen los amigotes?

—Los amigotes —se rio.

—Ya sabes, la forma que tienen los tíos de demostrar afecto. De marcar su territorio. Como los perros y tal, que hacen pipí para dejar su marca.

—No sabes de lo que hablas.

—Claro que no —reconocí—. Pero ¿verdad que te sientes un poco mejor?

—Sí, un poquitín.

Le di un codazo amistoso.

—Pues con eso no me basta. Está claro que mi trabajo no ha terminado. ¿Que si eres un tío duro? Deja que te diga hasta qué punto.

—Espera, espera —Levi sacó su móvil—. Esto tengo que grabarlo. A lo mejor me lo pongo como señal de llamada.

Le cogí el teléfono y hablé directamente al micro.

—Yo, Macallan Marion Dietz, juro solemnemente que Levi Rodgers es un machote de la cabeza a los pies, un tronco como una casa. Razón número uno: imita fatal el acento británico. Razón número dos: se deshace en halagos ante una buena cocinera. Esto... razón número tres. Mm...

—Genial —recuperó el móvil—. ¿No puedes ni discurrir tres razones?

—Verás, es que hay tantas que mi cerebro se ha colapsado.

—Por los pelos.

—Uf —me enjuagué la frente con un gesto teatral.

—¡Eh! —Danielle se acercó a nosotros—. No os he visto llegar. Pero vuestros ligues están ahí fuera y he supuesto que andaríais a lo vuestro.

Danielle leyó la comunicación no verbal que intercambiamos Levi y yo.

—A ver si lo adivino: no os habíais dado cuenta de que esos dos habían salido.

Hice un gesto de dolor. Ella negó con la cabeza.

—Sois la hostia.

—Obviamente —dijimos Levi y yo al unísono.

—Bueno, pues os sugiero que sigáis divirtiándoos en el patio y hagáis compañía a vuestras parejas.

—¡Gracias!

Le di un abrazo rápido a Danielle antes de que se alejara para reunirse con sus amigos de la banda de música.

Levi y yo nos acercamos a las puertas acristaladas. Carrie e Ian estaban fuera, apoyados contra la barandilla. Ella se estaba riendo de algo que Ian le contaba.

—Bueno, por lo menos se lo están pasando bien —observó Levi—. De hecho, parece que se lo están pasando mejor ahora que durante la cena.

—Levi —lo retuve antes de que abriera la puerta—. Me parece que no es buena idea que salgamos los cuatro en plan parejas.

Asintió.

—Ya lo sé. Cuesta mucho incorporar a alguien en este combinado. No quiero estropear las cosas con Carrie.

—Podemos seguir viéndonos. Solo digo que quizás las noches de pareja deberían ser cosa de dos. No obligar a nadie a que nos aguante.

Levi miraba fijamente ante sí. Tenía la mandíbula algo crispada.

—¿Levi?

Como no respondía, seguí su mirada. Ian se acercó a Carrie y le recogió un mechón detrás de la oreja. Ella se sonrojó, pero se inclinó hacia él. Ian la rodeó con el brazo.

—¿Están coqueteando? —exclamé, indignada. No me podía creer lo que veían mis ojos.

Levi y yo observamos petrificados cómo Ian y Carrie se acercaban cada vez más. Él volvió a decir algo que la hizo reír. Carrie se enrolló al dedo un mechón de pelo. Ahora, Ian se inclinaba aún más hacia ella. La chica dejó de sonreír. Se miraban a los ojos con expresión intensa.

Conocía bien la expresión que mostraba Ian ahora mismo. Ladeó la cabeza y levantó la barbilla de Carrie con el dedo índice.

Aquello no estaba pasando.

—No me creo... —la voz aterrada de Levi me hizo reaccionar.

Abrí la puerta corrediza con tanta fuerza que el cristal traqueteó.

—¿Cómo te atreves?

Me sorprendí a mí misma plantada delante de Carrie. Sabía que debería haberme encarado con Ian, pero en aquel momento estaba furiosa con ella. Levi había salido con Carrie unas cuantas veces, le había presentado a sus amigos y la había llevado a una fiesta a la que ella no estaba invitada, ¿y así se lo agradecía?

Carrie se apartó, pero Ian dio un paso hacia mí.

—¿Esto va en serio?

Nunca lo había visto enfadado, pero ahora mismo echaba chispas.

—¡Dímelo tú! —repliqué.

Me miró asqueado.

—¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Te enfadas con Carrie? ¿Acaso te da igual lo que yo haga? ¿Sabes qué? No hace falta que me contestes. Está claro que solo te importa Levi, no tu novio. No, perdona, tu ex novio.

—A ver si te he entendido bien —mi mente intentaba ordenar lo sucedido durante aquellos últimos minutos—. Tú estabas tonteando con otra chica. Si yo no hubiera intervenido, seguramente la habrías besado. Eras tú el que se disponía a engañarme. ¿Y te enfadas conmigo? ¿Rompes conmigo?

—¿Tienes la menor idea de lo mucho que me duele esto?

A Ian se le quebró la voz y comprendí que era sincero. Me sentí fatal. Le había hecho daño. Sin embargo, yo no había hecho nada que justificase la infidelidad.

—¿Por qué me echas a mí la culpa? —no entendía nada. Ian y yo nunca nos habíamos peleado. Ni una vez. Estábamos pensando en ir a Milwaukee para celebrar nuestro primer aniversario. ¿Y ahora rompía conmigo?—. ¿Has estado bebiendo?

—Ya sabes que no bebo —me espetó—. Puede que lo haya hecho adrede, para que sepas lo que se siente cuando tu novio está pendiente de otra. Me gustas mucho, Macallan, pero no puedo seguir siendo el segundón.

—No dirías eso si Levi fuera una chica.

—Pero no lo es. Y ese es el problema. ¿Por qué no os liais de una vez?

Siempre íbamos a parar al mismo punto. Al eterno prejuicio de que Levi y yo no podíamos ser solo amigos. Nadie se lo creía.

Sobre todo porque aquellas personas nunca habían tenido un amigo íntimo del sexo opuesto.

O quizá fuera más exacto decir que ninguno de ellos era el mejor amigo de Levi.

—Si tan mal te parecía, ¿por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

Ian gimió.

—Porque supuse que cuanto más unidos estuviéramos tú y yo, menos problemas tendría con él.

—¿Problemas con él?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé.

Estuve a punto de caerme del susto cuando oí a Levi decir:

—Lo siento mucho.

Había olvidado que Carrie y él estaban allí. De hecho, se estaba congregando una multitud junto a las puertas.

Carrie estaba encorvada, como si quisiera que se la tragase la tierra.

—Tengo que irme —dijo con un hilo de voz.

—Te llevo a casa.

Ian se internó en el grupo de mirones y se alejó con Carrie pegada a sus talones.

Oí unos aplausos.

—Tíos —gritó Keith, saliendo de entre el gentío—. Siempre se puede contar con vosotros para pasar un buen rato. ¡Ojalá hubiera traído palomitas! ¡Qué fuerte!

—Muy gracioso, Keith.

Algo en mi tono de voz le cerró la boca.

—Oh, vaya. Perdona, Macallan.

Me quedé esperando el comentario sarcástico de turno, pero él se limitó a mirarme con expresión compasiva. Lo que me hizo sentir aún peor. Si Keith te compadece, puedes estar segura de que eres patética.

—Salgamos de aquí.

Cogí a Levi del brazo y enfilamos hacia el recibidor.

—Esto... El conductor se ha marchado —dijo con apagada resignación.

—Ya pensaremos algo —abrí la puerta y eché a andar—. El aire fresco nos sentará bien.

Durante varios minutos, Levi guardó un silencio poco habitual en él. Lo dejé a solas con sus pensamientos, mientras yo intentaba aclarar mis propias ideas. ¿Qué acababa de pasar? A lo mejor se me había escapado algo. Rebusqué en mi memoria por si encontraba algún signo de que Ian se hubiera

sentido desgraciado conmigo. Bromeaba a menudo sobre la cantidad de tiempo que le dedicaba a Levi y fingía vomitar cada vez que hablaba de él, pero, al fin y al cabo, es un chico. Pensaba que me tomaba el pelo.

Además, al margen de lo que yo hubiera hecho, no tenía excusa para ponerse a tontear con otra en cuanto yo me daba la vuelta. En realidad, lo que más me molestaba era que le hubiera tirado los tejos al ligue de Levi. Yo, en su lugar, me habría alegrado de que Levi tuviera novia.

—¿Tú entiendes algo? —le pregunté.

Negó con la cabeza y siguió andando. Mala señal.

Por lo visto, ambos tuvimos la misma idea. No llegamos a comentar hacia dónde nos dirigíamos; sencillamente fuimos a parar al parque Riverside. En silencio, nos encaminamos a los columpios y nos sentamos. Yo en el columpio del centro y Levi en el de mi izquierda. Así nos sentábamos siempre en séptimo, cuando íbamos al parque después del colegio.

Empecé a columpiarme.

—He estado pensando —anunció Levi, que seguía inmóvil en su columpio— que tienes razón. No deberíamos repetir lo de la cita doble.

Le eché un vistazo y vi un amago de sonrisa en su cara.

—¿Eso es un chiste?

—Bueno, o eso, o tendré que afrontar que ya es la segunda vez que me ponen los cuernos.

—Estrictamente hablando, no te han puesto los cuernos.

Hizo chasquear la lengua con impaciencia.

—Ya, pero solo porque tú lo has impedido.

—No sabemos lo que habría pasado —ni yo misma me creía mis palabras. Intenté quitarle hierro al asunto—. Y yo tendré que pasar de las fiestas si sé que alguna novia tuya estará presente. Y si hay puertas.

—A quién se lo vas a decir.

Se levantó y empezó a empujarme. Cerré los ojos y dejé que el columpio me llevara cada vez más arriba.

Nos pasamos así cosa de una hora. Eché un vistazo al reloj.

—O nos ponemos en marcha o llamamos a nuestros padres para que vengan a buscarnos.

Decidimos que sería mejor llamar a la madre de Levi. Mi padre y el tío Adam se preocupaban mucho por mí y no creía que se tomaran bien el hecho de que prácticamente me hubieran abandonado en una fiesta. Por suerte estaba con Levi y eso les haría sentir mejor. En cualquier caso, a los dos les caía bien Ian y se disgustarían cuando se enteraran de que habíamos roto.

Roto. No me lo podía creer.

Levi y yo nos sentamos en el bordillo a esperar a su madre.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—La verdad es que no —se rodeó las piernas con los brazos—. No sé, puede que yo sea el problema.

—Tú no eres el problema —le aseguré.

—¿Y entonces por qué todas las chicas me engañan?

—No te engañan todas las chicas. Una te ha engañado y otra ha tomado una mala decisión.

Suspiró.

—¿Y si se debe a que beso fatal?

—Estoy segura de que no se debe a eso.

—¿Cómo lo sabes? —en eso llevaba razón—. Piénsalo. Empiezo a salir con una chica y, en cuanto desaparezo diez días, corre a morrear con el primero que pilla. Y esta noche me alejo de mi novia

unos diez segundos y cuando vuelvo a mirar está a punto de montárselo con otro. Seguro que hago algo mal.

—Estás diciendo tonterías.

—Yo no lo veo así.

De repente, a Levi le dio por hablar. Se pasó los siguientes cinco minutos dale que te pego, diciendo que debía de besar fatal y que nunca tendría novia porque era un patoso. Y que jamás volvería a salir con una chica porque no confiaba en ellas. Y que era un tío patético porque TODAS corrían a liarse con el primero que encontraban en cuanto él se daba la vuelta.

Me estaba poniendo histérica.

Levi solía tomarse las cosas con mucha filosofía y yo no estaba acostumbrada a que se autoflagelase por culpa de una chica. Ni a que se pusiera melodramático.

Le repetí una y otra vez que él no tenía la culpa de nada. Emily era la típica que coquetea con todos. Ni siquiera se podía pensar en ella en términos de «novia» porque ella prefería picotear de aquí y de allá. En cuanto a Carrie, ¿quién sabe? Era muy joven. Había cometido un error.

Sin embargo, nada de lo que yo decía servía para consolarlo. Empezaba a sentirme muy frustrada. Una parte de mí tenía ganas de abofetearlo, pero sabía que eso no le haría callar.

—No, te digo que se debe a eso. Beso fatal. Pronto correrá la voz por el instituto y entonces ninguna chica querrá darme otra oportunidad.

—¡Levi, por el amor de Dios! —le grité.

Y, sin pararme a pensar lo que estaba haciendo, lo agarré por las mejillas y lo besé. Se quedó paralizado durante un par de segundos, seguramente de la impresión. Luego me rodeó con los brazos y me respondió.

Me aparté y Levi cogió aire.

—¿Qué-que-qué...? —balbuceó.

—No te pasa nada. No besas mal. Lo he comprobado. Asunto zanjado.

Me miraba con los ojos como platos, incapaz de pronunciar palabra.

Me encantó verlo tan aturdido.

En aquel momento, divisamos el coche de su madre a lo lejos. Yo me levanté, pero Levi se quedó sentado en el bordillo. Le tendí una mano para ayudarlo a incorporarse. Tardó un segundo en asimilar la situación. Por fin se levantó, aún patidifuso.

—En eso les llevo ventaja a tus colegas de California y a los troncos de por aquí.

Él me miró de hito en hito.

Me reí y le di un puñetazo en el hombro.

—Ninguno de ellos se habría atrevido a demostrarte que sabes besar. Ni a ponerse *a dos centímetros de ti*: De nada, por cierto.

Guardó silencio durante todo el viaje a mi casa.

En el asiento trasero, yo me reía para mis adentros.

Basta un simple beso para cerrarle la boca a un chico.

Sí.

¿Lo ves? Aún no te has recuperado.

Déjame en paz, ¿quieres? Allí estaba yo, abriéndote mi corazón, y vas tú y te abalanzas sobre mí. Normalmente prefiero que me lleven a alguna parte en la primera cita. Al menos podrías invitar a los chicos a una pizza antes de aprovecharte de ellos. Sobre todo si están atravesando momentos difíciles.

Ay, sí, pobrecito. No parabas de decir tonterías. ¿Cómo querías que te hiciera callar si no?

Tendré que hablar más a menudo.

¿Te has sonrojado?

Mm... ¿De qué estábamos hablando?

De que soy el amor de tu vida.

Obviamente.

CAPÍTULO DIEZ

Qué distintas son las cosas cuando tu mejor amiga es una chica.

Si empiezas a lamentarte delante de tus amigos de que todas tus novias te ponen los cuernos o de que besas fatal, los tíos se meten contigo, cambian de tema o te dan una colleja.

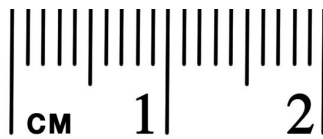
En cambio, si te pones pesado con tu mejor amiga, te besa para hacerte callar.

Cuando sucedió, me quedé flipando durante, digamos, 1,3 segundos. Y luego decidí participar. Macallan besa de maravilla. Me sentí algo decepcionado cuando se apartó y empezó a comportarse como si nada.

Para que luego digan que nosotros no nos colgamos de ellas cuando media el contacto físico.

Como es lógico, intenté que volviera a besarme, pero no coló. Le daba la lata adrede y luego le decía: «Ay, será mejor que alguien me haga callar». A continuación hacía un puchero. Macallan pasaba de mí y seguía con lo que estaba haciendo.

Qué rabia.



Por fin llegó la primavera y con ella el buen tiempo. Y las carreras.

Aunque ya estábamos a mitad de temporada, yo aún me ponía nervioso antes de cada competición. Para mí, eran muy importantes. Tenía que recordarme a mí mismo constantemente que debía respirar. Luego sacudía las piernas. Oía las instrucciones y los gritos de ánimo del público, pero yo mantenía la mirada al frente. Solo pensaba en los cuatrocientos metros que tenía por delante.

Oí el aviso y me coloqué en la línea de salida, listo para salir zumbando en cuanto sonara el disparo.

Me sumergí en esa zona que se crea justo antes de empezar una carrera. Adquieres «visión de túnel» y todo lo demás se desvanece. Te invade la calma mientras tu cuerpo se prepara para echar a correr.

Oí el disparo y salí como una exhalación. Mis músculos reaccionaron de inmediato después de tanto entrenamiento. Respiraba en ráfagas muy breves a la vez que empujaba a mi cuerpo a avanzar cada vez más deprisa. Tomé la primera curva de la pista y vi que seguíamos corriendo en grupo, pero cuando llegué a la mitad del trayecto solo quedábamos dos o tres. Utilicé hasta la última gota de mis energías para recorrer el tramo restante. Estaba dispuesto a darlo todo.

Sabía que debía de estar cerca de la meta, porque solo oía la voz de Macallan, que gritaba más que de costumbre. Cuando crucé la línea, tardé varios metros en aminorar el paso. Miré a mi alrededor y vi a Ian corriendo a mi lado.

—Por poco, colega —resolló casi sin aliento.

Yo solo pude asentir. Aún no me había recuperado.

Me palmeó la espalda.

Ian y yo nos habíamos declarado una especie de tregua tras el incidente del semiengaño. Yo estaba más molesto con él por lo que le había hecho a Macallan que por mí, aunque ella no parecía tan enfadada como lo habría estado yo en su lugar. No obstante, supongo que cuando has pasado por cosas tan terribles como ella, romper con tu novio del instituto no te parece una tragedia.

—¡Branigan, Rodgers, buen trabajo! —nos gritó el entrenador Scharfenberg cuando nos dirigimos despacio adonde estaba el resto del equipo.

Los entrenadores y los jueces pasaron unos minutos revisando los tiempos oficiales.

—Eh, ¿te vienes cuando acabemos? —me preguntó Ian.

—Claro.

Los chicos del equipo de atletismo siempre salían después de las competiciones. La fiesta solía incluir mucha comida y bebida isotónica.

—¡Brutal! —Andy me tendió una botella de agua.

—Gracias, tú has clavado los doscientos.

—Ya lo creo —Tim se acercó y le dio unas palmadas a Andy en la espalda—. Aunque, digámoslo claro, yo he brillado en los relevos. Como siempre.

Por fin tenía amigos. O sea, colegas de verdad. Troncos. En cuanto me admitieron en el equipo de atletismo (fui el único de cuarto que lo consiguió), empecé a congeniar con Tim y Andy, ambos de un curso por encima. Eran buenos tíos, de esos que te apoyan en todo. Solo tenía que tomármelo con calma y procurar no dar saltos de alegría cuando me invitaban a salir con ellos.

Había tenido que cancelar los planes con Macallan unas cuantas veces, pero sabía que ella se alegraba por mí. Además, Macallan siempre lo planea todo con mucha antelación, mientras que los chicos tendían a improvisar.

Me quedé mirando el marcador, ansioso por ver los tiempos. Y sí, había perdido por los pelos.

Ian me había ganado por una décima de segundo.

Una décima.

En cierto sentido, preferiría haber perdido por un segundo. Cuando perdía por tan poco, empezaba a obsesionarme. No creía que pudiera hacerlo mejor, pero, por otra parte, no podía evitar pensar que, si me esforzaba un poco más, si corría solo dos décimas más deprisa, ganaría.

—¡Bien hecho, tío! —Ian me palmeó la espalda.

—Felicidades... te lo mereces.

Me acerqué al lugar donde Macallan y Danielle me estaban esperando.

—¡Eh! —intenté sonreír.

—¡Has estado genial! —exclamó Macallan, y me dio un gran abrazo.

Me agobí cuando lo hizo, no solo porque había perdido sino también porque estaba empapado en sudor.

Me encogí de hombros, poco dispuesto a aceptar el cumplido. Sobre todo porque era injustificado.

—Venga... Eres el más joven —me recordó—. Un segundo puesto es increíble. La próxima vez lo conseguirás, estoy segura.

Sí, cuando Ian ya no estuviera en el equipo.

Macallan me cogió por los hombros y empezó a sacudirme.

—¡Tierra llamando a Levi! Has estado increíble. Nos vamos a Culver's. ¡La crema corre de mi cuenta!

—Aunque me encantaría verte abrir la cartera por una vez, hoy saldré con los chicos —la despeiné con ademán cariñoso.

Ella me apartó la mano de un manotazo.

—Ah, vale, solo chicos. Juerga de tíos. Fiesta de troncos. Eh, espera, ¿es una sonrisa eso que veo ahí? —frunció el ceño y fingió escudriñar mi expresión—. Sí, definitivamente es una sonrisilla. Claro, para sonreír como Dios manda necesitas tiempo de calidad con los colegas. Sí, para eso tienes que salir con los amigos y hacer cosas de machotes.

—Tú te lo pierdes —intervino Danielle—. Macallan y yo teníamos pensado hacer una guerra de almohadas en ropa interior.

—Desde luego —Macallan hizo un movimiento travieso con las cejas—. Y ahora que lo pienso, tenía pensado algo más. No sé, lo tengo en la punta de la lengua —frunció los labios con ademán juguetón y se dio unos golpecitos—. Mm... No sé qué será.

—Sois malvadas.

Traté desesperadamente de arrancar de mi mente la imagen de Macallan y Danielle en ropa interior. Aquello era una crueldad lo mires por donde lo mires. Creo que a veces Macallan se olvidaba de que soy un tío. Y de que los tíos experimentamos ciertas reacciones difíciles de controlar.

—Te estoy tomando el pelo —me dio un toque de cadera.

Yo más bien diría que me estaba torturando.

—Tengo que ir a ducharme.

A darme una ducha muy, muy fría.

—Que os divirtáis. En serio —volvió a abrazarme con fuerza, lo cual no me ayudó a recuperarme—. Estoy orgullosa de ti. Nos vemos mañana. Pásalo bien con los chicos.

—Sí, pórtate como un machote —se burló Danielle.

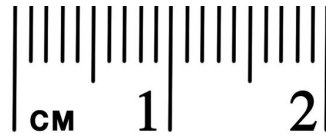
Ambas se echaron a reír y se alejaron.

—Tío —Andy me siguió a los vestuarios—, ¿seguro que no puedo llevarla al baile de fin de curso, ni aunque te prometa portarme como un caballero?

Negué con la cabeza. Ni en sueños.

—Es una crueldad que me la pases por los morros en plan «se mira pero no se toca».

Bienvenido al club, pensé.



Tim y Andy me habían estado ayudando a practicar con el balón. Incluso Keith se había unido a nosotros unas cuantas veces y afirmaba que, el año que viene, me dejarían jugar; salir al campo y tal.

Aquella era la vida que había soñado cuando llegué a Wisconsin hacía cuatro años. Tener colegas, ser popular. Me da igual si parezco superficial. Es la verdad.

Íbamos a clase en grupo. Salíamos en grupo. Con mi grupo. Las chicas me prestaban más atención.

Habían pasado dos semanas desde el día que Macallan y yo habíamos compartido aquel abrazo sudoroso y estaba con mis amigos celebrando la típica cena post competición.

—¡California! —Andy se puso a dar palmadas en la mesa.

Tim se le unió a golpes de puño.

—¡California campeón!

Pronto, la mesa entera estaba entonando mi nombre.

Cogí el batido de leche y me lo bebí de un trago. Ni siquiera noté el sabor y el frío me destrozó la garganta, pero no me importó. Los chicos me estaban vitoreando.

—¡Colega! —se rio Andy—. Qué fuerte. Veintiséis segundos. Has machacado el récord de Tim.

—No será la última vez —alardeé, sin hacer caso del fuerte dolor de cabeza que me había provocado la bebida fría.

Andy se irguió una pizca y se pasó las manos rápidamente por el pelo. Luego sacó la barbilla.

—¿Qué tal, Macallan?

Me di la vuelta y vi que Macallan acababa de entrar con Danielle. Se sentaron en una mesa de la esquina.

—Venga, tío —me suplicó Andy—. Dile que se siente con nosotros.

No sabría decir si la punzada que sentí fue porque aplasté el envase del batido de un puñetazo o por la insistencia de Andy de que le facilitara el camino con Macallan.

Andy interpretó mi silencio como una negativa. Pensé que se había conformado... pero de repente se levantó de la silla y se acercó a su mesa.

Solo veía la mitad del rostro de Macallan mientras Andy se acercaba. Al principio pareció confusa y luego le dedicó una gran sonrisa.

Andy le dijo algo que la hizo reír y yo me puse en pie a toda prisa.

—¿Qué pasa aquí? —rodeé a Andy con el brazo y le pedí perdón a Macallan con la mirada—. ¿Te está molestando?

—Estoy invitando a estas preciosas señoritas a sentarse con nosotros.

Andy inclinó la cabeza en plan caballeroso.

Danielle cogió la carta y se negó a alzar la vista. Su nivel de tolerancia hacia las «estúpidas payasadas de los chicos» no era mucho mayor que el de Macallan.

Yo sabía que el único modo de alejar a Andy de allí era ponerlo celoso.

—Eh, tú —empujé a Andy a un lado y me senté junto a Macallan—. ¿Qué vas a tomar? —le apoyé la barbilla en el hombro para aumentar el efecto—. A ver si lo adivino. ¿Atún con queso?

—Puede... —le vi lanzarle una mirada a Danielle que se convirtió en una sonrisilla conspiratoria.

El silencio se apoderó de la mesa. Andy se disculpó, pero yo quería quedarme allí unos minutos más para dejar bien claro que aquella mesa me pertenecía.

—Me voy a lavar las manos —Danielle se levantó y se marchó.

Yo ocupé su sitio frente a Macallan.

—¿Cómo va todo?

Macallan se encogió de hombros.

—Bien. ¿Vas a venir a cenar el domingo por la noche?

—No puedo... Hemos quedado en casa de Keith. Pero mis padres sí que irán.

Ella volvió a mirar la carta. En aquel local solo había dos o tres cosas que le gustasen, así que no entendía qué miraba con tanto interés.

—Ah, y el miércoles tampoco podré. He quedado...

—Con los chicos —me cortó Macallan con un atisbo de resentimiento en la voz.

—Sí, claro —le quité la carta—. Mira, siento haber estado tan ocupado.

—Lo entiendo —comprendí que estaba dolida conmigo. No estaba acostumbrada a que yo tuviera mis propios planes. ¿Qué podía hacer yo si los chicos me acaparaban? Era un hombre muy solicitado—. ¿Y crees que podrás venir a la fiesta de Adam?

—¿No faltan aún varios meses?

—Claro, pero así vas reservando fechas. Aunque seguramente lo cancelarás en el último minuto.

Decidí pasar por alto aquel comentario pasivo-agresivo.

Macallan cogió su refresco y dio un gran trago. Guardó silencio un instante. Luego dejó el refresco en la mesa y dijo:

—Pues Keith me ha vuelto a pedir que salga con él.

—¿Que ha hecho qué? —le espeté.

—Sí, me abordó ayer después de clase —encorvó el cuerpo como si fuera un cavernícola—. «Tú. Yo. Salir. Gruñido». Le dije que no, claro.

—¿Por qué no me lo contaste?

Me miró fijamente.

—Te envié un mensaje pidiéndote que me llamaras, pero, por desgracia, no me contestaste. Qué raro —hizo un mohín. Yo recordaba haber recibido su mensaje, pero estaba entrenando. Y si bien es verdad que debería haberla llamado más tarde, también es cierto que últimamente me enviaba mensajes cada dos por tres. Su actitud rozaba la dependencia—. Además, pensaba que él ya te lo habría comentado.

—No, no me ha dicho nada. Sabe que me habría molestado. Le dejé muy claro que ni se acercara a ti.

—¿Que ni se acercara a mí? —replicó—. ¿Y eso qué significa?

—Solo que... ya sabes...

—No, no lo sé.

Se arrancó la goma del pelo y se hizo la coleta otra vez, con movimientos rápidos. Saltaba a la vista que estaba enfadada. Intentaba ganar tiempo para pensar qué decir a continuación.

—Eres un hipócrita.

No me lo esperaba.

Apenas pude contener la indignación.

—Tú te buscas un montón de colegas y te quedas tan ancho, pero pones el grito en el cielo si uno de ellos quiere salir conmigo.

Yo no entendía nada.

—¿Quieres salir con Keith?

—¡No! Esto no tiene nada que ver con Keith —bajó la vista—. Bueno, al menos hay alguien que aprecia mi compañía.

Aquello no era propio de Macallan. No es de esas personas que se compadecen de sí mismas.

—¿Quieres que vaya allí —señalé mi mesa— y les diga que no volveré a quedar con ellos? ¿Es eso lo que quieres?

Una expresión gélida que yo conocía bien se adueñó de su semblante.

—Ya sabes que no quiero eso. Y si te molesta que quiera pasar más tiempo contigo, lo lamento.

—Bueno, tenemos todo el verano.

—Faltan siglos para eso.

Vi que Danielle se acercaba y me levanté.

—Pero, en serio, si quieres salir con Keith...

Adoptó una expresión de dolor.

—¡Uy! —exclamé para aligerar el ambiente—. Que me cuelguen si no se cree un cielo. Antes de que te des cuenta, te estará trayendo rosas a ti y a tu tía.

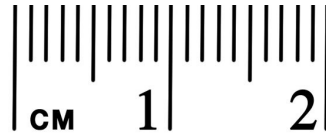
Aguardé su respuesta. Permaneció unos instantes enfurruñada antes de responder con voz apagada:

—Pero, Buggy, yo no tengo tía.

Me di media vuelta rápidamente. Me pareció más inteligente dejarla con una cita de *Buggy y Floyd* que quedarme allí discutiendo.

En realidad, Macallan y yo no nos peleábamos. Nosotros no teníamos ese tipo de relación.

Pero me marché con la sensación de que acababa de pelearme con ella.



Quando el segundo curso llegó a su fin, yo estaba ocupadísimo con el atletismo, el fútbol y los exámenes finales, pero me prometí a mí mismo que, en cuanto acabaran las clases, le dedicaría un día entero a Macallan, como mínimo.

Un día más y seríamos libres.

Por mucho que me hubiera encariñado de mis chicos, empezaba a echar de menos a Macallan. Cuando estaba con ella, podía relajarme. Es verdad que le sacábamos punta a todo, pero era la única persona con la que podía mantener una conversación de verdad. Pensaba que si me ponía demasiado trascendente con los tíos, dirían que me estaba volviendo un nenaza.

—¡Eh, tú! —Macallan se acercó a mí después de clase. Danielle no andaba muy lejos—. Llevo toda la semana enviándote mensajes.

—¡Hola! —empecé a guardar los libros en la mochila.

—¿Vas a...?

—¡Rodgers! —bramó Tim—. ¡Me las vas a pagar! ¡Menuda exhibición has hecho en gimnasia!

—¡Sabes que sí! —le grité. Me volví hacia Macallan—. Perdona. ¿Qué decías?

Parecía agobiada.

—Me preguntaba si...

—¡ALLÁ VA! —oí gritar a Keith. Me di media vuelta y cacé el balón al vuelo.

—Señor Simon, las pelotas están prohibidas en los pasillos —lo riñó un profesor.

—¡Perdón! ¡Perdón! —Keith se hizo el arrepentido hasta que el profesor le dio la espalda—. ¡Bien hecho, California! ¡Tenemos todo el verano para practicar!

—¡Ya te digo!

Entrechocamos las palmas.

Por fin recordé que Macallan intentaba decirme algo. Miré a mi alrededor, pero no la vi por ninguna parte. Divisé a Danielle alejándose por el pasillo y la seguí.

—¡Eh, tú! —le grité.

Se dio media vuelta y me asesinó con la mirada.

—¿Tú? Debes de estar de broma —siguió andando.

—¿Dónde está Macallan?

—Ah, ¿por fin has reparado en su existencia? —me espetó con brusquedad.

—Venga, yo...

Me interrumpió.

—No, en serio, tío. Lo pilló. Tienes a tus colegas. Relájate, tronco.

Vaya. Alguien estaba montando un drama. Llamando al Capitán Cliché.

—Mira en su taquilla —me dijo por encima del hombro.

Corrí a la taquilla de Macallan. Y sentí un gran alivio al verla allí, hasta que se dio media vuelta y advertí que estaba a punto de echarse a llorar.

Solo la había visto llorar por su madre. Afrontaba todo lo demás (el fin de su amistad con Emily, la ruptura con Ian, el estrés académico) con serena fortaleza.

—¡Eh, eh! —corrí hacia ella, pero Macallan echó a andar en dirección contraria—. ¿Estás enfadada conmigo?

Cuando se dio media vuelta, no le hizo falta contestar. Su expresión hablaba por ella. Por desgracia, respondió:

—¿Tú qué crees?

—Perdona.

Sin embargo, no tenía ni idea de por qué estaba tan disgustada. Si solo había hecho un poco el tonto con mis colegas en las taquillas. ¿No podía esperar un par de minutos para que le prestara atención? Claro que no. Estaba acostumbrada a tenerme en exclusiva.

Pero ahora yo tenía otros amigos, otros compromisos.

Si no podía aceptarlo, era su problema.

Se rio.

—¿Sabes? Normalmente te creo cuando te disculpas, pero ahora tengo la sensación de que no tienes ni idea de lo que me pasa.

—La verdad es que sí.

—¿Ah, sí? ¿Y te importaría explicármelo?

Se puso tan impertinente que me cabreé aún más.

—Te molesta que tu chico de los recados no esté a tu entera disposición.

Ella me miró de hito en hito. Había dado en el clavo.

—No —dijo con un hilo de voz—. Lo que me pasa es que tengo la sensación de que estoy perdiendo a mi mejor amigo. Espera, no, no solo a mi mejor amigo sino a parte de mi familia. Tú sabes mejor que nadie lo mucho que mi familia significa para mí, y te he dejado formar parte de ella. Me prometiste, Levi, le prometiste a mi madre, que siempre podría contar contigo. Menuda promesa.

Se me cayó el alma a los pies.

Ella se enjugó una lágrima y continuó.

—Entiendo que para ti sea muy importante pasar tiempo con los chicos, de verdad que sí, pero puedo contar con los dedos de una mano las veces que nos vimos el mes pasado. El mes pasado, Levi. Y una de esas veces solo querías que te acompañase a comprarte un traje para llevar al baile a aquella chica de primero.

Sí, Macallan había sido tan amable de ayudarme a escoger el ramillete que le regalé a Jill.

—Renuncié a una de mis mejores amigas por ti, Levi. Porque pensé que nuestra amistad valía la pena. Pero a los dos segundos de tener colegas, me has dejado tirada. ¿Tienes idea de lo insignificante que me siento? ¿Alguna vez te has parado a pensar en mis sentimientos cuando me llamabas para cancelar una cita?

Keith, siempre tan inoportuno, se acercó en aquel momento por el pasillo.

—¡Venga, California! ¿Vienes o no? —me gritó.

Macallan lo fulminó con la mirada antes de volverse hacia mí.

—Ve, por favor. No prives a tus colegas de tu preciosa compañía por mí —puso los ojos en blanco.

Fue entonces cuando exploté. Ya no me daba ninguna pena. Estaba harto de que me hiciera sentir como si solo me preocupara por tonterías. Como si su tiempo fuera más importante que el mío. De que hiciera cosas como besarme y luego quedarse tan fresca. De que pudiera hacer lo que le viniera en gana sin afrontar las consecuencias.

—Para ti todo esto es una broma, ¿verdad? —le escupí.

Palideció.

—Yo nunca he pensado...

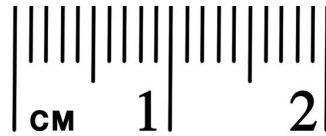
La interrumpí.

—Exacto, tú nunca piensas.

Y me marché.

Ya no tenía ganas de oír lo que quería decirme. Odiaba que me acusara de pasar de ella. Que se comportara como si la hubiera decepcionado. Como si yo fuera el único responsable de su felicidad. Como si yo fuera la causa de que Emily y ella ya no fueran amigas. Fue Macallan quien tomó la decisión. Y yo tampoco tenía la culpa de que hubiera roto con Ian. Tenía que dejar de poner tanta carga en nuestra amistad.

Yo era un chico de quince años. ¿Qué tenía de malo que quisiera salir con mis colegas? Con mis verdaderos amigos.



Me fui con Keith, pero tenía la cabeza en otra parte. Atrapaba el balón porque era lo que tocaba. Eso es todo. Mi pensamiento seguía en el pasillo del instituto. Mi mente no se había movido.

No me sentía orgulloso de haber hecho llorar a Macallan. Ni de saber que ahora mismo seguiría llorando, sin que yo pudiera consolarla.

Es que me había sacado de mis casillas.

Detestaba que me hiciera sentir culpable, cuando en realidad era ella la que debería...

O sea, era ella la que, bueno, quería...

Estaba tan enfadado que no podía ni pensar a derechas. Odiaba sentirme así. Me daba muchísima rabia pensar que antes se lo contaba todo a Macallan y ya no podía.

Me volvía loco. A veces hacía cosas que, solo de pensar en ellas, me enfurecía.

Su manera de tomarme el pelo.

Su manía de dar por supuesto que yo debía estar a su entera disposición.

Su costumbre de apoyar la cabeza en mi hombro cuando veíamos una película.

Su forma de despeinarme para hacerme rabiar.

Su manera de besarme y luego alejarse.

Pensándolo bien, todo empezó en aquel momento. Después de aquel beso, empecé a sentir algo distinto por ella.

Para Macallan, sin embargo, no significó nada.

¿Por qué no significó nada para ella?

¿Por qué no pudo significar algo?

¿Por qué ella no...?

Y entonces lo comprendí.

Sé que a veces soy un poco duro de mollera, pero ¿por qué diablos me había costado tanto entender lo que pasaba en realidad?

Cuáles eran mis verdaderos sentimientos. Por qué estaba tan enfadado con ella. Por qué quería alejarme de Macallan. Por qué tenerla cerca se me hacía más y más cuesta arriba. Por qué me ponía nervioso cada vez que un chico la mencionaba.

En cuanto lo reconocí, supe que esta situación se remontaba a muchísimo tiempo atrás.

Estaba enamorado de Macallan.

Solté el balón y lo dejé allí, en el suelo. Keith me preguntó qué me pasaba. Farfullé algo de que tenía que hablar con Macallan y eché a correr.

Sabía que «amor» era una palabra muy fuerte para alguien de mi edad, pero era eso, ni más ni menos, lo que sentía. Lo que había entre nosotros.

Y no quería echarlo a perder.

Habíamos tocado fondo, y allí, en lo más profundo, yo había descubierto algo. La verdad.

Corrí como alma que lleva el diablo. Aquel día no pensaba perder por una décima de segundo. Aquel día habría dejado atrás al más rápido de los corredores. Porque en la línea de meta no me aguardaba un trofeo... sino Macallan.

Me faltaba el aliento cuando llamé a su puerta. Me daba igual apestar a sudor o que me tomaran por loco.

Lo que estaba a punto de hacer era una locura.

Lo que estaba a punto de hacer lo cambiaría todo.

Sin embargo, no podía seguir callado. La verdad que llevaba dentro la estaba alejando de mí.

Había llegado la hora de dejarme de tonterías y dar la cara.

—Oh, hola, Levi —me recibió el señor Dietz en la puerta. No parecía muy contento de verme.

—Hola, señor Dietz. ¿Puedo hablar con Macallan, por favor? —apenas reconocía mi propia voz, de tan suplicante como sonaba.

Él suspiró, pero abrió la puerta.

—Está detrás.

Crucé la casa y saludé a Adam, que me miró sin inmutarse. Jamás lo había visto tan serio. En aquel momento, comprendí que había metido la pata hasta el fondo. Me dirigí hacia la puerta de la terraza. Macallan estaba sentada en los escalones que conducían al jardín trasero. Casi se me rompe el corazón cuando vi un montón de pañuelos arrugados a su lado. Empujé la puerta de cristal. Su padre me indicó que no la cerrara.

—Levi está aquí —anunció. Ella se dio la vuelta y vi sus ojos enrojecidos—. ¿Te parece bien, Calley?

Nunca había oído a su padre llamarla nada que no fuera Macallan. Aquello era peor de lo que pensaba.

Ella asintió con un cabeceo casi imperceptible.

Entonces oí la voz de Adam.

—Me voy a quedar aquí de pie por si necesitas algo. Lo que sea.

Asintió en mi dirección con gravedad, como informándome de que me derribaría sin dudarle si le daba motivos.

La lealtad de Adam aún dejaba más en evidencia mi traición. Jamás me había sentido tan avergonzado de mí mismo.

—Hola —dije, acomodándome a su lado con suavidad—. Sé que te he dicho esto muy a menudo últimamente, pero lo siento. Me he portado como un capullo integral. Estaba muy confundido respecto a muchas cosas y quería sentirme uno más, pero ahora me doy cuenta de que nada de eso importa, nada de todo eso es importante. O sea, solo me importas tú.

Nunca me había declarado a nadie, pero comprendí que lo estaba haciendo fatal.

—Estaba muy enfadado porque, creo, o sea, sé, bueno, que estoy sintiendo algo. O sea, sabes, no solo sintiendo algo sino... Deja que vuelva a empezar.

—Me hiciste una promesa, Levi. Me prometiste que estarías ahí siempre que te necesitara. Y la has roto. Y nunca, jamás te he considerado mi «chico de los recados» a mi «entera disposición».

Aquellas palabras, las palabras que yo había pronunciado hacía solo unas horas, me escocieron. Apenas podía imaginar lo mucho que la habían lastimado.

Siguió hablando, sin soltar el pañuelo de papel que aferraba entre los dedos.

—No me había dado cuenta de que se te hiciera tan cuesta arriba quedar conmigo.

—No —dije con vehemencia. No me podía creer que hubiera llegado a pensar eso, lo mirara por donde lo mirase. También era verdad que yo había pasado bastante de ella. Así que entendía en parte que se hubiera llevado esa impresión.

No hizo caso de mi respuesta.

—Me parece genial que tengas tus propios amigos. Sería egoísta por mi parte pedirte que renuncies a ellos. No era mi intención.

—No, no es eso. Me horroriza que hayas pensado algo así —le cogí la mano—. He sido un completo idiota. Y ahora sé por qué me sentía

tan confuso. Supongo que me cuesta expresarme y, esto...

Macallan ni siquiera se volvió hacia mí. Le tomé la otra mano y, con cuidado, la obligué a mirarme a los ojos. Se le saltaban las lágrimas.

—Macallan, te quiero.

Al pronunciar aquellas palabras, sentí que me había quitado un enorme peso de encima.

—Yo también te quiero. Eres mi mejor amigo —esbozó una sombra de sonrisa.

No hablábamos de lo mismo.

—No, Macallan —le acaricié la cara con el pulgar, con delicadeza—. No me refiero a eso.

La atraje hacia mí y me incliné hacia ella. Solo nos separaban dos centímetros. Noté en el cuerpo el cosquilleo que precede a un beso. Uno que no iba a finalizar de manera tan abrupta.

Cuando comprendió lo que yo estaba a punto de hacer, Macallan abrió los ojos como platos. Se puso en pie de un salto.

—Me voy a Irlanda —me espetó con voz chillona.

—¿Que te vas? ¿Cuándo?

—Voy a pasar el verano en Irlanda con la familia de mi madre. Me marcho dentro de una semana.

Lo aclaró en un tono tan inexpresivo que apenas la creí.

—Macallan, por favor —tenía la sensación de que yo era el culpable de aquella fuga precipitada—. ¿Cuándo lo has decidido?

—Hace... poco —mentía fatal—. Ya sabes que me invitan cada verano.

—¿Y por qué ahora?

—¿Por qué no?

¿POR QUÉ NO? ¿POR QUÉ NO?, quise gritar. PORQUE ACABO DE CONFESARTE QUE TE QUIERO. POR ESO.

Retrocedió un paso.

—Mira, Levi, ya sé que todo ha... cambiado. Y ahora tienes todo el verano para divertirte con tus amigos. Ya retomaremos las cosas cuando vuelva.

—¿Retomar qué exactamente?

Le estaba echando un cable. Acababa de decirle que no la quería solo como amiga. ¿No pensaba darse por aludida?

Parecía desorientada.

—¡Esto! Nuestra amistad —la palabra me dolió—. Está claro que necesitamos separarnos un tiempo. Tú quieres pasar más rato con los colegas y yo quiero ver a mi familia. Buscaremos la manera de que esto funcione. No voy a interponerme en tu camino. Eres libre, tal como querías.

—Macallan —le supliqué. Intenté cogerle la mano pero ella se alejó aún más.

—Todo irá bien —me aseguró, pero yo no la creí—. Ya va siendo hora de que vaya a visitarlos. De verdad, llevaba un tiempo pensándolo.

Pregúntale a Danielle.

Me maldije a mí mismo por no haber contestado al estúpido teléfono cuando me llamaba. ¿Y si una de esas veces quería pedirme mi opinión al respecto? Ojalá hubiera respondido.

Trató de fingir que todo era normal.

—No es para tanto. Nos enviaremos correos y chatearemos mientras esté allí y, si tienes suerte, a lo mejor te traigo un leprechaun.

No sabía si respirar aliviado al comprobar que aún era capaz de bromear o hundirme del todo al comprender que no iba a responder a mi declaración diciendo que ella sentía lo mismo.

Habíamos llegado a un punto muerto. Solo tenía dos opciones: volver a declararle mi amor y hacerle entender que podíamos ser algo más que amigos o tragarme el orgullo y mantener intacto lo poco que quedaba de nuestra amistad.

—Un leprechaun, ¿eh? Apuesto a que cabe en el compartimento superior del avión.

Me odié a mí mismo por ello, pero no quería presionarla más.

Quién sabe adónde sería capaz de marcharse con tal de evitarme.

Irlanda ya estaba bastante lejos.

Solo para que conste: cuando tú me besaste, me fui a casa y me lavé la cara con agua helada. Cuando yo intenté besarte, te largaste a Irlanda a pasar el verano.

Puede que no escogieras el momento más oportuno.

El eufemismo del siglo.

CAPÍTULO ONCE

Tuve mucho tiempo para meditar de qué pretendía escapar en realidad. Un viaje de dos horas al aeropuerto O'Hare con mi padre y el tío Adam. El enlace a Boston. El largo vuelo al aeropuerto Shannon. Y luego el viaje a Dingle con mis abuelos.

En algún momento dejé de calcular qué hora sería en casa y empecé a concentrarme en lo que me aguardaba en Irlanda.

Que no era gran cosa.

Me encanta ver a mis abuelos, pero Dingle es un pueblo minúsculo. Solo les había visitado una vez, hacía años. Mi madre y yo viajamos juntas dos veranos *antes de que...* En aquel entonces, mis abuelos aún vivían y trabajaban en Limerick. Luego decidieron retirarse y se fueron a vivir a aquel pueblecillo de pescadores.

Mi abuela encontró un trabajo a media jornada en la oficina de información turística, mientras que mi abuelo se puso a escribir un libro sobre los orígenes de famosas canciones tradicionales irlandesas. Mi abuela decía que aquella era la típica excusa irlandesa para largarse por las noches a escuchar música en las tabernas. Yo siempre me reía cuando la abuela se burlaba de las costumbres de su marido, porque ella, a medida que pasaba el tiempo, parecía cada vez más irlandesa.

Una de las cosas que más me gustaban de mis abuelos era su historia. Se conocieron en Madison, al instante de llegar a la universidad. Mi abuelo dice que se enamoró de ella en cuanto la vio al otro lado del claustro durante la visita preliminar. Aquel día, no se atrevió a hablar con ella. Se pasó todo el fin de semana comiéndose el coco. El lunes siguiente, entró en clase y la vio sentada junto al único asiento vacío del aula. Se acercó y le dijo que era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Luego, el profesor empezó la clase. El abuelo dice que se pasó toda la hora casi sin poder respirar, sobre todo cuando se dio cuenta de que se había equivocado de aula. En vez de marcharse, esperó a que terminara la lección. Él pensó que la abuela estaba tomando apuntes, pero mi abuela, en realidad, le estaba escribiendo una carta, porque también se había fijado en él. Leyeron la carta el día de su boda, que celebraron después de graduarse.

Yo tenía la sensación de que todo el mundo debería enamorarse así, en plan flechazo.

Así que mis abuelos se quedaron en Estados Unidos, donde nació mi madre. Sin embargo, cuando yo era pequeña, le ofrecieron a mi abuelo un trabajo de profesor en Irlanda. De modo que se marcharon,

aunque nos visitaban cada verano.

Ahora era yo la que los visitaba. Apenas sabían qué hacer conmigo.

Por desgracia, yo no les podía dar muchas pistas.

—¿Puedo ayudarte con eso, por favor? —le pregunté a mi abuela, que estaba preparando la cena.

—Tú siéntate. Has hecho un viaje muy largo.

Me senté en la mesa de la cocina. Debería haber estado agotada, pero creo que me había invadido el tipo de cansancio que te pone a cien.

—Esta noche deberías venirte conmigo al pub a escuchar música de verdad —dijo mi abuelo, sentándose a mi lado.

—James Mullarkey, no te vas a llevar a tu única nieta a una taberna la primera noche de su estancia en el pueblo.

—Tienes razón —se frotó la canosa barba rojiza—. Esa es una actividad más apropiada para la noche del miércoles —me hizo un guiño.

La abuela gimió.

—Macallan, cariño, mañana tengo el día libre y pensaba llevarte a dar una vuelta por el pueblo. Te presentaré a algunos vecinos. Le he contado a todo el mundo que venías de visita.

—En el pub tendrá más posibilidades de conocer gente de su edad.

—¡Ya basta! —la abuela señaló a su marido con una cuchara de madera.

—Vale, vale —el abuelo se levantó y se acercó a los fogones para abrazar a su esposa. Resultaba enternecedor ver lo mucho que se querían después de tantos años—. Prometo ser una buena influencia para nuestra querida, joven e impresionable nieta.

Estaba de espaldas a mí, así que pude ver sus dedos cruzados.

—¡Porras! —la abuela se apartó—. He olvidado comprar tomillo en la tienda.

Me levanté.

—Iré yo. Me apetece dar un paseo. Llevo todo el día sentada.

Intenté calcular mentalmente cuántas horas, quizá días, llevaba despierta.

Solo tardé unos minutos en orientarme. El pueblo constaba básicamente de un puerto y una calle mayor. Además, si me perdía, bastaría con que preguntase dónde vivían Jim y Betty. Así de pequeño es Dingle.

Puesto que tenía un rato libre antes de cenar, decidí acercarme al puerto a ver cómo llegaban los barcos. Di una vuelta por una de las tiendas para turistas y compré unas cuantas postales. Luego, caminando junto a los edificios de colores, me dirigí hacia el pequeño colmado que había a pocas manzanas de la casa de mis abuelos. Cogí el tomillo fresco e hice cola para pagar detrás de una señora que se había enzarzado en una acalorada discusión con la cajera sobre si fulanito de tal engañaba o no a su esposa.

—Pasa por aquí —oí decir. Me acerqué a la otra caja registradora y le tendí el ramillete a un chico moreno, muy despeinado—. Como esperes a que mi madre acabe, te vas a tirar aquí toda la noche.

—Gracias.

Me sonrió.

—Ah, ya me parecía que no eras de aquí. ¿Estadounidense?

—Sí.

Me dio corte que se me notara tanto. Solo había dicho una palabra.

—¿Turista?

Me ayudó a escoger las monedas que necesitaba para pagar.

—Sí, bueno, no. Esto... mis abuelos viven...

Se hizo la luz en sus ojos.

—Ah, eres la nieta de Jim y Betty.

—Sí.

—¿Es la nieta de Jim y Betty?

La mujer de la otra caja registradora se acercó a mí.

—Hola, soy Macallan —le tendí la mano.

—¡Bienvenida! —la mujer no hizo caso de mi mano y me abrazó contra su torso huesudo—. Hemos oído hablar mucho de ti. Vienes de Estados Unidos.

—Sí, de las afueras de Milwaukee, de Wisconsin. Está cerca de Chicago.

—Encantada de conocerte. Yo soy Sheila O’Dwyer y este es mi hijo, Liam.

—Hola.

Le dediqué un saludo tímido, que él me devolvió con una carcajada.

Sheila se alejó para atender a otro cliente.

—Así que... Macallan, de las afueras de Milwaukee, Wisconsin —dijo Liam con una sonrisilla burlona.

—Lo siento, no sabía...

Me sentí una boba. Debería haber dicho que era estadounidense y en paz.

—No, es genial. Me encantan los Estados Unidos. Madison es la capital de Wisconsin, y Milwaukee es la ciudad más grande. A veces, hasta miro los partidos de fútbol americano. Los Packers, ¿no?

Me cayó bien al instante, no pude evitarlo. ¿Un hincha de los Packers en Irlanda?

Noté que me ardían las mejillas. Antes de marcharme, Danielle no paraba de tomarme el pelo diciendo que conocería a un chico llamado Seamus O’Leary McHunky, y allí estaba yo, hablando con un Liam al minuto de llegar.

Liam prosiguió con entusiasmo.

—Espero pasar allí un tiempo cuando vaya a la universidad. Dudo entre Boston, Nueva York y California —me encogí al oírle mencionar el antiguo hogar de Levi. Liam fingió no darse cuenta—. ¿Has estado allí?

—Oh, fui a Nueva York una vez cuando era pequeña. Y voy a menudo a Chicago, porque está muy cerca.

—¡Ah, sí, la ciudad del viento! —Liam levantó un dedo—. Me encantaría que me contaras cosas de los Estados Unidos alguna vez. Y yo te explicaré lo bonito que es Irlanda, sobre todo nuestra pequeña península. Te puedo hacer de guía.

—Sería genial.

Liam me sonrió y yo noté mariposas en el estómago.

—Fenomenal.

Regresé a casa de los abuelos caminando con un paso saltarín. Después de cenar, escribí unas cuantas postales y me quedé un buen rato mirando la de Levi. Siempre había sido espontánea con él, pero ahora no sabía qué decirle. Había mucha tensión entre nosotros cuando me marché. Al principio, estaba enfadada con él porque me ignoraba. Luego vino a mi casa e intentó besarme. Durante un momento, pensé que alguno de sus amigos lo había desafiado a hacerlo, pero luego me di cuenta de que estaba muy confuso. Yo también. Sabía que lo mejor sería que nos tomáramos un descanso, pero tenía que escribirle. Habría quedado raro que no lo hiciera y no quería que la relación se deteriorase. Si pretendía que las cosas volvieran a la normalidad, tenía que comportarme como si todo fuera bien. Y si no era así, lo fingiría.

Querido Levi, ¡saludos desde Dingle (espacio para una broma)!

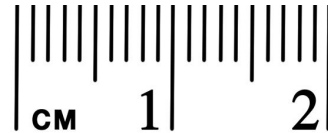
Estoy segura de que, cuando las lechuzas te entreguen esto, ya habremos hablado, pero quería que vieras dónde estoy pasando el verano. ¿Verdad que es un sitio precioso? Jo, la envidia no te sienta nada bien. Espero que los entrenamientos de fútbol americano te vayan de maravilla (sí, fíjate cuánto me ha cambiado el acento). Ahora debo volver al piso, coger el ascensor e ir al váter.

Como dicen en An Daingean, ¡Sláinte!

Macallan

Tardé casi una hora en discurrir la despedida. *Con cariño* me parecía demasiado emocional y cualquier otra cosa habría sonado forzada. Tan forzada como «salud» en gaélico.

Lo dejé correr por aquella noche y me fui a dormir. Tenía todo el verano para preocuparme por Levi, pero por ahora quería disfrutar de una buena noche de sueño antes de mi cita turística con Liam.



Al cabo de un par de días, empecé preguntarme por qué había tardado tanto en decidirme a venir. No digo que anteriormente no tuviera ganas de visitar a mis abuelos, pero pensaba que me sentiría fuera de lugar. Sin embargo, sucedió todo lo contrario.

Aquel estaba resultando ser el mejor verano de mi vida.

A primera hora, salía a correr o a dar un paseo en bici y a contemplar la verde extensión del paisaje, las abruptas montañas y las oscuras aguas. Nunca había pensado que mi urbanización de Milwaukee fuera una jungla de asfalto, pero comparada con Irlanda, parecía Manhattan. Volvía a casa y preparaba el desayuno para mis abuelos. A continuación, o me sentaba en el jardín a leer o acudía a uno de los restaurantes del pueblo para echar una mano en la cocina. Estaba decidida a preparar un pescado con patatas fritas «como Dios manda» para todos cuando volviera a casa. O iba a comprar helado a Murphy's. De ahí la necesidad de hacer ejercicio a diario.

O daba una vuelta con Liam.

Lo que no pasó desapercibido.

—Y bien—la abuela enlazó el brazo con el mío cuando fuimos a dar nuestro paseo diario—. Ese Liam es un chico simpático. Parece que os lleváis muy bien.

—Sí—reconocí.

No había mucho más que decir. Salíamos por ahí y nos divertíamos. Era una distracción agradable.

Aunque en realidad me estaba engañando a mí misma. Liam era muy mono y aquel acento lo hacía aún más arrebatador, pero lo que menos me convenía era complicarme la vida todavía más enredándome con otro chico. Ni siquiera sabía si yo le gustaba. Y de ser así, sin duda se debía a que me veía como la típica chica misteriosa llegada de tierras lejanas.

Se me escapó la risa.

—¿Qué te hace gracia?—me preguntó la abuela.

—Estaba pensando en lo bien que me han recibido en Dingle, comparado con el recibimiento que tuvo Levi cuando llegó al colegio.

—¿Cómo está Levi? No me has contado casi nada de él—escudriñé el rostro de mi abuela y encontré allí los pómulos y los ojos de mi madre. Me pregunté si mi madre habría tenido ese aspecto de haber llegado a envejecer—. ¿Macallan?

—Oh, muy bien—seguimos andando unos minutos en silencio. Estoy segura de que mi abuela creía

que mi pensamiento había viajado hasta Levi, pero yo estaba pensando en mi madre. En lo mucho que le habría gustado estar allí con nosotras—. Abuela, ¿piensas a menudo en mamá?

Ella se detuvo, y la tristeza inundó sus delicadas facciones.

—Cada minuto del día.

—Yo también —le confesé.

—Es importante recordarla. Si te viera ahora, estaría orgullosísima de ti, Calley. Cada día te pareces más a ella —tendió la mano para acariciarme el pelo—. Olvidarla sería lo peor que podríamos hacer. Y, créeme, con el tiempo duele menos evocar su recuerdo.

Asentí. Aún me costaba mucho recordarla. Al principio, me quedé aturdida, luego me enfadé. Cada vez que pensaba en ella, temblaba de rabia. Me enfurecía que me la hubieran arrebatado. Así que intenté desesperadamente alejarla de mi pensamiento. Sin embargo, por muchos deberes que hiciera, por mucha comida que preparase, siempre estaba allí. Y su recuerdo acabó por reconfortarme.

Porque, si bien se había marchado físicamente, siempre estaría allí conmigo.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —preguntó la abuela.

—¿Ir a comprar helado a Murphy's?

Se rio con la misma risa que mi madre.

—Claro, eso también, pero lo que te propongo es que cada noche, a la hora de la cena, compartamos uno de nuestros recuerdos favoritos de tu madre. ¿Qué te parece?

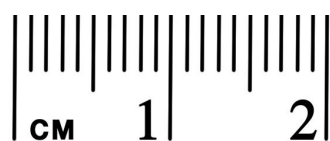
Hacía cuatro años, me habría parecido un horror. Ahora, sin embargo, estaba lista por fin para conmemorar la vida de mi madre con aquellos que la querían.

—Me gustaría —guardé silencio un momento—. Y creo que a mamá le gustaría mucho también.

Mi abuela me estrechó contra su cuerpo.

—Sí, ya lo creo.

Seguimos andando, cada cual perdida en sus propios pensamientos. Aunque creo saber lo que ocupaba nuestras mentes.



Cuando dimos comienzo al ritual, empecé a sentirme más liviana. Cada noche contábamos una historia, casi siempre divertida. Los abuelos sacaban su viejo álbum de fotos y yo me sorprendía al comprobar hasta qué punto me parecía a «mamá adolescente».

Me había costado mucho compartir con Levi los recuerdos de mi madre. Últimamente, sin embargo, me resultaba cada vez más fácil hablar de ella. Incluso se la mencioné unas cuantas veces a Liam.

—Debía de ser fenomenal —dijo Liam, que había acudido a buscarme en coche para enseñarme la península.

—Lo era.

Contemplé las sobrecogedoras vistas. Daba igual que llevara allí más de un mes; todavía no me había acostumbrado a la magnitud de aquella belleza.

—Por cierto, deberías haber venido ayer por la noche. —Liam me miró de reojo—. El crack fue total.

Me quedé estupefacta.

Él se echó a reír.

—Tranquila, yanqui, hablo del C-R-A-I-C. *Craic* significa diversión, buena conversación, buen rollo. ¿Pensabas que hablaba de la droga?

—No, claro que no.

Ya lo creo que sí.

—Hemos llegado.

Liam aparcó a un lado de la carretera. Estábamos rodeados de exuberantes colinas verdes. Y allá abajo se divisaba el diminuto pueblo de Dingle.

—Es precioso.

—Aún no has visto nada —Liam me condujo a otra colina escarpada, por la que fluía una pequeña cascada—. ¿Qué te parece?

Empecé a trepar con cuidado por las rocas.

—Es alucinante. Muchas gracias.

—Bueno, a cambio espero que, cuando vaya a Estados Unidos, me ofrezcas el tour americano definitivo.

Me estaba dando la vuelta para responder cuando puse el pie donde no debía. Antes de que me diera cuenta, lo había hundido en el barro hasta el tobillo.

—¡No!

Saqué el pie, pero fue demasiado tarde. Tenía la zapatilla hecha un asco. Liam subió para ayudarme a retroceder.

—Vaya faena.

Se agachó y me quitó la zapatilla. Yo estaba horrorizada de mi propia torpeza. Liam se acercó a un charquito de agua clara e intentó retirar el barro. Yo no podía hacer nada salvo quedarme allí a la pata coja, rezando para no perder el equilibrio y caer.

La zapatilla estaba mucho más limpia, pero empapada. Nos quedamos mirando aquel objeto sucio y chorreante hasta que Liam se encogió de hombros y se quitó los zapatos.

—Ya conoces el dicho: «Si a Dingle fueres...».

Me reí y me quité la otra zapatilla. Exploramos el resto de la zona descalzos. Me tendió la mano para ayudarme a trepar a una roca más abrupta que las demás.

—Gracias, Levi.

Liam me miró extrañado.

—¿Levi?

—¿Eh?

—Has dicho: «Gracias, Levi». ¿Quién es Levi?

—¿Eso he dicho? Qué raro —lo raro era que aún no le hubiera hablado a Liam de Levi o viceversa—. Levi es un amigo de casa.

Liam enarcó las cejas.

—Un amigo, ¿eh?

—Sí, ¿en Irlanda no está bien visto que los chicos y las chicas sean amigos?

—Depende de si quieres ser solo un amigo... —se acercó y me cogió por la cintura— o algo más. ¿Qué quieres tú?

Contuve el aliento. No sabía qué me estaba preguntando exactamente. ¿Si quería algo más con él o con Levi? Yo, desde luego, no conocía la respuesta a ninguna de las dos preguntas.

Una parte de mí pensaba que sería bonito vivir un romance de verano, pero aún no había decidido qué iba a hacer con Levi. Desde que estaba allí, habíamos empezado a hablar más a menudo. No obstante, los motivos que me habían llevado a marcharme a miles de kilómetros de donde él estaba, de mi casa, no habían desaparecido.

—Disculpad —un acento que conocía bien me arrancó de mis pensamientos. Teníamos delante a una

pareja estadounidense de mediana edad—. ¿Os importaría hacernos una foto?

—Claro —bajé de la roca de un salto y les saqué una fotografía, dando gracias por la interrupción.

Cuando descubrió que la pareja era de Dallas, Liam se puso a charlar con ellos. Le interesaba todo, desde las botas camperas hasta los cowboys y las barbacoas. Me enternecía que se le cayera la baba con todo lo relacionado con Estados Unidos.

Liam se disculpó con los texanos cuando recibió una llamada al móvil.

—¡Fenomenal! —exclamó.

Si algo había aprendido durante mi corta estancia en Irlanda era que allí todo lo consideraban «fenomenal»: la comida, la música, una idea, un beso quizás... Me parecía una palabra mucho mejor que «alucinante» o «genial». Estaba pensando en llevármela de recuerdo, como una especie de *souvenir* lingüístico, pero cuando hice la prueba de soltársela a Levi durante un videochat, se burló de mí. Luego se pasó un minuto repitiendo todo lo que yo había dicho, pero con un exagerado acento británico. De no haber estado histérica, me habría enfadado.

—Oye, mis amigos han organizado una fiesta en la playa —me informó Liam—. ¿Te apetece que vayamos?

—Solo si hay *craic* por un tubo —disparé.

Se rio.

—Desde luego —echamos a andar hacia el coche—. No tan deprisa, yanqui.

Gemí.

—¡Lo siento!

Allí en Irlanda, siempre iba directa a la portezuela del conductor. Aún no me había acostumbrado a que circularan en sentido contrario.

Nos dirigimos a la cala Clogher, uno de los sitios que más me gustaban para relajarme. No se podía nadar a consecuencia de las corrientes, pero ofrecía unas maravillosas vistas de las islas Blasket. Hasta entonces, solo había conocido a un par de amigos de Liam, Conor y Michael, que me llamaban, sencillamente, «la americana». No estaba segura de que supieran mi nombre. En cambio, estaba convencida de que conocían de sobra a mi tocayo escocés.

—¡Liam! —gritó Conor mientras enfilábamos hacia las mantas que habían extendido en la arena—. Y te has traído a la americana.

Conor le tendió a Liam una botella, luego se volvió a mirarme.

—¿Te apuntas?

—No, gracias, no me apetece.

Y solo tengo quince años, pensé.

—Qué estrictos sois los americanos con eso del alcohol.

Conor se rio y fue a sentarse con el resto del grupo.

—¿Va todo bien? —me preguntó Liam.

—Sí.

En realidad pensaba que no.

Vi que Liam le hacía una mueca a alguien que estaba detrás de mí.

—¿Pasa algo? —hice ademán de darme la vuelta, pero él me detuvo.

—No, bueno, sí... Es mi ex, Siobhan.

Tomó un trago rápido de la botella.

Le había oído nombrar a Siobhan unas cuantas veces.

—¿Quieres hablar de ella?

Se encogió de hombros.

—No hay gran cosa que decir. Estuvimos saliendo un año, a ella empezó a gustarle otro y rompimos. No hay mal rollo, pero la situación es incómoda. Sobre todo para mí. Es duro que te recuerden que una chica te considera poco para ella, ¿sabes?

—Lo entiendo —repuse—. Yo me siento así con Levi. Más o menos.

—Pensaba que habías dicho que solo erais amigos.

—Lo éramos. Lo somos. Pero él quería más. Y yo, no lo sé.

Liam miró a su alrededor.

—Si quieres volver al pueblo, por mí no hay problema. Deja que me despida de Conor y Michael.

Se alejó mientras yo me quedaba en el sitio, incómoda. Entonces oí un nombre que conocía bien.

—Perdonad —interrumpí a un grupo que charlaba allí cerca—. ¿Estabais hablando de *Buggy y Floyd*?

Me encanta esa serie.

El chico al que había abordado intercambió una mirada con una morena.

—Mm, sí. Estaba diciendo que han anunciado un especial navideño.

—¿En serio? —pregunté, emocionada—. Hace cinco años que no graban ningún episodio nuevo.

La chica frunció el ceño.

—Esa serie es malísima. Solo la veo porque el tío que hace de hermano pequeño está bueno.

Sonreí al recordar a quién se refería.

—Ya sé de quién hablas. ¡Es supergracioso! ¿Te acuerdas del episodio en el que Floyd se queda encerrado en el gimnasio del colegio con él?

Me eché a reír, acordándome de la imitación que hacía Levi de Buggy cuando se asomaba al gimnasio y decía: «Que me cuelguen si esperaba encontrarte aquí; no estás muy en forma que digamos».

—Yo qué sé —la morena volvió a ignorarme.

En aquel momento reconocí la sensación que había empezado a invadirme desde hacía un tiempo. Adoraba Dingle. Me encantaba estar con mis abuelos. Y todo el mundo (exceptuando a los presentes) se había mostrado cálido y acogedor. Sin embargo, aquella no era mi casa. Aquellas personas no eran mis amigos.

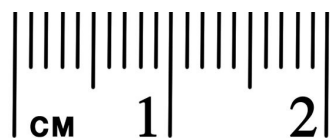
A decir verdad, lo que más me preocupaba era Levi. Le echaba de menos. Había empezado a añorarlo cuando todavía estaba en casa, cuando aún íbamos juntos al instituto. Quería tenerlo a mi lado. Le habría encantado Dingle, aquella playa, aquellas preciosas vistas.

Por desgracia, no estaba allí.

Liam se acercó con una sonrisa de resignación.

—¿Lista para volver a casa?

Sí, sí, estaba lista.



De camino al domicilio de mis abuelos, Liam me reveló los detalles de su relación con Siobhan. Se conocían desde la infancia y formaban parte de un grupo de amigos tan estrecho como cabría esperar en un pueblo tan pequeño como aquel. Un día empezaron a salir. Ahora no se hablaban. Liam ni siquiera soportaba estar en la misma playa que ella.

Aquello me dio mucho que pensar. Y casi todos mis pensamientos giraban en torno a Levi. Tenía que hablar con él. Asegurarme de que seguíamos siendo amigos. De que, cuando volviera a casa, podríamos estar juntos en la misma habitación.

Afortunadamente, mis abuelos habían salido, así que me metí en mi cuarto en cuanto Liam me dejó en casa y llamé a Levi por el portátil. Hice cálculos y supuse que, con suerte, estaría llegando a casa tras el entrenamiento matutino. A la tercera señal, me empezó a temblar la pierna.

Mentalmente, repetía una y otra vez: *Por favor, que Levi esté en casa. Por favor, que Levi esté en casa.*

La pantalla se iluminó y vi el torso desnudo de Levi delante de mí.

—Eh... ¿Hola? —pregunté.

Noté un cosquilleo en las mejillas, provocado por la visión de aquel cuerpo.

—¡Hola! —se ciñó la toalla a la cintura—. Lo siento, acabo de salir de la ducha —desapareció de la pantalla un momento y volvió con una camiseta puesta. El pelo mojado se le disparaba en todas direcciones.

—¡Eh, tú! —yo sonreía de oreja a oreja.

—¡Vaya, yo también me alegro de verte!

—¡Buggy y Floyd van a hacer un especial de Navidad! —le solté a bocajarro.

Se le iluminaron los ojos.

—¿En serio? Jo, es fenomenal —me guiñó un ojo.

—Ja, ja —le saqué la lengua.

—Veo que viajar al extranjero te ha ayudado a madurar.

—Ya lo creo.

Abrió la boca para decir algo, pero luego ladeó la cabeza como si me estuviera escudriñando.

—¿Va todo bien?

Era lo mismo que me había preguntado Liam hacía menos de treinta minutos. Le respondí lo mismo.

—Sí.

Sin embargo, esa era la diferencia entre Liam y Levi: este último sabía que le estaba mintiendo.

—¿Qué te pasa?

Estuve a punto de echarme a llorar al ver la inquietud que reflejaba su rostro.

—Es que empiezo a echaros de menos —reconocí.

Me sorprendió la reacción de Levi. Sonrió.

—Oh, lo siento —dije—. ¿Disfrutas con mi desgracia?

Negó con la cabeza.

—No, es que... siempre que hablamos parece muy contenta, y quiero que seas feliz, pero también tengo ganas de que vuelvas. Añoro que alguien me ría los chistes malos. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Se hizo un silencio. No porque nos sintiéramos incómodos, sino porque no hacía falta decir nada más. Ambos sentíamos lo mismo.

Yo hablé por fin.

—Pero, oye, estoy segura de que las próximas tres semanas pasarán volando.

—Dieciséis días, en realidad —me corrigió.

—¿Cómo? ¿Llevas la cuenta? —me burlé.

—Ya te digo. He marcado el día de tu regreso en el calendario. *Macallan vuelve y la vida dejará de ser oficialmente un asco.*

—¿Me estás diciendo que tu vida es un asco sin mí? Doy por supuesto que estás citando a Kelly Clarkson porque no puedes vivir sin una chica tan fuerte e independiente como yo a tu lado.

—¡Ja! Muy lista. Pero claro —guardó silencio un momento—. *Así son las cosas, empezamos como amigos...*

Me reí.

—A ver, ¿me estás insinuando que desde que me fui puedes respirar por primera vez?

—¡Eh, no!

Negué con la cabeza.

—Te has vuelto muy directo desde que no estoy allí.

Levi esbozó aquella sonrisa socarrona que yo conocía tan bien.

—Ya lo sé. Fíjate, te marchas unos días y ya no soy capaz de pensar a derechas. Me sorprende que me pueda levantar por las mañanas.

—Ay, cómo añoraba tus dramones.

—Nadie los aprecia tanto como tú.

—Ya lo sé.



—A ver si lo entiendo —me dijo Liam mientras hacíamos cola en Murphy's para comprar helado un par de noches después—. Tu mejor amigo es un tío. Pero quiere ser algo más. ¿Y tu reacción es huir a Irlanda?

—Bueno, dicho así... —intenté bromear, pero empezaba a sentirme bastante tonta—. Estaban pasando muchas cosas...

—Ah, sí —asintió él—. Empezó a salir por ahí con sus amigos.

—Y me estaba dejando de lado —le recordé.

Había decidido sincerarme con Liam sobre Levi. Supuse que no iba a pasar nada entre nosotros; ambos llevábamos demasiado equipaje auestas. Así que pensé que a lo mejor me venía bien una opinión objetiva. Por desgracia, tenía el presentimiento de que Liam se iba a poner de parte de Levi.

Supongo que los troncos se apoyan entre ellos.

Pedimos el helado. Liam siempre elegía el de Guinness y pan integral, que no sabe tan mal como parece. Yo pedí mi mezcla favorita: miel de panal y sal marina.

Tras coger los cucuruchos, intenté argumentar mi caso por última vez.

—Y recuerda que me pasé varios meses prácticamente sin verle, luego nos peleamos y, después de eso, se presentó en mi casa y me dijo que me amaba. Sin venir a cuento.

Liam lamió su helado.

—¿Seguro que no venía a cuento?

Me abstuve de responder con la excusa de que tenía la boca llena. Y la tenía, pero tampoco sabía qué contestar.

—Pero tú siempre dices que solo sois amigos —arguyó Liam, y me di cuenta de que no me creía—. ¿No te atrae nada en absoluto?

—No. O sea, sí. Quiero decir, es Levi.

—¿Es Levi? Debe de ser una expresión americana que desconozco —se burló—. Es tu mejor amigo. Y un Levi, sea lo que sea eso. La verdad es que no entiendo cuál es el problema.

—Es complicado —apuré el paso hacia el puerto.

—Sí, ya me lo has dicho mil veces. Pero he aquí el quid de la cuestión. Tal como lo cuentas, no parece tan complicado. Eres tú la que lo complica. Salta a la vista que entre vosotros hay algo muy importante. No tengas miedo de explorarlo.

Esboqué una sonrisa tensa, sin saber si debía creerle o no. Decidí tomármelo a broma.

—¿Desde cuándo te has convertido en una especie de consejero matrimonial?

Me miró con expresión risueña.

—En realidad, es de sentido común.

Miré hacia el puerto, donde una fila de autocares descargaba turistas.

—Bueno, será mejor que vaya a ver ese delfín.

Desde que había llegado a Dingle, la gente no paraba de preguntarme si ya había visto a Fungie, el delfín del pueblo. Incluso tenía su propia estatua junto al centro turístico en el que trabajaba la abuela. A la semana de mi llegada, me había hecho una foto junto a la estatua, pero aún no conocía al Fungie real.

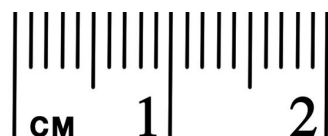
—Es increíble que lleves aquí seis semanas y aún no lo hayas visto —Liam sacó el móvil y me indicó por señas que posara junto a la estatua del delfín para sacarme otra foto—. En Dingle tenemos nuestro orgullo, ¿sabes?

Me coloqué junto a la estatua, enfurruñada.

—Esas cosas son para guiris.

—Claro. Como tú no eres guiri... —hizo la foto—. Tendremos que asegurarnos de que lo veas todo en los próximos días. Porque pronto te irás a casa. Tenemos mucho que hacer. Y una decisión pendiente.

No hacía falta que me lo recordase.



Las dos semanas siguientes pasaron volando. Los abuelos hicieron cuanto estuvo en su mano por asegurarse de que viera el mayor número de cosas posible antes de marcharme. Casi estaba demasiado cansada para mi fiesta de despedida, pero si algo había aprendido durante los dos meses que llevaba en Irlanda era que nadie supera a los irlandeses a la hora de organizar una buena juerga.

El jardín trasero de mis abuelos se transformó en un recital de música espontáneo. Colgamos luces navideñas por los árboles para crear un ambiente aún más mágico. Los vecinos de mis abuelos fueron llegando, y los amigos músicos de mi abuelo se trajeron sus instrumentos; la música pronto empezó a inundar el fresco ambiente de la noche.

Liam llegó con su madre.

—Eh, te he traído un regalo para que te acuerdes de mí —dijo. Me tendió un CD. Había puesto la foto que me había tomado junto a la estatua de Fungie como portada. Abrí el estuche y vi una lista de los grupos irlandeses que me había ido enseñando durante mi visita—. Aunque me encantan las cosas americanas, la música irlandesa no tiene comparación. Y no lo digo porque tengas muchas bandas yanquis en tu iTunes, anglófila. Es hora de que empieces a escuchar buenos grupos irlandeses, aparte de U2.

—¡Gracias! —le di un abrazo, agradecida de haber disfrutado de su compañía durante mi estancia.

El abuelo pidió silencio.

—Quiero daros las gracias a todos por haber venido a despedir a mi nieta favorita.

—Tu única nieta —aclaré.

Se oyeron risas entre los invitados.

—Pero creo que lo más apropiado será decir adiós a Macallan con un último brindis.

Sus amigos asintieron y levantaron el vaso. Yo me uní al brindis, pero no conocía la canción que empezó a sonar.

El abuelo me miró con cariño y se puso a cantar.

*Todo el dinero que tenía
lo gasté en buena compañía.
Y si alguna vez causé dolor
el más perjudicado fui yo.
Y lo que hice por no razonar
Mi memoria no quiere evocar.*

Al llegar a esta parte, todo el mundo se le unió.

*Así que brindemos por última vez,
buenas noches y que la dicha esté con vosotros.*

La abuela se puso a cantar también cuando el abuelo la rodeó con el brazo. Tenía una voz afinada y hermosa.

*Los buenos amigos que tuve
lamentan que eche a caminar.*

Mi abuela me sonrió con cariño.

*Los amores que aquí conocí
desean tan solo un día más.
Pero ya es la hora del adiós.
Yo me marcho y vosotros no.
Así que dejad que os susurre al oído:
buenas noches y que la dicha esté con vosotros.*

Noté que las lágrimas rodaban por mis mejillas. Debería estar triste porque pronto me separaría de mis abuelos y de aquel lugar maravilloso, pero no lloraba por nada de eso.

Y Liam lo sabía.

—Te lo voy a decir de manera que lo entiendas —insistió, inclinándose hacia mí—. Si quieres estar con él, hazlo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No puedo.

Negó con la cabeza. Liam siempre se burlaba de mí por mi manía de complicar las cosas. «La típica americana», me llamaba con cariño.

—Te preguntaría por qué, pero ambos sabemos que no tienes motivos. Deja de poner excusas y sal con él.

Yo sabía que tenía razón. Y eso me aterrorizaba.

—¿Tú quieres estar con él?

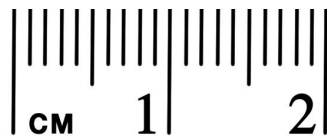
No lo pensé. Dije la verdad sin más.

—Sí.

—Pues hazlo.

Se levantó y se unió al grupo que cantaba.

Buenas noches y que la dicha esté con vosotros.



Estaba tan nerviosa y temblaba tanto que me extrañó que no me dieran el alto en la aduana. En cuanto me sellaron el pasaporte y recuperé el equipaje, me dirigí a la puerta de llegadas. Salí corriendo, y no pasaron ni dos segundos antes de que oyera a mi padre, al tío Adam y a Levi, que gritaban mi nombre. Me di la vuelta y vi a Levi sosteniendo una pancarta: ¡QUE ME CUELGUEN SI SÉ DÓNDE ESTÁ MACALLAN!

Me reí y corrí hacia ellos. Se produjo un revuelo de abrazos y un intercambio de «te he echado de menos» y «¡qué buen aspecto tienes!». Mi padre y Adam cogieron mi equipaje y fueron a buscar el coche. Levi se quedó esperando en la acera, conmigo.

—Qué contento estoy de que hayas vuelto —me dijo.

Me rodeó con el brazo y yo me acurruqué contra él. Aguardamos un rato allí fuera. Estábamos bien. Siempre habíamos estado bien. Sin embargo, yo no dejaba de decirme que si empezábamos a salir, nuestra amistad se iría al traste. Nunca había considerado la posibilidad de que la relación mejorase si dábamos el paso. Sabía que las parejas de instituto, de media, rara vez mantienen una relación a largo plazo, pero Levi y yo nunca habíamos pertenecido a la media. En nada.

Su teléfono sonó y él lo apagó. Volví a cerrar los ojos, contenta de haberme reunido con él por fin. De estar en casa. Feliz de que la tirantez que reinaba últimamente entre nosotros se hubiera esfumado. Le cogí las manos y entrelacé los dedos con los suyos. Consideré si confesárselo todo allí mismo, pero no me apetecía nada que llegaran mi padre y mi tío mientras manteníamos esa conversación, sobre todo si concluía con un beso. Estaba segura de que si mi padre veía la escena empezaría a poner normas sobre cuándo y cómo podíamos vernos.

El móvil de Levi sonó otra vez. Él volvió a desechar la llamada, pero vi en la pantalla un nombre que no conocía.

—¿Quién es Stacey? —pregunté sin pararme a pensar.

Levi apartó el teléfono.

—Oh, sí. Eso —se revolvió, incómodo—. Quería esperar a que te hubieras instalado para decirte que Stacey y tú no podréis ir a las mismas fiestas —se rio sin ganas.

¿Por qué esa chica y yo no podíamos...?

No.

Me sentí como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría.

—Tienes novia.

—Bueno, hemos salido unas cuantas veces... Aún no puedo decir que sea mi novia. Pero es guay. Stacey Hobbs. Va a nuestro curso y pertenece al grupo de animadoras.

—Oh —sabía de quién hablaba, pero no lograba entender cómo había sucedido algo así y por qué Levi no me había comentado nada al respecto. Di un paso atrás para alejarme de él; necesitaba distancia para comprender lo que aquello implicaba.

—Pero ya basta de hablar de mí. Esta noche tú eres la protagonista —Levi se me acercó otra vez—. Te advierto que mi madre se ha empeñado en preparar pastel de patata para que te vayas acostumbrando al medio oeste. Y ya sabes que se pone paranoica cuando cocina para ti. Tú suéltale unos cuantos «fenomenal» y todo irá bien.

Lo miré con una sombra de sonrisa en la cara.

—Ven aquí. Cuánto te he echado de menos —volvió a abrazarme—. No creo que pueda soltarte. Tener

lejos a tu mejor amiga durante todo el verano es una mierda —me dio un beso en la frente—. Pero te prometo que no me pondré celoso y escucharé atentamente hasta el último detalle de tu viaje. Quiero que me inundes a fotos y a anécdotas que me pongan verde de envidia. Tienes que contármelo todo.

Por desgracia, no podía contárselo todo. Tendría que ocultarle una cosa, como mínimo.

Uf, qué incómodo.

Tío, ¿te das cuenta de que si hubieras hablado en aquel momento todo habría sido distinto?

¿En qué sentido? ¿Habrías dejado de llamarme «tío»?

Si te empeñas, tío... Pero no vuelvas a decir que soy melodramático, porque fuiste tú la que nos hundió en la miseria.

En eso te doy la razón.

Entonces, ¿reconoces que estoy en lo cierto?

No. Porque debes admitir que la vida es más interesante con un poco de melodrama.

¿Hablas en serio? El melodrama es la peste de la vida.

Ay, espera, vuelves a tener razón. Retiro lo dicho.

CAPÍTULO DOCE

Desde que Macallan había vuelto, estaba eufórico. El verano no era tan chulo sin ella. Solo cuando se marchó a miles de kilómetros de distancia me di cuenta de la cantidad de tiempo que pasábamos juntos durante los meses estivales. Y sí, tenía a mis colegas, pero no hay comparación. No me sentía igual de bien. Nada era lo mismo sin ella.

Al principio, me dio rabia que se fuera, pero luego lo entendí. Seguramente Macallan necesitaba poner distancia y replantearse las cosas.

Quería a Macallan, ya lo creo que sí. Sin embargo, saltaba a la vista que ella no sentía lo mismo que yo, y si para poder disfrutar de su compañía teníamos que quedar como amigos, que así fuera.

Lo reconozco, estaba guapísima cuando cruzó la puerta de llegadas del aeropuerto. Exhibía ese aire adormilado que tiene siempre cuando está supercansada o bajo mucha presión. Guardó silencio durante el trayecto de vuelta a casa y también durante la cena, pero el mero hecho de tenerla cerca ya me hacía sentir mejor.

Reconozco que debería haberle hablado de Stacey mientras estaba en Irlanda, pero es que nunca encontraba el momento. Y aunque Stacey es una tía genial, si empecé a salir con ella fue porque me pareció conveniente tener pareja al regreso de Macallan. Para evitar más situaciones tensas y tal. No quería que se sintiera incómoda o que pensara que me había roto el corazón. Yo tenía que superar el desengaño si quería retomar nuestra amistad.

Ojalá pudiera decir que muy pronto las cosas volvieron a ser como antes de que empezaran los problemas, pero no. Macallan se puso muy rara, como si se sintiera incómoda conmigo. Al principio, lo atribuí al desfase horario. A ver, un día, en la cocina de su casa, estuvo a punto de cortarse un dedo cuando le pedí consejo sobre algo relacionado con Stacey, y eso que Macallan siempre es muy cuidadosa cuando guisa. No pensé más en ello. Sin embargo, al cabo de una semana de ver cómo se le caían las cosas cada vez que me acercaba y cómo evitaba mirarme cuando le hablaba, comprendí que mi confesión había provocado en la relación unos daños difíciles de reparar. Estaba dispuesto a darle una tregua y lo que hiciera falta con tal de que volviera a sentirse cómoda conmigo.

Dos semanas antes del inicio del curso, Macallan estaba trajinando en la cocina con mi madre. Había pasado por casa para charlar, pero en cuanto apareció mi madre cargada con la compra, Macallan corrió a ayudarla y desapareció de mi vista.

Yo tenía la sensación de que cada vez que intentaba pasar un rato con ella, Macallan se buscaba algo que hacer. Algún otro compromiso.

Supongo que así se había sentido ella a finales del segundo curso: ignorada.

Si pudiera haber borrado del mapa mi declaración de amor, lo habría hecho. Si no le hubiera confesado la verdad, habría acabado por desquiciarme, pero prefería sacrificar mi cordura que nuestra relación.

Macallan llevaba media hora sin hacerme ni caso cuando decidí entrar en la cocina.

Ella estaba sentada a la mesa, sin ayudar, sin hacer nada, solo charlando con mi madre.

—Hola, cariño —me dijo mi madre como si hubiera olvidado que estaba en casa—. Macallan me ha dado una receta para la barbacoa y la

voy a probar esta noche. Tendrás que venir a cenar, Macallan. Apenas nos hemos visto desde que volviste. Además, necesito que me des tu opinión de experta.

Macallan le sonrió.

—Encantada.

—Estupendo —mi madre me miró—. A Stacey le gustan las salchichas, ¿no?

—Sí —respondí.

Macallan se palmeó la frente.

—Ay, Dios, hoy es miércoles, ¿verdad? Pensaba que era jueves. Esta noche he quedado.

—Oh, qué pena —el pesar de mi madre parecía genuino—. Levi, ¿qué tal te ha ido en la autoescuela?

—Muy bien, ya casi tengo dominado el aparcamiento en paralelo. ¿Qué te parece si me presento al examen el día de mi cumpleaños?

Dentro de pocas semanas cumpliría dieciséis años, y con un poco de suerte me regalarían un coche.

—Claro —guardó silencio un momento—. Aunque al día siguiente jugarás el primer partido de la temporada y no quiero que vayas sobrecargado. Los estudios son lo primero, ya lo sabes.

—Pero tenía pensado llevaros a todos a cenar a Milwaukee o algo parecido si me sacaba el carné.

—Ya... De todas formas, no me hace gracia que te cargues de obligaciones. ¿Por qué no hacemos algo más tranquilo? Cumplir dieciséis es un gran acontecimiento, pero tampoco hay que exagerar. Puedes quedar con tus amigos después del partido.

En aquel momento sonó el teléfono. Mi madre respondió y abandonó la cocina.

Aquello no era propio de mi madre. Se diría que mi cumpleaños le importaba un bledo. Mi madre siempre se ponía frenética cuando se acercaba mi aniversario. Organizaba fiestas por todo lo alto, planeadas al milímetro. Es la ventaja de ser hijo único, supongo.

Me volví hacia Macallan.

—¿No crees que está un poco rara?

Me miró extrañada.

—¿Qué?

—Mi madre. Ahora mismo. Cuando le he hablado de mi cumpleaños, se ha comportado de un modo extraño, ¿no crees?

—¿Eh?

Macallan me observaba como si le estuviera hablando en un idioma extranjero.

—¿No te acuerdas de que siempre se vuelve medio loca cuando se acerca mi cumpleaños? Le da muchísima importancia.

Macallan agrandó los ojos.

—Tienes razón. ¡Qué bruja!

Puede que yo estuviera exagerando.

—¿Crees que me ha preparado algo?

—Que yo sepa, no. De verdad.

La escudriñé unos instantes y supe que era sincera.

—A lo mejor piensa que ya somos mayores y que no hace falta organizar una gran fiesta con payasos y globos en forma de animales —arguyó.

—Pero yo quería un globo de caballito —fingí hacer un puchero—. Seguramente tienes razón. Pero es que siempre me toca tranquilizarla cuando se acerca mi cumpleaños y esta vez se diría que le trae sin cuidado.

Macallan le quitó importancia al asunto.

—Jo. Te pones muy dramático. Tu madre es la mamá más cariñosa del mundo, así que tranquilízate. Me parece que tanto entrenar al sol te está afectando.

Estaba acostumbrado a tomar el sol, pero tener que entrenar vestido con el equipo de fútbol se me hacía muy cuesta arriba.

—Sí, supongo que tienes razón. Bueno, da igual. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—¿Eh?

—Esta noche —repetí. Macallan me miró de hito en hito—. Has quedado, por eso no puedes venir a cenar.

Le di un codazo cariñoso en las costillas, pero ella pegó un bote. No estaba habituado a que actuara como si apenas me conociera. Seguro

que pasaba algo.

Se hizo la luz en sus ojos.

—Sí, claro. Es que... tengo un asunto de familia con el tío Adam.

—¿Va todo bien?

—Eh, sí, no es nada. Le prometí acompañarlo al cine esta noche.

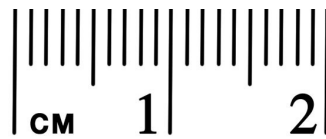
Ni siquiera me miraba a los ojos.

—Ah, vaya. ¿Y qué película vais a ver?

—¿Qué película? Pues... no sé, se me ha olvidado.

Vale, no hacía falta ser un genio para advertir que Macallan me estaba ocultando algo. Saltaba a la vista que no quería decirme con quién había quedado. Me pregunté si ya estaría saliendo con alguien. Hacía muy poco que había regresado, pero ¿qué otra cosa podía ser? Desaparecía cada dos por tres y ponía excusas para no verme. Ni siquiera conocía a Stacey. O sea, la conocía de vista, pero no me refiero a eso.

Lo mires por donde lo mires, Macallan prefería mantenerme al margen de sus historias y debía respetar su intimidad. Por nada del mundo quería empeorar las cosas.



Al principio de mi llegada a Wisconsin, siempre me estaba quejando del mal tiempo. Qué poco imaginaba entonces que las olas de calor de agosto iban a convertirse en mi peor pesadilla.

Keith y yo salimos juntos del entrenamiento.

—Esto es lo nunca visto, California.

—¿Nunca han cancelado un entrenamiento?

Negó con la cabeza.

—No, no. Hablo de esta ola de calor. Es brutal.

Nos acercamos a su ranchera y desbloqueó las puertas.

—Gracias por llevarme, colega.

—No hay problema —me dedicó una sonrisa socarrona—. Siento no haberte traído una sillita.

Jo. Estaba deseando sacarme el carné. Odiaba depender de mis padres y de mis amigos para ir de un lado a otro, sobre todo al entrenamiento.

—Mira, si mañana tampoco hay entrenamiento, te podrías venir a mi casa y practicar conmigo. En mi jardín se está fresco por las tardes.

—Me gusta la idea —guardé silencio un momento. Ya sé que se supone que los tíos tenemos que hacernos los duros, pero le agradecía mucho todo lo que estaba haciendo para ayudarme a mejorar mi juego—. Y gracias por todo, tío. No creo que me hubieran aceptado en el equipo base de no ser por ti.

—Ya, bueno, eres muy rápido. Necesitamos un jugador rápido —se rio—. Pero mejor espera a que te saquen al campo para darme las gracias.

—Lo pillo. Sal al campo de juego, coge el balón y luego ya me escribirás cartas de amor, ¿no?

Detuvo el vehículo junto a mi casa.

—Sí, pero procura que Macallan no se ponga celosa. Es una tía dura. Ojalá las churris jugaran al fútbol.

Me apeé del coche y vi el vehículo del señor Dietz aparcado en el camino de entrada. Entré corriendo y grité:

—¿Le pasa algo a Macallan?

Me detuve de repente al ver a mi madre y al señor Dietz sentados muy juntos en la mesa de la cocina. Estaban mirando una hoja de papel.

—Oh —mi madre dio un bote—. ¿Qué haces en casa tan pronto?

Los miré por turnos. Allí pasaba algo raro.

—¿Macallan está bien?

Mi madre lanzó al señor Dietz una mirada nerviosa. Él se levantó.

—Sí, sí, está muy bien. Es que pasaba por aquí...

Cogió la hoja de la mesa aparentando indiferencia, pero el gesto no me pasó desapercibido.

—¿Qué es eso?

Señalé el papel que el padre de Macallan tenía en la mano.

—Oh, bueno... —intercambiaron otra mirada nerviosa—. Le he pedido a tu madre su opinión sobre un plato que le quiero preparar a Macallan para su cumpleaños.

No sé por qué, pero no me lo tragué.

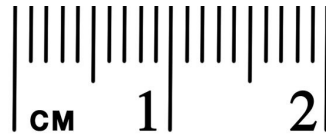
—¿De verdad? ¿Puedo verlo?

—El señor Dietz ya se iba —intervino mi madre justo cuando el piloto de la cafetera indicaba que el café estaba listo. Mi madre nunca preparaba café solo para ella. Lo hacía únicamente cuando tenía invitados.

—Sí —se excusó él—. Me he escapado un momento del trabajo. ¿Sabes, Levi? Quiero sorprender a Macallan, así que te agradecería que no le dijeras que he estado aquí.

No me gustaba la idea de engañar a Macallan, especialmente en aquella fase tan delicada de nuestra relación. Sin embargo, entre lo rara que estaba mi amiga y el encuentro secreto de nuestros padres, no pude sino pensar que había gato encerrado.

Todo era muy misterioso. Y yo no estaba de humor para misterios.



La semana siguiente, mi madre y el señor Dietz hablaron varias veces por teléfono. No lo sé porque mi madre me lo dijera. Tuve que examinar sus llamadas a hurtadillas.

Supuse que Macallan sabría algo al respecto. El sábado anterior al primer día de clase, me pasé por su casa. Normalmente me limitaba a entrar, pero como Macallan parecía tan incómoda en mi presencia últimamente, llamé a la puerta.

—Oh, hola.

Advertí al instante que Macallan no tenía ganas de verme. Sin duda estaba en el ajo. Y no me marcharía de allí hasta sacarle la verdad.

Entramos en la cocina. Había harina y una bola de masa sobre el mármol.

—Estoy preparando pasta —dijo, y se puso a amasar.

En circunstancias normales, me habría invitado a cenar. Siempre lo hacía. Sin embargo, no me había invitado ni una sola vez desde su regreso. La única vez que nos habíamos sentado a comer juntos fue la noche de su llegada, aparte de las cenas familiares que compartíamos cada domingo. La idea de tener que cenar en su casa al día siguiente me puso nervioso. Había interrogantes sin resolver.

Decidí coger el toro por los cuernos.

—¿Me estás ocultando algo?

Macallan se quedó de piedra. Estaba en el ajo.

—¿De qué estás hablando?

Añadió harina a la masa y se dio media vuelta para que no pudiera verle la cara.

—Tengo la sensación de que te pasa algo. Estás haciendo eso que haces siempre.

Ella se hizo la despistada.

—¿Cocinar? Sí, eso es lo que estoy haciendo, Levi. ¿Por qué no llamas a la policía?

Se rio, pero fue una risa forzada, casi calculada. Se moría por cambiar de tema.

Por desgracia para ella, yo no pensaba dejar que se saliera con la suya.

Se me había agotado la paciencia.

—Venga, Macallan. No soy idiota. Últimamente estás muy distante. Nuestros padres siempre están cuchicheando. ¿Y de qué iban hablar si

no fuera de nosotros?

—No sé. Son amigos. ¿Desde cuándo los amigos no pueden mantener una conversación? Deja de imaginar teorías de la conspiración. Los amigos charlan a menudo.

—Sí, los amigos charlan, pero tú y yo apenas intercambiamos palabra —ella no me hizo caso y siguió extendiendo la masa—. ¿Puedes parar un momento, sentarte y hablar conmigo? ¿Por favor?

Separé una silla para que se acomodara a mi lado.

Macallan se sentó con un paño en la mano. Metódicamente, se retiró la harina de los dedos, sin mirarme a los ojos.

—Macallan, ¿harías el favor de decirme lo que está pasando? Desde que has vuelto, te comportas de un modo extraño, como si te sintieras incómoda conmigo.

Me miró por fin. Parecía asustada.

—Es que... en Irlanda he tenido mucho tiempo para pensar. Y siento que, desde mi regreso, las cosas son distintas. Yo soy distinta. Verás, supongo que... —se miró los pies—. Levi, últimamente nuestra amistad no ha pasado por su mejor momento y no quiero añadir más tensión, en serio. ¿Podemos dejar esto para más adelante? Por favor.

Quería darle algo de tiempo, pero ¿acaso no bastaban las ocho semanas que había pasado en el extranjero? Me sentía frustrado a más no poder. Siempre había sido sincero con Macallan, pero tenía la sensación de que me estaba mintiendo. Otra vez.

Me preocupaba mucho por los sentimientos de Macallan, pero ¿qué pasaba con los míos? Cuando se había marchado, yo me había quedado hecho polvo. Aun así, había intentado darle todo lo que me pedía (tiempo, atención), pero a ella no le bastaba.

Esta vez, sin embargo, yo no tenía la culpa de nada. Fue ella la que se marchó. Y era ella la que no me prestaba atención hoy por hoy. Era ella la que pasaba de mí.

Me había tirado todo el verano esperando su regreso y, ahora que había vuelto, tenía la sensación de que no estaba aquí.

Estaba harto de esperar.

—Me abandonaste —las frase salió de mis labios antes de que pudiera morderme la lengua—. Te confesé lo que sentía por ti y tú te largaste y me dejaste plantado. ¿Te puedes imaginar siquiera lo mucho que me dolió? Pero te di tiempo, tal como me pedías, y no dije nada porque esperaba que, cuando volvieras, todo iría bien entre nosotros. Sin embargo, no es así. Ya no sé qué más hacer. Ahora no soy yo el que está raro.

—¿De verdad? —me preguntó, alzando la voz—. ¿Me echas a mí la culpa? Sí, me confesaste lo que sentías por mí. Dejaste abierta esa inmensa puerta. Y cuando volví me la cerraste en las narices.

—¿Una puerta? ¿Qué puerta te cerré en las narices? ¡Estaba deseando que volvieras a casa!

Esta vez no me gritó. Le temblaba la voz.

—En todo el tiempo que pasé en Irlanda, no dejé de pensar en ti. Me diste motivos para reflexionar, ya lo creo que sí. Y lo hice, Levi. Estaba decidida a conseguir que esto funcionase. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Bajé del avión convencida de que protagonizaríamos un final feliz. Y de repente descubrí que me habías dejado en la estacada. No dejo de recordar el momento en que aterricé en Chicago. De comparar lo que esperaba encontrarme y lo que encontré al llegar. De pensar en lo tonta que fui. De modo que, sí, Levi, es verdad que no puedes contar conmigo tanto como antes, pero yo tampoco puedo contar contigo.

—¿Me tomas el pelo? Claro que puedes contar conmigo, Macallan. Fuiste tú la que se marchó. Me dejaste. Y ahora eres tú la que me ignora. Me he pasado meses esperando tu regreso, y ahora estás aquí pero es como si no estuvieras. Así que dime qué quieres de mí, porque estoy harto de adivinarlo y harto de sentir que nada de lo que hago te parece bien. Por favor, explícamelo.

Macallan abrió la boca y luego la cerró. El suelo la tenía hipnotizada. Ni siquiera quería mirarme.

Pensé que haría de tripas corazón y volvería a plantar cara. A luchar por nuestra relación. Pero ella ya había tirado la toalla. Y, en aquel momento, me dio igual. ¿Por qué recaía sobre mis hombros la responsabilidad de arreglar las cosas entre nosotros? Y eso sin tener la menor idea de qué esperaba ella de mí. Nada de lo que hacía le parecería bastante. Siempre me había exigido muchísimo y ahí radicaba el problema. Macallan no quería compartirme con los demás.

Me levanté y eché a andar hacia la puerta. Si ella hubiera hablado entonces, me habría dado media vuelta, pero no lo hizo.

En cuanto salí, me quedé sin fuerzas. Tanta discusión, tanto drama, me habían dejado agotado.

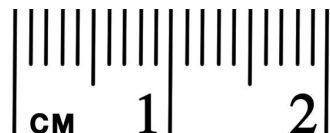
Me encaminé hacia mi casa. Tenía que poner distancia con la que un día fuera mi mejor amiga.

Si las cosas iban a ser así, prefería saberlo que seguir fingiendo otra cosa. Con cada paso que daba, me invadía una sorprendente sensación de libertad.

Puede que el viaje de Macallan a Irlanda hubiera sido lo mejor que me podía pasar. Por fin había comprendido que no necesitaba tenerla cerca para ser feliz. La había echado de menos, claro que sí, pero más a su recuerdo que a ella. Añoraba a la antigua Macallan. Ella había cambiado y yo también. Por lo visto, ambos nos estábamos aferrando a una persona que ya no existía.

En aquel momento decidí poner punto final a todo aquel melodrama.

Y si para ello tenía que vivir sin Macallan, que así fuera. Estaba harto de sus juegucitos.



Las noches del domingo, ambos guardábamos las apariencias. Por suerte, solo tuve que hacer el paripé las primeras dos semanas del curso antes de empezar a poner excusas para escaquearme de las cenas.

Que más daba. Mi fiesta de cumpleaños fue alucinante. Mis colegas vinieron a casa después del partido. Stacey invitó a unos cuantos amigos suyos. Mi madre invitó a Macallan, cómo no, pero ella no pudo venir, gracias a Dios. Ni siquiera me regaló nada. Dentro de un par de semanas sería su cumpleaños y me juré pagarle con la misma moneda.

Si al menos mi familia sumara dos más dos y dejara de hacer lo posible por reunimos... Afortunadamente, tenía libres las noches del sábado, así que reservaba esos días para mi chica. Mi verdadera chica.

Stacey se comportó con suma elegancia en todo momento, lo cual significa que nunca sacó a colación el asunto de Macallan. Todo le parecía bien, a diferencia de a la otra. Se lo agradecí.

Aquel sábado parecía supercontenta de verme.

—Eh, guapísimo —se acercó y me dio un beso, rozándome la mejilla con su coleta alta—. He pensado que podríamos ir a cenar a un sitio distinto para variar. ¿Qué te parece?

—Claro.

Me encogí de hombros. No estaba de muy buen humor. La noche anterior habíamos jugado el tercer partido de la temporada y aún no me habían sacado al campo. Yo era rapidísimo y estaba mejorando mucho con el balón, pero el entrenador seguía sin contar conmigo. No podía demostrarle lo frustrado que me sentía, así que me desahogaba con los demás.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando Stacey entró en el aparcamiento de un hotel.

—Me han dicho que aquí hay un restaurante muy bueno —se rio, nerviosa.

Bajé del coche. Stacey miró su teléfono.

—¿Me esperas un momento? Tengo que hacer una llamada rápida.

—Claro.

Su elección me extrañó, pero no le di más importancia. Por lo general, Stacey sabía lo que hacía.

De repente, todo se complicó.

—¿Leví? —me di media vuelta y vi a Macallan con Danielle—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? ¿Qué haces tú aquí?

Danielle me miró, luego la miró a ella y por fin se interpuso entre los dos.

—Qué raro, ¿verdad? Debe de ser el nuevo local de moda —se echó a reír mientras Stacey se acercaba.

—Eh, chicas —mi novia saludó a Macallan con cariño—. Qué coincidencia encontraros aquí —intercambió una mirada con Danielle—.

Esto... Deberíamos entrar.

Stacey echó a andar con brío junto a Danielle, que le estaba diciendo lo mucho que le gustaban sus zapatos.

Yo tuve que caminar al lado de Macallan.

—¿Me estás siguiendo? —le pregunté.

Ella gimió.

—Sí, claro, tú sigue soñando.

—Es que me parece un poco raro que estés aquí. Ni siquiera sabía que hubiera restaurante en este hotel.

—No ha sido idea mía; lo ha propuesto Danielle —replicó con frialdad.

—Qué oportuna.

Danielle y Stacey entraron primero y se detuvieron ante unas enormes puertas dobles.

Yo estaba furioso de pensar que me tocaría cenar en las cercanías de Macallan. Y dudaba mucho de que aquello fuera una mera coincidencia. Saltaba a la vista que ella llevaba fatal eso de vivir sin mí.

Macallan se detuvo y me miró a los ojos como si me hubiera leído el pensamiento.

—Madura, Levi.

Entró la primera.

—¡Detrás de ti! —dijo Stacey mientras Danielle y ella abrían las puertas dobles.

Cuando crucé la entrada, fruncí el ceño para dejar bien claro lo mucho que me disgustaba aquella situación.

—¡¡¡SORPRESA!!!

La multitudinaria exclamación resonó en el gran salón de baile. Tardé unos instantes en comprender lo que pasaba, rodeado de caras de amigos y familiares que me saludaban. Luego vi el cartel de FELIZ CUMPLEAÑOS, MACALLAN Y LEVI.

Nuestros padres se habían estado reuniendo en secreto para organizar una fiesta de cumpleaños.

Me volví a mirar a Macallan, que parecía tan aturdida como yo. Así pues, no me había mentido al decir que desconocía el motivo de tanto misterio. No obstante, sí me había mentido sobre otra cosa.

Mi madre se acercó riendo.

—¿Lo hemos conseguido? ¿Os hemos dado una sorpresa?

Jamás en toda mi vida había flipado tanto.

Hay que estar en la luna...

Ya lo sé, nos la pegaron bien.

Hablaba de nuestros padres. ¿Cómo es posible que no se hubieran dado cuenta de que ni siquiera nos dirigíamos la palabra?

Desde luego. Justo cuando peor estamos van ellos y organizan una fiesta sorpresa conjunta.

Lo que más me extraña es que Danielle no le dijera nada a mi padre. No es de las que se calla las cosas.

¿Como tú?

Sí, claro, ahora resulta que era yo la que no atendía a razones.

Tío, me porté como un idiota.

Perdona, me parece que no te he oído bien. ¿Puedes repetir lo que has dicho?

Sí, me porté como un idiota, como un completo imbécil. Incluso yo me habría retirado la palabra a mí mismo.

Y luego dicen que las chicas somos demasiado emotivas.

Te lo vuelvo a repetir: estaba muy confundido después de que me plantaras.

¿Y te extraña que tuviera que marcharme al extranjero?

CAPÍTULO TRECE

Al principio, me quedé de una pieza al ver a toda aquella gente allí gritando: ¡SORPRESA! Y la noche se volvió aún más irreal si cabe a partir de aquel momento.

Mi padre se acercó y me dio un gran abrazo. Luego, el tío Adam hizo lo propio.

—Y yo que te creía demasiado lista como para que tu viejo papi te enredara —mi padre estaba radiante.

Miré a mi alrededor y vi a unas cincuenta personas de todos los ámbitos de mi vida. Casi todos eran compañeros del instituto acompañados de algún miembro de su familia y también había unos cuantos amigos de las clases de cocina.

No costaba mucho distinguir a los que habían acudido por Levi de los que estaban allí por mí. Los invitados me recordaron a los de la única boda a la que había asistido, el verano antes de que... La mejor amiga de mi madre de su época universitaria se casaba con un tipo que a ella no le caía bien. Todos los invitados por parte de Suzanne llevaban vestidos o trajes. En cambio, los invitados por parte del novio no se habían tomado tantas molestias. Oí que mi madre hacía chasquear la lengua varias veces al ver entrar a gente con vaqueros o pantalones informales.

«¿A quién se le ocurre ponerse vaqueros para asistir a una boda?», preguntó mi madre entre dientes.

Yo me encogí de hombros. En aquel entonces solo tenía diez años, así que no se me ocurrió ninguna respuesta ingeniosa.

Seis años después, seguía sin tener contestación para muchas cosas.

Levi se acercó al contingente de los deportistas. Fue entonces cuando advertí que Emily estaba allí. Me juego algo a que la madre de Levi no la había invitado. Revisé mi memoria para averiguar si yo había informado oficialmente a mi padre de que ya no éramos amigas. Hacía años que no pasaba por casa.

Emily me saludó con un gesto tímido y se acercó cautelosa.

—Feliz cumpleaños, Macallan.

—Gracias —repose mientras nos dábamos un abrazo tenso.

—Es una fiesta genial —comentó, echando un vistazo a su alrededor.

—Sí.

Era una fiesta genial.

—En fin, ya sé que llevamos un tiempo sin coincidir, pero te he traído una cosa.

Emily me tendió una cajita envuelta.

—Oh, no hacía falta —protesté.

Ella se encogió de hombros. No sabía si debía esperar a abrir todos los regalos a la vez, pero como ni siquiera me habían informado de que iba a una fiesta, supuse que, por una vez, podía saltarme el protocolo.

Desenvolví la caja despacio. Dentro había una cadenita de plata con un delicado colgante en forma de flor.

—Te quedará bien con todo —me aseguró Emily.

—Muchas gracias.

Emily sabía que se me da fatal escoger accesorios. No he heredado ese gen. Desabroché la cadena y me la puse alrededor del cuello.

—Espera, yo te ayudo —me sujeté la melena mientras Emily prendía el cierre. El colgante se alojó justo en el centro del escote redondo que yo llevaba—. ¡Perfecto! —declaró ella.

Le dediqué una sonrisa agradecida. Aunque ya no fuéramos amigas, seguía cuidando de mi feminidad.

Nos miramos sin que ninguna de las dos supiera qué hacer a continuación. Qué raro, estar delante de la que había sido mi mejor amiga durante casi una década y no tener nada que decirle. Me pregunté, sin poder evitarlo, cómo nos sentiríamos Levi y yo dentro de un tiempo. Ya ni siquiera nos dirigíamos la palabra.

Miré en su dirección y lo vi riendo con sus colegas. A mí no me molestaba que tuviera amigos. Estaba enfadada porque me había llenado la cabeza de fantasías románticas y luego me las había arrebatado de un plumazo. Solo quería evitar que me hicieran daño; era un reflejo automático. Sin embargo, le había hecho un sitio como amigo, luego como amigo íntimo. Para cuando aterricé en Chicago, estaba dispuesta a dejarle entrar en mi corazón. A amarle como creía que él me amaba.

Y él me había dejado con un palmo de narices. Durante aquellos primeros días, fue una tortura estar cerca de él siquiera.

Devolví la atención a la fiesta. A un extremo de la sala, nuestros padres pedían la atención de todo el mundo. Me invadió el pánico, porque sabía que algo bochornoso estaba a punto de suceder.

—¡Muy bien, atención todo el mundo! —mi padre daba golpecitos a una copa con un tenedor. El agudo silbido del tío Adam silenció a los invitados—. Muchas gracias por haber venido esta noche. Y por guardar nuestro pequeño secreto —sonaron unas cuantas risas entre el público—. ¿Pueden acercarse los homenajeados?

Levi y yo acudimos desde extremos opuestos de la sala. El público nos recibió con aplausos discretos y algunos abucheos por parte del grupo de deportistas.

La señora Rodgers no cabía en sí de alegría.

—Estaba convencida de que Levi se olía algo. No paraba de hacer preguntas y de husmear.

—Lo cual siempre es motivo de preocupación —intervino el señor Rodgers a la vez que rodeaba con el brazo los hombros de Levi. Al verlos juntos, me di cuenta de lo mucho que se parecían, dejando aparte el pelo oscuro de su padre.

Levi estaba tenso y no parecía muy risueño. Cuando su padre empezó a zarandearlo, una sonrisa se extendió despacio por su cara.

La señora Rodgers volvió a tomar la palabra.

—Bruce y yo no sabemos cómo expresar lo mucho que Macallan significa para nosotros, al igual que Bill y Adam. Nos recibieron con los brazos abiertos cuando llegamos de la costa oeste y nos han hecho un sitio en su familia —se acercó a mí y me tomó la mano—. Estoy más que agradecida de que Levi tenga una amiga tan cálida y generosa.

Eché un vistazo a Levi, pero él tenía la cabeza gacha. A lo mejor necesitábamos algo así para que las cosas volvieran a su lugar. Todo lo que había dicho su madre era verdad (sobre todo eso de que yo era una persona cálida y generosa; olvidó mencionar humilde).

A mi regreso, había estado distante con Levi, principalmente porque quería acostumbrarme a la nueva situación. Luego, aquel día en la cocina de mi casa, Levi empezó a acusarme y a decirme un montón de cosas horribles. Estaba convencida de que volvería y se disculparía, pero no lo hizo.

Quería recuperar al antiguo Levi.

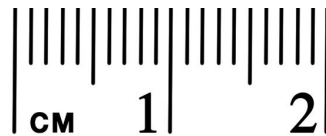
Aunque solo fuera como amigo.

Cuando se me tiró a la yugular, me di cuenta de lo delicada que era nuestra relación. A pesar de todo, lo necesitaba tanto, lo consideraba una parte tan importante de mi vida, que aceptaría las condiciones que me impusiera. Siempre planearía sobre nosotros un sobreentendido, claro está. Una atracción mutua que no llegaría a materializarse. Sin embargo, ¿valía la pena sacrificar nuestra amistad por un romance de instituto?

No. Mejor quedábamos como amigos.

Permanecí toda la noche a la espera. Durante los discursos y la cena, las canciones y el pastel, durante el baile y los regalos. Esperaba y esperaba, convencida de que Levi se acercaría y lo arreglaría todo.

Por desgracia, aguardaba una disculpa que nunca llegaría.



No sé qué me impulsó a acudir al último partido de fútbol de la temporada. El tío Adam aceptó encantado sentarse a mi lado en las gradas. No se perdía ni un partido de fútbol, luciendo orgulloso su camiseta naranja y azul. Aquella tarde, asistí con la excusa de animar a Danielle y a la banda de música. Incluso saludé unas cuantas veces a Emily cuando salió al campo con las animadoras.

Eso me dije a mí misma. A decir verdad, quería estar allí por si le concedían a Levi la oportunidad de jugar. El problema no estaba en su forma de jugar, sino en que los receptores titulares eran todos mayores y muy, muy buenos.

No sabía cuánto tiempo duraría mi fidelidad a Levi. Apenas habíamos intercambiado palabra desde la fiesta. Nos cruzábamos en el pasillo y hacíamos ese gesto con la barbilla con el que saludas a alguien cuando no te quieres tomar la molestia de pararte a conversar. Intenté que no me afectara, pero me sentía más herida cada día que pasaba. De vez en cuando me decía que debía renunciar a él y seguir con mi vida. Ya había sobrevivido a la ruptura de una gran amistad. Había sobrevivido a algo mucho peor que la pérdida de un amigo.

Sin embargo, una parte de mí seguía albergando esperanzas.

—¡Venga, chicos! —gritó Adam cuando el otro equipo se anotó un *touchdown* que los dejó diez a siete.

Faltaban menos de dos minutos para que acabara el partido. Sabía que, con un resultado tan igualado, Levi no saldría a jugar. Sin perder de vista el marcador, veíamos transcurrir los segundos despacio hasta que solo quedaban treinta para el final. Empecé a doblar la manta que tenía en el regazo, lista para encaminarme a la salida.

El juego volvió a captar mi atención cuando oí el sonido de los silbatos. Se estaba produciendo algún tipo de conmoción y los jueces tiraban los pañuelos al suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Adam observaba la escena.

—O hay una interferencia o alguien se ha hecho daño.

Cuando los cuerpos empezaron a retirarse de la melé, un jugador permaneció en el suelo. Tumbado de espaldas, se sujetaba la rodilla.

El campo entero guardó silencio cuando el entrenador y su ayudante corrieron hacia allí para evaluar la situación. Los jugadores lo miraban expectantes, seguramente preocupados por la suerte de su compañero de equipo y también nerviosos ante aquel recordatorio de su propia fragilidad.

El público se puso a aplaudir cuando el jugador abandonó el campo cojeando, apoyado en el entrenador.

—Eh, ese era Kyle Jankowski —dijo Adam, aplaudiendo con más fuerza.

Pobre Kyle, pensé. En aquel momento recordé que Kyle era uno de los receptores.

Eché un vistazo al público y crucé una mirada con la señora Rodgers. No sabía si estaba bien albergar esperanzas de que llamaran a Levi a expensas de la salud de otro jugador, pero eso fue lo que pasó.

Levi salió al campo corriendo a un trote ligero.

—¡VENGA, LEVI! —gritó Adam a viva voz, y me dio unas palmadas en la espalda.

Se me disparó el corazón. No obstante, estaba segura de que aquella reacción no era nada comparada con la que Levi debía de estar experimentando.

El equipo se alineó y Jacob Thomas, el *quarterback*, se hizo con el balón. Retrocedió y observó a los jugadores que avanzaban por el campo. Jacob siempre tenía más tiempo que la mayoría de los *quarterbacks* de la liga porque su *tackle* izquierdo era Keith. Ningún jugador del equipo contrario tenía ninguna posibilidad de alcanzarlo si Keith lo bloqueaba.

Jacob hizo un lanzamiento largo. Contuve el aliento, incapaz de decidir si quería que la pelota volara en dirección a Levi o no. Aunque ansiaba que anotase puntos, me daba miedo que se le cayera el balón y le echaran la culpa de la derrota. Siempre me ha parecido injusto que se aplauda o se condene a un solo jugador por haber anotado o no en los últimos segundos del partido. Los otros miembros del equipo también son responsables de la situación. La victoria o la derrota de un equipo no depende de un jugador.

Fue un pase incompleto y el equipo salió en desbandada hacia la yarda cuarenta. Quedaban menos de veinte segundos de partido. Comenzó una nueva jugada. Jacob se desplazaba hacia atrás, buscando una abertura. Quince segundos. El público se había puesto en pie. El balón surcó el aire. Se dirigía directamente a Levi, que corría raudo hacia la zona de anotación.

Juro que el tiempo se detuvo durante aquellos pocos segundos. El campo entero guardaba silencio. Los ojos de todos los presentes seguían la trayectoria del balón.

Levi alargó los brazos, concentrado.

Dio un pequeño salto y lo atrapó. Titubeó una milésima de segundo, seguramente sorprendido de que la pelota estuviera a salvo en sus manos. Se dio media vuelta y echó a correr hacia la zona de anotación.

La afición estalló en aplausos mientras el resto del equipo corría hacia él para celebrar la victoria.

Adam y yo nos abrazamos. Abrazamos a las personas que teníamos al lado. Me acerqué a los padres de Levi.

—¡Alucinante! —dije mientras el doctor Rodgers me cogía en brazos.

Me parecía lógico celebrar el triunfo con los padres de Levi. Eran parte de mi familia; aquello no había cambiado. Sabía que, antes o después, todo volvería a la normalidad. Uno no expulsa de su vida a los miembros de su familia.

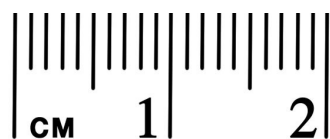
Eché un vistazo al campo. Stacey entró corriendo junto con las otras animadoras y se unió al jaleo. Levi la besó rápidamente antes de que los chicos se lo llevaran a hombros.

Levi estaba radiante. Aquello era lo que siempre había soñado: formar parte del equipo; ser uno más

de los chicos.

La euforia que me había invadido se esfumó rápidamente. Aunque sabía que debía alegrarme por él, tenía que afrontar la verdad.

En aquel momento, supe que le había perdido para siempre.



Es sorprendente hasta qué punto ganar un partido puede alimentar la autoconfianza de una persona. O su ego.

Después del partido, le envié a Levi un mensaje para felicitarlo. No me respondió. Lo vi en el aparcamiento del instituto el lunes siguiente por la mañana y lo saludé de lejos, pero él estaba demasiado ocupado haciéndose el chulo como para reparar en mí.

En el instituto, no se hablaba de otra cosa, como si fuera la primera vez que ganábamos un partido. Por lo visto, nadie se acordaba de que nuestro equipo había jugado fatal durante los primeros tres cuartos. Al parecer, lo único que importaba eran los últimos veinte segundos. Si aquella jugada se hubiera producido dos minutos antes, ya la habríamos olvidado.

Y sí, mi actitud era horrible. Una buena amiga se habría alegrado más por Levi, pero ¿acaso seguíamos siendo amigos? Llevábamos semanas sin intercambiar palabra. Teníamos personas más importantes (que no mejores) con las que pasar el rato.

Mi enfado alcanzó su máximo apogeo el día que doblé un recodo para dirigirme a clase de inglés y lo vi andando con Tim y Keith. Llevaban puestas las chaquetas de fútbol americano, con la mangas blancas, y recorrían los pasillos con ese atlético aire de superioridad que nunca he acabado de entender. El hecho de que seas capaz de lanzar un balón, golpear una bola o hacer algo medianamente bien con una pelota ¿te convierte automáticamente en un héroe? Los chicos de la banda, por más talento musical que tuvieran, no iban por ahí como si todos tuviéramos que hacerles reverencias.

Me recordé a mí misma que solo unos cuantos de aquellos chicos conseguirían entrar en un equipo universitario, y que el porcentaje de los que acabarían por convertirse en ególatras atletas profesionales era aún menor; eso si alguno lo lograba. Dentro de veinte años, Keith probablemente sería un calvo obeso que viviría para recordar sus glorias pasadas como futbolista juvenil.

Yo quería creer (o al menos así lo esperaba) que aún tenía mucho por vivir. Me parecía deprimente pensar que algún día recordaría los años del instituto como la mejor época de mi vida.

—Eh, Macallan —canturreó Keith.

Hice una mueca cuando me crucé con él.

—Uy, me parece que alguien está en esos días del mes —se burló Keith—. Debes de tenerlos marcados en el calendario, ¿no, California? No creo que te apetezca estar cerca cuando le viene.

En primer lugar, puaj. En segundo, ¿no se le ocurría nada mejor para explicar el hecho de que alguien no quisiera hablar con él? No podía concebir que una chica lo considerase un capullo integral, así que lo atribuía a la fisiología femenina.

Me detuve en mitad del pasillo. No debería haberle hecho caso, pero aquel día no estaba de humor para sus chorradas.

—¿No se te ocurre nada mejor? —le escupí.

Los tres se detuvieron, y todos se dieron media vuelta menos Levi, que farfulló algo de que pasaran de mí.

Keith esbozó una sonrisilla impertinente.

—Oh, se me ocurren cosas mucho mejores, pero no creo que pudieras soportarlas.

Keith estaba acostumbrado a hacer lo que le venía en gana. Y, en aquel momento, me apeteció sacarlo de sus casillas. Quería que alguien que no fuera yo se sintiera rechazado, para variar.

—No creo que me afectasen lo más mínimo, Keith, créeme, teniendo en cuenta que lo único que sabes de las mujeres es lo que te enseñan en clase de Ciencias de la Salud. Ponme a prueba.

Tim soltó ese «uh» que lanzan los chicos para incitar a otro a aceptar un desafío.

—¡Toma esa! —se rio.

Levi permaneció inmóvil.

A Keith no le hizo tanta gracia.

—En serio, Macallan, en términos de inteligencia, no me llegas ni a la suela del zapato.

Menuda ridiculez.

Su expresión de suficiencia me puso furiosa. Me había arrebatado a Levi, y esta vez no se lo pondría fácil.

Me incliné hacia él.

—Tú sabes que una «S» en un examen no significa «simpático», ¿verdad?

Keith me miró de arriba abajo. Acto seguido, una sonrisa se extendió por su rostro, como si se le acabara de ocurrir la réplica que estaba buscando. Sin embargo, nada de lo que hiciera Keith podía afectarme. Ni en plan de ligue, ni en una discusión, jamás.

—Pues claro —ronroneó—. Yo no soy medio retrasado.

Durante un instante, me quedé estupefacta.

Luego me acerqué unos pasos. Levi retrocedió.

—Perdona, ¿te importaría repetir lo que has dicho?

Estaba convencida de que ni siquiera Keith caería tan bajo.

Dobló los brazos hacia los hombros y dejó las manos colgando. Unió las piernas por las rodillas y empezó a andar como si tuviera una discapacidad.

—No lo sé. ¿Qué quiere decir «repetir»?

Sin saber siquiera lo que estaba haciendo, empujé a Keith. Con fuerza. Él retrocedió medio paso. Luego se rio. Lo cual me sulfuró aún más.

—Macallan —Levi me cogió del brazo—. Tranquilízate.

Le di un empujón.

—No. No voy a tranquilizarme. ¿Y tú te vas a quedar ahí como si nada mientras este se burla de mi tío que, por cierto, te tiene mucho cariño? ¿Que es incapaz de decir nada malo de nadie? ¿Que desde luego nunca sería tan cruel como para mofarse de otra persona?

Se me había quebrado la voz. Noté que empezaba a temblar con todo el cuerpo.

—Por Dios —Keith parecía impresionado—. Perdona, Macallan. Pensaba que sabías encajar las bromas.

—¿Te parece gracioso? —le espeté con desprecio. No quería llorar delante de Keith. No podía dejar que supiese hasta qué punto me habían afectado sus palabras—. Eres patético. Me muero por verte dentro de diez años, cuando te enfrentes a la realidad de la vida más allá de estas cuatro paredes.

Adoptó una expresión tan despectiva como mi tono de voz.

—Te crees muy dura, ¿verdad? Vas por ahí como si fueras superior al resto de la humanidad. Pero te diré una cosa. Solo porque tu madre haya muerto no tienes derecho a portarte como una zorra.

Una rabia indescriptible, que llevaba años sin sentir, se apoderó de mí. Aunque me daba cuenta de que Keith ya se estaba arrepintiendo de lo que había dicho, era demasiado tarde. Que dijera lo que quisiera

de mí, pero ¿cómo se atrevía a nombrar a mi madre?

Quería cerrarle la boca. Y lo hice del único modo que sabía.

No tuvo la misma suerte que Levi. En su caso, no le besé.

Cerré el puño y se lo estampé en los morros.

Keith, el superatleta, cayó de culo.

Me erguí sobre él.

—Como vuelvas a decir una sola palabra sobre mí o sobre mi familia, no seré tan delicada.

Me di media vuelta y choqué de bruces con el señor Matthews, el profesor de Educación Física.

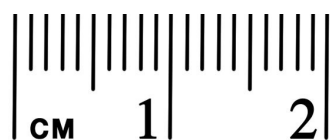
—Señorita Dietz, tendrá que acompañarme a mi despacho, y eso va por los caballeros también.

—¡Ha sido ella! —gritó Keith.

—Ya basta, señor Simon —el señor Matthews se interpuso entre ambos—. No crea que no he oído lo que le ha dicho.

Los cuatro seguimos al profesor a su despacho. Nos llevaron a dos salas distintas. Sabía que me había metido en un buen lío. Era consciente de que mi impecable expediente académico corría peligro. Sin embargo, me daba igual. Estaba furiosa. Enfadada con el mundo. ¿Y cómo no estarlo? Me habían arrebatado a la persona más importante de mi vida sin ninguna explicación. Muchas otras veces sacaba fuerzas de flaqueza. A menudo conseguía fingir que todo iba bien.

Hay ocasiones, sin embargo, en que una chica necesita a su madre.



Esperé en el despacho de la directora durante lo que me pareció una eternidad. Tuve todo ese tiempo para replantearme mi comportamiento. Recordé que una vez, cuando iba a primero, me enfadé con un niño de cuarto que siempre se metía conmigo durante el recreo. Me insultaba y a veces me tiraba palos.

Por fin se lo conté a mi madre. Le dije que lo odiaba y que la próxima vez le daría un puñetazo en la cara.

Mi madre me respondió que no debía golpear a nadie, porque la violencia nunca es la solución. Cuando pegas a alguien, le estás demostrando que te importa lo que opina de ti. Y que una no debía darle tanto poder a nadie.

Sin embargo, no era con Keith con quien estaba enfadada. No era él quien me importaba.

La puerta se abrió por fin y apareció mi padre. Me sentí enormemente culpable de haberle obligado a acudir al instituto. No quería ser la causa de una de esas horribles llamadas.

—Eh, Calley —me dijo con suavidad. Solo me llamaba así cuando estaba preocupado por su «niñita».

La directora Boockmeier le pidió por gestos que se sentara. Yo no podía ni mirar a mi padre, de tanto que me horrorizaba mi propio comportamiento.

—Bueno, he informado a tu padre de lo sucedido. Parece ser que la versión de Levi y la de Tim coinciden. El relato de Keith ha sido más dramático —la directora Boockmeier frunció los labios, como si se aguantara la risa—. Aunque entiendo que te han provocado, lo que te ha dicho Keith, por desafortunado que fuera, no justifica tu reacción. Nuestra política en relación a cualquier tipo de violencia es muy estricta, y tú le has golpeado. Quedas expulsada el resto de la semana y tendrás que quedarte después de las clases durante dos semanas más. Si no se producen más incidentes, no mencionaremos esto en tu expediente.

Estaba tan sorprendida como aliviada. Era la semana de Acción de Gracias, así que solo faltaría dos

días a clase. Y, con un poco de suerte, mi expediente no se echaría a perder.

Me levanté rápidamente y seguí a mi padre al exterior. Él guardó silencio durante todo el trayecto de vuelta a casa. Yo me miraba la mano derecha. La tenía hinchada y algo enrojecida.

El coche se detuvo y mi padre apagó el motor. Alcé la vista y descubrí que estábamos en el aparcamiento de Culver's.

—¿Qué...? —musité.

Mi padre se volvió a mirarme con lágrimas en los ojos.

—No puedo decir que haya dado saltos de alegría al recibir esa llamada, Macallan, pero luego la directora Boockmeier y Levi me han contado lo sucedido y, bueno... Tu madre era una de las personas más buenas sobre la faz de la Tierra. No le habría hecho daño ni a una mosca.

Estaba a punto de echarme a llorar. Le había fallado a mi padre y, lo que era peor, también a mi madre.

—Pero —posó la mano sobre la mía— jamás habría tolerado que nadie se metiera con su familia. Eso no le habría sentado nada bien. Tu madre habría hecho lo mismo que tú, cariño. Cada día que pasa me recuerdas más a ella. Y aunque lamento no poder ayudarte tanto como ella lo habría hecho, estoy orgulloso de ti. Y ella también lo estaría.

—¿De verdad? —ahora las lágrimas fluían a mares por mis mejillas.

—Claro que sí —mi padre me apretó la mano con fuerza—. Y sé que ella te está mirando ahora, seguramente riéndose por lo bajo y lamentando no poder estar aquí contigo. Ella habría querido que te invitara a una crema por actuar con decisión y plantar cara en nombre de tu tío y en el tuyo.

Me imaginé a mi madre tal como la describía y supe que tenía razón. Ella jamás habría tolerado que alguien se burlara de Adam. Una de las cosas que más le gustó a mi padre de ella cuando empezaron a salir fue que nunca sobreprotegió a Adam. Trataba a su hermano pequeño como a todo el mundo. No le habría permitido a nadie hablar de Adam o de mí en ese tono.

—¿Es una sonrisa lo que veo? —preguntó mi padre.

Asentí.

—Tienes razón. Sé que mamá estaría orgullosa. Estaría orgullosa de los dos, papá —mi comentario le sorprendió, pero es que yo no era la única que había perdido a alguien—. Vamos a pedir esa crema.

Lo lamento muchísimo, Macallan. Me siento fatal por lo que pasó. Debería haber intervenido. Debería haber sido yo el que le atizó en los morros. No me puedo creer que fuera tan memo. Es un milagro que vuelvas a hablarme, de verdad. Y doy gracias de no haberme cruzado nunca con tu gancho derecho.

Lo siento mucho. No debería bromear con eso.

Soy un idiota.

Que me cuelguen si no merezco un puñetazo en la cara.

Lo siento mucho.

Corramos un tupido velo.

CAPÍTULO CATORCE

Tenía que ordenar mis ideas. Así que hice lo único que siempre me ayuda a sentirme mejor.

Correr.

Como la temporada de fútbol había terminado, no tenía que preocuparme por correr demasiado o por quemar calorías de más. No tenía que pensar en ganar peso. Ni en nada.

Me bastaba con correr.

Reconozco que atrapar el balón y oír los aplausos fue alucinante. Entiendo que la gente se quede enganchada de momentos así. Que quieras revivir una y otra vez esa fracción de segundo en la que te sientes invencible.

Mi padre tiene un amigo de la época del instituto que siempre le obliga a narrar la historia de cierto partido de béisbol. Cada vez que ese tipo viene a casa, la cuenta. Y los demás nos quedamos allí escuchando, como si no la hubiéramos oído ya un millón de veces. Antes me parecía patético que alguien volviera la vista una y otra vez hacia un único partido, hacia una jugada, y la considerase el momento más importante de su vida.

Ahora lo entiendo.

Yo era el machote. El héroe. El jugador más valioso del equipo. Lo único que tuve que hacer fue atrapar un balón. Un balón que Jacob me había lanzado con la máxima precisión. ¿Recibió él los elogios que merecía? No tantos como yo.

Allí estaba yo, en pleno subidón de ego, cuando Macallan tuvo que venir a arruinarme la fiesta.

¿Y qué hizo el machote, el héroe, el jugador más valioso del equipo? Se quedó allí, aterrorizado, sin mover un dedo.

No hizo nada de nada.

Me tocó relatar lo sucedido no solo a la directora sino también al padre de Macallan. Parecía preocupadísimo cuando llegó al insti. Luego tuvo que escuchar lo valiente que había sido su hija.

Mientras yo estaba allí sin intervenir.

Me tocó repetir las horribles palabras que Keith había pronunciado.

Mientras yo lo escuchaba todo de brazos cruzados.

Jamás en la vida me he sentido tan fracasado.

Antes de pensar siquiera adónde me dirigía, acabé en el parque Riverside. Había corrido tan deprisa que veía salir mi propio aliento en forma de breves vaharadas. Caminé un poco para tranquilizarme, aunque el frío ya me estaba causando ese efecto.

Por lo general, no suelo forzarme tanto a principios del invierno, pero necesitaba poner distancia con lo sucedido el día anterior.

Había echado a andar hacia los columpios cuando divisé a alguien haciendo estiramientos en la zona de las mesas de picnic. Me detuve en seco cuando reconocí a Macallan. Había apoyado la pierna derecha en la mesa y se inclinaba sobre sí misma para estirar los tendones.

Fui presa de la confusión. ¿Debía acercarme a ella o marcharme antes de que me viera?

Decidí aproximarme. Ya iba siendo hora de que me comportara como el tío duro que había fingido ser a lo largo de la semana pasada. O, para ser más exactos, de los meses pasados.

—Eh —la saludé.

Ella se dio media vuelta, sobresaltada.

—Ah, hola.

Se quedó quieta un momento antes de volver a lo suyo.

—¿Empiezas ahora?

—No, he terminado.

Yo ya lo sabía. Conocía sus costumbres. Le gustaba correr a solas. La ayudaba a despejar la mente. No necesitaba el aplauso de un equipo o de toda una multitud para hacer lo que le gustaba.

Titubeé. Quería arreglar las cosas entre nosotros, pero no estaba seguro de a qué precio. Así que empecé por hacer lo que debería haber hecho meses atrás: disculparme.

—Mira, Macallan...

Me interrumpió.

—No quiero hablar de eso.

—Es un capullo —le aseguré.

Esbozó una sonrisilla irónica.

—Es tu mejor amigo.

Quise decirle: «No, tú eres mi mejor amiga». Sin embargo, yo no me había comportado como un amigo últimamente, y mucho menos como su mejor amigo.

Abrí la boca con la intención de decir algo que disipase la tensión que flotaba entre nosotros. Solo me salió:

—Nos vemos en Acción de Gracias.

«¿Nos vemos en Acción de Gracias?». Debería haberle pedido que me atizara un puñetazo allí mismo. A lo mejor así me inculcaba algo de sentido común.

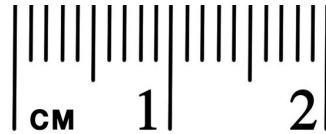
—Sí —empezó a alejarse.

—Eh, Macallan —la llamé—. ¿Aún te apetece que vayamos?

Dudó un instante.

—Claro.

Aunque la vacilación solo duró un par de segundos, bastó para que comprendiera la gravedad de los daños.



Mis padres me dejaron que los llevara a la fiesta de Acción de Gracias en mi coche nuevo. En circunstancias normales, esta responsabilidad me habría emocionado, pero estaba nervioso. Por primera vez desde que conocía a los Dietz, no tenía nada claro cómo debía comportarme. Quería esforzarme a tope para asegurarme de que Macallan se lo pasara en grande. No hacer o decir nada que la disgustara.

Adam abrió la puerta con una sonrisa inmensa en el rostro.

—¡Feliz Acción de Gracias!

El sentimiento de culpa me atravesó como un puñal cuando recordé las palabras de Keith.

Todos nos felicitamos las fiestas mientras mis padres y yo dejábamos los abrigo y los regalos. Habíamos llevado un centro de mesa, pastel de calabaza, gambas para picar y bebidas para los adultos.

El delicioso aroma de las fiestas nos inundó cuando entramos en el salón.

Mi madre dejó el cóctel de gambas en la mesita baja, junto a los aperitivos que había preparado Macallan: nueces pecanas especiadas,

rollitos de beicon y, para mi infinita alegría, bola de queso.

—¡Sí! —me senté y cogí una galleta salada.

—¡Deja algo para los demás!

Adam me empujó suavemente cuando los dos empezamos a servirnos. Si Acción de Gracias cayera en verano, no me costaría nada engordar un poco durante la temporada de fútbol.

—¡Macallan! —mi madre la saludó con un enorme abrazo cuando ella entró en el salón—. Todo esto tiene una pinta deliciosa. ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada, de verdad —echó un vistazo al reloj—. No tengo que preocuparme por nada durante al menos treinta minutos.

—¿No quieres que te releve con el pavo? —se ofreció mi madre.

—El pavo está listo. Lo preparé ayer —Macallan se llevó un rollito de beicon a la boca—. La última vez hice un pavo relleno creativo.

Este año quería preparar la receta de mi tía Janet. Ayer asé el pavo, y lo he tenido marinándose en salsa de carne toda la noche.

—Está riquísimo —aseguró Adam mientras me quitaba el cuchillo para servirse más bola de queso.

—No os la comáis toda, que he preparado un montón de platos: relleno, arroz salvaje, macarrones con queso, cazuela de boniato, zanahorias glaseadas... Creo que hay ensalada por alguna parte. Pero no estoy segura, ¡hoy es fiesta!

—Todo suena delicioso —mi madre frotó el brazo de Macallan—. Estás guapísima, cielo —era verdad. Se había puesto el vestido verde que tanto resalta el rojo de su cabello—. Te hemos echado de menos. Levi no para de decirnos lo ocupada que estás.

La pasta de queso se me atragantó. Ser pillado en una mentira no era el mejor modo de empezar la velada. Me había propuesto que la cena fuera tan divertida como las que compartíamos antes, aunque mi mera presencia bastara para arruinarla.

Escudriñé el rostro de Macallan para averiguar si iba a revelar que yo había recurrido a mil excusas para explicar por qué ya nunca pasaba por casa. Por qué ya no podíamos celebrar las cenas del domingo. Que si Macallan tenía que hacer tal cosa con sus compañeros de cocina, que si había quedado con la gente del cole para tal otra...

Ahora bien, la verdadera razón de su ausencia había sido mi egoísmo. No quería que nada me impidiera pasar tiempo con los chicos. Me molestaba depender tanto de Macallan. Como si ella fuera una especie de lastre. Sin embargo, el único culpable era mi ego, esa inseguridad mía que me inducía a querer encajar a toda costa.

Macallan sonrió.

—Sí, estos meses han sido una locura.

Cogió un puñado de pecanas y se encaminó a la cocina.

—Voy a ver si necesita ayuda —dije a la vez que me levantaba.

Hice oídos sordos al comentario sarcástico de mi padre, pues todos sabían muy bien que la única ayuda que puedo ofrecer en la cocina es mantenerme alejado.

Macallan estaba lavando una olla, de espaldas a mí. Por sus movimientos, no pude adivinar si se había enfadado.

—¿Puedo hacer algo? —me ofrecí.

Sus hombros se crisparon.

—No, gracias.

—¿Estás segura?

Me coloqué a un lado del fregadero y cogí un paño.

—Como quieras —me tendió la olla mojada.

Macallan se dio impulso para sentarse en la isla de la cocina mientras yo empezaba a secar el cacharro.

—¿Has invitado a Stacey a tomar los postres? —me preguntó.

Cuando mi madre había llamado a Macallan para preguntarle qué podía llevar, ella le había sugerido que invitara a Stacey a pasarse cuando su propia cena familiar hubiera terminado.

—No. He pensado que estaríamos mejor solo los de la familia —titubeé—. Si te soy sincero, no sé si seguiré con ella mucho más tiempo.

Era verdad. Aunque Stacey me gustaba, estaba con ella sobre todo porque me hacía ilusión salir con una animadora. Era lo que hacían casi todos los deportistas del instituto. Lo que hacía Keith. Además, pensaba que tener novia me ayudaría a mantener a raya mis sentimientos por Macallan. Y eso no era justo para Stacey. Ni para mí.

—Qué pena —replicó Macallan.

Su rostro no reflejó emoción alguna. Yo no sabía si de verdad lo lamentaba o lo había dicho con sorna. Normalmente identificaba al momento sus sarcasmos, casi siempre a mi costa.

Una sonrisa bailó en mis labios mientras recordaba algunos de nuestros duelos verbales más sonados. Los chicos nos creemos muy cínicos, pero Macallan nos gana a todos en ingenio y reflejos.

Me miró extrañada.

—¿Sonríes porque tu relación se ha acabado?

—No, no —no quería darle aún más motivos para consolidar la pobre opinión que tenía de mí—. Es que me estaba acordando de aquella vez que fuimos a un partido de los Brewers...

—Y se te cayó la salchicha al suelo —terminó.

—Sí, y a ti no se te olvidará nunca porque...

—¡Te la comiste igualmente!

—Sí —dije en un tono más alto de la cuenta, sobre todo porque me emocionaba que se acordase de los momentos divertidos que habíamos compartido—. Pero...

—No hay «peros» que valgan. Fue asqueroso.

—Solo estuvo...

—Cinco segundos en el suelo.

Adoptó un tono grave para repetir la excusa que yo había dado una y otra vez aquel día. Siempre ponía aquella voz cuando me imitaba. Por lo general me daba rabia que lo hiciese, pero ahora me sonaba a música celestial.

—Recuerda que aún no le había añadido nada.

—Por desgracia, porque si lo hubieras hecho podrías haber retirado el ketchup, como mínimo.

—Sí, pero te habrías metido conmigo de todas formas.

—Porque fue asqueroso —lo dijo muy despacio, como si hablara con un niño pequeño.

Me eché a reír. Durante todo aquel partido, cada vez que pasaba algo (como que los Brewers fallaban o el otro equipo marcaba), Macallan se inclinaba hacia delante y decía: «Eh, puede que vayan perdiendo, pero al menos no se han comido una salchicha pringada». O: «Jo, eso se les habrá atragantado, aunque no tanto como una salchicha sucia».

Macallan me escudriñó:

—Bueno, ¿y qué?

—¿Qué de qué?

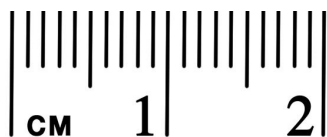
Fruñó la nariz.

—¿Qué me dices de aquel partido?

—Ah, eso —repuse, decepcionado—. Fue divertido.

—Sí —asintió ella. Sonó el temporizador del horno—. Bueno, tendré que pedirte que te vayas. Yo no sirvo comida pringada, y con la suerte que tienes...

No terminó la frase, pero me alegré de que se hubiera metido conmigo. Macallan no pierde tiempo ni hace comentarios mordaces con personas que no le importan.



Bien pensado, el hecho de que Macallan fuera mi mejor amiga me preparó para todas las pullas que se intercambian en un vestuario. Y en la sala de pesas.

—¿Llamas a eso una repetición? —chinchó Keith a Tim, que levantaba pesas en la banca una semana después de Acción de Gracias.

Tim se incorporó y se sentó a mi lado en la esterilla que yo había extendido para hacer levantamientos de piernas.

—Te voy a enseñar cómo se hace.

Keith se tendió en la banca y se puso a subir y a bajar las pesas sin apenas esfuerzo.

—Claro, colega, tú solo pesas veinte kilos más que yo —le recordó Tim.

—Qué le voy a hacer, tronco, si a mí todo me luce más.

Yo seguí estirando mis extremidades inferiores en silencio. Tim se puso a hacer estiramientos también mientras me preguntaba:

—¿Te apuntas a unos cuantos suicidios en la cancha?

El tiempo refrescaba por momentos a medida que se acercaba la Navidad, así que habíamos optado por quedarnos dentro. Habíamos pasado por la sala de pesas que había sobre el gimnasio después de que Tim terminara el entrenamiento de baloncesto.

—Por mí vale.

Me levanté y cogí la toalla.

—Eso, largaos a otra parte, flacuchos, ya que no soportáis la presión —gruñó Keith mientras acababa la última serie.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —se rio Tim.

—Eh, que llevo un montón de rato haciendo pesas. Es que me reservo para los partidos.

—Excusas —lo pinché.

—¿Qué problema tienes, California? —Keith se levantó y caminó hacia mí—. Últimamente estás rarísimo.

Yo no estaba «rarísimo». Solo había dejado de reírle a Keith las bromas que no tenían gracia.

Keith prosiguió:

—Me parece que, ahora que has saboreado la buena vida, la echas en falta. Pero no te preocupes, el año pasará volando y muy pronto volveremos al campo. Este curso será alucinante. Te pondrán de titular, seguro, y seremos los amos. Ya lo creo que sí.

Me encogí de hombros. Sonaba bien, pero no sabía qué precio tendría que pagar. Por primera vez, no estaba seguro de que valiera la pena.

—Ya verás —Keith me tiró una botella de agua—. El atletismo te va a dejar frío. Pasarás de jugar delante de cientos de personas que gritan tu nombre a... ¿qué? ¿Cinco personas como máximo en las gradas?

Sí, pero las personas que más me importaban no se perdían una competición.

En aquel momento me di cuenta de que quizá Macallan no se dejara caer este año por las pistas. En el fondo, lo entendía, pero me había acostumbrado a que estuviera allí, animándome.

Siempre podía contar con ella cuando la necesitaba. Ojalá ella pudiera decir lo mismo de mí.

—Me parece que ya sé de qué va todo esto —Keith se sentó y me ordenó por gestos que me acomodara en el banco de enfrente. Yo obedecí porque siempre lo había hecho—. Mira, siento lo que pasó con tu chavala.

—Macallan —le corregí.

—Macallan —suspiró al decir el nombre—. Me he disculpado con ella, aunque estoy seguro de que no me tomó en serio. Prácticamente le supliqué a Boockmeier que no la expulsara. Me pasé con ella, ya lo sé. No sé qué tiene esa chica, pero me saca de mis casillas. Es como si le diera igual lo que piensen de ella.

No, respondí mentalmente. *Solo le da igual lo que tú pienses de ella.*

—Bah —Keith se quedó pensativo un momento y luego se palmeó las rodillas—. Chicas, ya sabes.

No, yo no sabía. Era obvio que no tenía ni idea.

Sin embargo, no dije nada. Me quedé allí en silencio hasta que bajamos al gimnasio y empezamos a correr suicidios.

Tim y yo nos colocamos en la línea de base, bajo la canasta. Keith sacó el cronómetro y marcó la salida. Corrí a la línea de tiro libre, luego de vuelta a la base, después al centro del campo, otra vez a la línea de base, a la línea de tiro libre del otro extremo y de vuelta a la base. Estaba deseando recorrer la pista entera. Era lo que se me daba mejor. Solo le llevaba unas zancadas de ventaja a Tim, pero le sacaría más cuando empezáramos a recorrer tramos largos.

No oía lo que gritaba Keith. Estaba concentrado en la meta siguiente, en el próximo punto que debía tocar antes de girar y echar a correr otra vez.

Sabía que Tim avanzaba exhausto hacia la línea de base opuesta. Lo único que tenía que hacer era pivotar y correr de vuelta. Me incliné para tocar la línea de base pero, al girar, se me clavó el gemelo y me torcí la pierna. Noté un crujido y, sin saber lo que estaba pasando, me venció mi propio peso y me desplomé en la cancha. Un dolor insoportable me recorrió el cuerpo desde la rodilla. Me la cogí y grité.

Sujetándome la pierna, me mecía adelante y atrás.

—¡No te muevas, Levi! —Keith se arrodilló a mi lado—. Intenta relajarte. Tim ha ido a buscar al entrenador.

Yo no podía estar quieto. Me dolía demasiado para quedarme allí tendido. Empecé a temblar.

Algo iba mal.

Algo iba muy, muy mal.

¿Qué problema tenéis los chicos, que siempre estáis compitiendo, ya sea en la banca o corriendo?
¿Por qué lo convertís todo en un concurso?

No sé... ¿testosterona?

Siempre ponéis esa excusa para todo.

¿Ah, sí? ¿Y cuela?

No.

Vale. ¿Y qué me dices de las chicas?

¿De las chicas? Pues que somos el género superior, obviamente.

Ya, y tú no estás siendo parcial ahora mismo.

Pues claro que no. Las mujeres somos racionales y ecuánimes por naturaleza.

¿Eso lo estás diciendo en serio?

¿Tú qué crees?

Ya sabes que a veces no sé si hablas en serio.

Es uno de los defectos de los hombres.

Ya, como las chicas nunca enviáis mensajes confusos...

Tienes toda la razón, eso que quede claro.

No sé ni por qué me esfuerzo.

¿Lo ves? Los chicos enseguida tiráis la toalla.

No es verdad.

En serio, ¿tengo que recordarte por qué estamos hablando siquiera? ¿Quién fue la más madura de los dos?

Ugh. Tienes razón.

Ya lo sé.

Chicas.

Sí, somos alucinantes por naturaleza.

CAPÍTULO QUINCE

Por fin me enfrentaba cara a cara con mi peor enemigo. Y esta vez estaba decidida a salir victoriosa.

Saqué el molde del horno con mucho cuidado. El suflé se había hinchado y, a primera vista, tenía la consistencia adecuada. Sosteniéndolo con las dos manos, me acerqué despacio al lugar donde mi padre estaba sentado.

—Parece perfecto —comentó cuando lo dejé sobre la mesa.

—Pruébalo —le ordené.

Era la cuarta vez que intentaba preparar un suflé. Los dos primeros no se habían inflado; por lo visto, no había batido las claras de huevo lo suficiente. La tercera vez, lo saqué del horno demasiado pronto y se hundió antes de que lo depositara siquiera sobre el mármol.

Sonriendo, mi padre hincó el tenedor. Mi incliné hacia delante mientras lo probaba.

Mi teléfono empezó a sonar, pero dejé que respondiera el contestador.

—Qué bueno —dijo mi padre con la boca llena. Tomó otro enorme bocado.

Cuando sonó su teléfono, ambos lo miramos fijamente.

—¿Quién es? —pregunté, temiendo que le hubiera pasado algo al tío Adam. Miré la pantalla de mi teléfono y, justo cuando mi padre me informaba de que era la madre de Levi, vi que tenía una llamada suya.

—¿Sí? —respondió mi padre. Frunció el ceño—. Oh, no. ¿Qué ha pasado?

Se me hizo un nudo en el estómago. Intenté deducir lo que pasaba a partir de los «oh, no» y «claro» de mi padre. Por fin, dijo:

—Ahora mismo vamos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Levi se ha desgarrado el ligamento cruzado mientras entrenaba —mi padre meneó la cabeza—. Acaban de llegar del hospital y se encuentra muy mal. Pobrecillo. Tenemos que ir ahora mismo.

—Oh —Levi nunca se saltaba el calentamiento ni se forzaba demasiado. No me podía creer que se hubiera hecho daño. Y aquella lesión era de las que tardan en curarse—. ¿Tiene que hacer reposo?

—Sí, pero ha preguntado por ti.

Mi padre se levantó y cogió las llaves de casa.

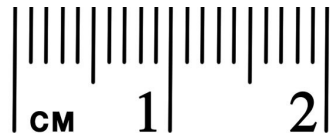
—¿De verdad?

Se volvió a mirarme.

—Pues claro, Macallan. Eres su mejor amiga.

Negó con la cabeza como si yo estuviera desvariando. Yo aún no había reaccionado cuando él ya estaba en el garaje. Saqué rápidamente una bolsa de brownies del congelador para ofrecérselos a Levi. Mi madre siempre decía que es de buena educación llevar algo cuando vas de visita. Hacía tanto tiempo que no pisaba su casa que me sentía una invitada.

Menos mal que era su mejor amiga...



El padre de Levi parecía agotado cuando abrió la puerta.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —me abrazó con fuerza—. Eres la primera persona por la que ha preguntado.

Estuve a punto de dar las gracias, pero me di cuenta de que quizá no fuese la respuesta más adecuada. Así que decidí preguntar qué tal estaba Levi.

El doctor Rodgers suspiró, con la preocupación grabada en el semblante.

—Muy disgustado, claro. Volveremos a examinarlo dentro de una semana, pero es probable que haya que operarlo. El desgarró del ligamento anterior... —se mordió la lengua—. Lo siento, estoy hablando como un médico. Básicamente, tendrá que hacer reposo durante una buena temporada. La recuperación dura varios meses. No volverá a estar en plena forma hasta seis meses después de la cirugía, como mínimo.

Hice cálculos mentales. Se perdería el campeonato de primavera y no era seguro que pudiera jugar al fútbol el próximo año. Con lo mucho que necesitaba pertenecer a un equipo para sentirse seguro de sí mismo... Por lo menos, si todo iba bien, estaría recuperado para las últimas carreras de Secundaria.

Entramos en la cocina y vi a la señora Rodgers sentada a la mesa con Keith y Tim. Keith me sonrió, pero se quedó helado cuando vio a mi padre.

—Qué tal, chicos —dije yo para despejar el ambiente.

A mi lado, mi padre guardó silencio.

—No pasa nada —le susurré.

Yo ya había demostrado que sabía manejar a Ketih. Si alguien debía tener miedo, era él.

Keith se levantó, incómodo.

—Ha sido una caída muy mala —comentó. Tim asintió—. Y te lo juro, Macallan, yo no he tenido la culpa.

—¿Y por qué iba a echarle la culpa? —le pregunté, aunque reconozco que la idea había cruzado mi pensamiento.

Él soltó un ligero gruñido.

—Bueno, está claro que no te caigo bien.

—¿Y qué te hace pensar eso? —repliqué en tono irónico.

—Macallan —nos interrumpió el padre de Levi—. Está arriba y quiere verte.

Subí las escaleras despacio, sin saber lo que me esperaba en la habitación de Levi. Aunque la puerta estaba abierta, llamé.

Encontré a Levi sentado en la cama, con la pierna vendada, apoyada en alto. Tenía una bolsa de hielo sobre la rodilla.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, aunque su cara hablaba por él.

—La he cagado bien —echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Todo se arreglará —cogí la silla del escritorio para acercarla a la cama—. Siempre se aprende de estas cosas.

—Seis meses. Como mínimo —su tono de voz era de pura incredulidad. Me miró la mano—. ¿Qué es eso?

Señaló la bolsa de brownies. Yo ni me acordaba de que los había llevado. Los aferraba como si me fuera la vida en ello.

—Eh... ¿Te apetece un brownie? Aún se están descongelando.

Jamás en toda mi vida me había sentido tan idiota.

Se rio.

—Me alegro de comprobar que algunas cosas nunca cambian.

Hizo un gesto de dolor y yo di un bote.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Me aterrorizaba que le pasara algo estando yo a su cuidado.

—No —se miró la pierna—. Bueno, necesito muchas cosas. ¿No tendrás un ligamento cruzado anterior de sobra, por casualidad?

Fue un alivio descubrir que aún le quedaban ganas de hacer bromas. Aquello no tenía ninguna gracia, la verdad, pero era un descanso saber que no estaba tan hundido como para haber perdido el sentido del humor.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Yo no sabía qué decirle y, sinceramente, llevaba meses esperando que se disculpara. Estuve a punto de soltarle allí mismo que bastaría con que me pidiera perdón de corazón, pero sabía que no era el momento.

Se estaba haciendo tarde y, más por romper el silencio que por otra cosa, me levanté.

—Supongo que querrás...

Me cogió del brazo.

—Perdóname, Macallan.

Yo tenía pensado recitarle mi lista de agravios para luego recordarle de cuántas formas distintas lo había apoyado. Exponerle lo mucho que me habían dolido sus palabras y sus actos. Lo mal que lo había pasado. Sin embargo, no hizo falta.

Él ya lo sabía.

Así que dije lo que ambos necesitábamos oír.

—No pasa nada.

Me incliné hacia él y le besé en la frente.

—Sí que pasa —repuso él—. Lo que te hice...

Lo interrumpí.

—Lo sé y ya te has disculpado. Y yo también lo siento. Lo que necesitamos es volver al punto donde estábamos antes.

—Eso es lo que quiero —me sonrió. Con aquella sonrisa suya que yo llevaba meses sin ver—. Ya sabes que no te merezco.

—Desde luego que lo sé.

Le hice un guiño, me di media vuelta y bajé. Tenía la sensación de que todo iría bien entre nosotros.

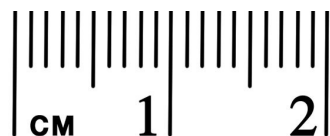
Ambos habíamos cometido errores y nos habíamos negado a dar nuestro brazo a torcer, pero debíamos seguir adelante, bien cerca el uno del otro.

—¡Eh! —la cara de mi padre se iluminó cuando me vio—. Estás sonriendo. Eso significa que todo va

bien allí arriba.

Sabía que, dadas las circunstancias, debería haber sido más discreta, pero no pude evitarlo.

Levi volvía a formar parte de mi vida.



Dos semanas antes de Navidad, yo estaba más ocupada que nunca.

Además de estudiar para los exámenes, comprar regalos y hacer de canguro para poder pagar las compras, tenía que cuidar de Levi en el instituto. Me dieron las llaves de su coche para que pudiera ayudar a su madre a llevarlo al instituto y traerlo de vuelta. También cargaba con sus libros, lo cual le daba aún más rabia que las muletas que iba a necesitar hasta que lo operasen, dos días después de Año Nuevo.

Keith, Tim y los demás nos echaron una mano durante los primeros días, pero o bien superaron el sentimiento de culpa o bien la idea de ayudar a su colega perdió encanto, porque de repente desaparecieron del mapa. Eso sí, animaban a «California» cuando aparecía renqueando por el pasillo, pero su apoyo se limitaba a eso.

Stacey y las animadoras, por supuesto, estaban más que dispuestas a colaborar. Nada como hacer de Florence Nightingale para alimentar fantasías románticas.

Por desgracia, Levi no era un paciente lo que se dice agradecido. Le daba rabia pedir ayuda a los chicos y no quería que las chicas lo compadecieran. Le molestaba, sobre todo, que su madre lo llevara al instituto; decía que se sentía como un alumno de primero.

En fin, que solo quedaba yo. Estoy segura de que no le hacía ninguna gracia tener que depender de mí, pero yo me armaba de paciencia. La sangre no llegaba al río.

—Ya lo hago yo —me dijo un día antes de comer, cuando me disponía a abrirle la taquilla.

—Adelante.

Retrocedí y me limité a observar cómo él hacía equilibrios sobre una pierna y sujetaba a duras penas las muletas para poder abrir la taquilla. Cuando lo consiguió, tuvo que saltar hacia atrás para hacerle sitio a la puerta. Se le cayó una muleta cuando intentaba coger la bolsa del almuerzo.

Por suerte, yo ya me lo temía y la atrapé antes de que tocase el suelo.

—Mira, si quieres te preparo la comida y te la traigo. A mí no me cuesta nada —me ofrecí.

—Yo puedo hacerlo —rezongó.

Le tomé el pelo:

—Ay, pobrecito, mira que ofrecerme a prepararte el almuerzo. Con lo poco que te gusta mi cocina...

Danielle se acercó en aquel momento.

—¿Cómo? ¿Te estás ofreciendo a cocinar? ¿Y qué hay que hacer para conseguir una ensalada de pollo?

—Lesiónate —le espetó Levi.

Miré a Danielle, negando con la cabeza.

—Tiene un mal día.

—No hables de mí como si no estuviera delante —gruñó Levi.

—Venga —le cogí la bolsa del almuerzo y los tres nos encaminamos a la cafetería—. Sí estás de tan mal humor, a lo mejor prefieres sentarte solo.

—Lo siento —repuso con voz queda—. No quería portarme como un...

Yo fui tan amable de terminar la frase por él.

—Broncas. Desagradecido. Amargado. Un grano en el culo.

—Sí —una sonrisa empezó a iluminar su cara—. Todo eso y más.

Le dejé el almuerzo en la mesa, cogí las muletas y las apoyé contra la pared.

—Al menos lo reconoces. Y, también, espero, eres consciente de lo alucinante que soy yo.

—Desde luego —sonrió mientras sacaba su fiambarrera—. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Pues no lo sé, la verdad —apoyé la barbilla en la mano—. ¿Cómo has podido?

Danielle gimió.

—No me puedo creer lo deprisa que habéis vuelto a encajar. Es casi enfermizo, de verdad.

—Es que Levi necesita que le recuerde constantemente lo mucho que depende de mí.

Sabía que a Levi no le hacía ninguna gracia que insistiese en ello, aunque fuera verdad. Solo le estaba tomando el pelo porque tenía la sensación de que él se sentía mejor cuando lo hacía.

Típico de los chicos.

—¿Y qué planes tenéis para las vacaciones? —preguntó Danielle.

Solo faltaban unos días para Navidad.

—Yo tengo pensado hacer el vago y ponerme las botas.

Estaba agotada de tanto estudiar y llevar a Levi de acá para allá. Me moría de ganas de pasarme diez días sin hacer nada aparte de mirar la tele, leer y comer hasta reventar. Le había pedido a mi padre que me regalara unos libros de cocina y tenía pensado preparar sushi desde cero (de palitos de cangrejo, prefería no arriesgarme a sufrir una intoxicación de pescado crudo en Navidad).

—Ah, hacer el vago y ponerse las botas —Danielle sonrió—. Dos de mis expresiones favoritas.

Me volví a mirar a Levi.

—Has invitado a Stacey a pasar por casa en Nochevieja, ¿no?

Como Levi no estaba para muchas celebraciones, me había ofrecido a preparar una buena cena aquella noche. Danielle acudiría también, pero se marcharía temprano para asistir a la fiesta que organizaba la banda.

Asintió.

—Sí, aunque me sabría mal que se perdiera una buena juerga por mi culpa.

—¡Eh! —di un manotazo a la mesa—. Habla por ti. Yo me considero una buena juerga.

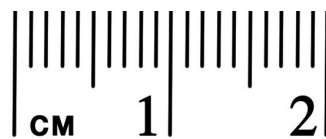
—Sí —asintió Danielle—. Lee las inscripciones de los lavabos de los chicos.

—Ja, ja, ja —la fulminé con la mirada.

Cada vez entendía menos la relación que tenía Levi con Stacey, de verdad. Pensaba que iban a romper, pero aún seguían juntos. Y era lógico. Ella era una de esas chicas guapísimas y entusiastas que siempre están sonriendo y haciendo cumplidos. A Levi le debía de resultar muy fácil estar con ella. No le creaba problemas. Y yo soy una experta en Levi y en problemas. Así que, sinceramente, no comprendía por qué Levi no quería pasar más tiempo con Stacey, por más que él dijera que lo hacía por ella. Daba la sensación de que siempre estuviera buscando excusas para no verla. ¿Y por qué demonios no quería celebrar con ella la Nochevieja? Al fin y al cabo, su historial de novias que le ponían los cuernos en fin de año era alarmante. Aunque no hacía falta que yo se lo recordase.

Había aprendido la lección. Ni en sueños volvería a meter las narices en las relaciones de Levi. Si él quería hablarme de ello, perfecto, pero yo no pensaba implicarme.

Cuando lo hacía, todo salía mal.



A pesar de la locura que la precedió, la Navidad transcurrió sin incidentes. Fue lo mejor que me pudo pasar.

Puesto que tanto Stacey como Danielle se marcharían pronto después de la cena para acudir a otras fiestas, todo indicaba que Levi y yo daríamos la bienvenida al nuevo año en un ambiente de absoluta tranquilidad.

Stacey llevaba un minivestido de fiesta y mallas negras con brillos plateados. También se había recogido el pelo con una cinta de color plata. Levi se había puesto vaqueros y una sudadera. Incluso Danielle, que había quedado con unos amigos después de cenar, llevaba falda. Yo hice un esfuerzo y me puse unos bonitos vaqueros oscuros con un top cruzado de lentejuelas moradas.

—¡Eh, Adam! —saludó Levi a mi tío, que estaba sentado en el sofá—. No sabía que tendríamos carabina. ¡Será mejor que devuelva el barril de cerveza!

Adam se rio.

—Venga ya.

—¡Me extraña que no hayas salido esta noche a romper corazones, Adam! —bromeó Levi.

Mi tío se sonrojó. Tenía muchísimo éxito con las damas; era un seductor.

—Cenará con nosotros y luego se irá —aclaré.

Por lo visto, todo el mundo tenía plan esa noche. Incluso mi padre se había ido a la fiesta que daban los Rodgers. A mí me habían invitado a un par de sitios, pero había rehusado. A Levi no le apetecía ir muy lejos en aquellas condiciones, pero tampoco quería quedarse en casa con todos los amigos de sus padres compadeciéndole. Lo iban a operar dentro de un par de días, así que, como es comprensible, estaba algo taciturno.

Los cinco nos acomodamos en la mesa del comedor. Aquella noche no me puse en plan creativo; no sabía qué tipo de cocina le gustaba a Stacey, y Levi no fue de gran ayuda. Preparé una clásica ensalada César, ñoquis de ricota con salsa al pesto y tortilla noruega de postre.

—¡Hala! —exclamó Stacey con la boca llena—. Está riquísimo.

Bueno, vale, a lo mejor quería impresionarla, solo un poquitín.

—Jo —me dijo Danielle, frotándose la barriga—, tendré que dejar de ser tu amiga si quiero que me quepa el vestido que me he comprado para el baile de invierno.

—Solo faltan seis semanas —le recordé.

—Ya, me he tomado un descanso —miró el trozo de tortilla noruega que la tentaba desde el centro de la mesa—. De momento, seguiré con el atracón. Ya me preocuparé por el baile el año que viene —miró el reloj—. Me quedan menos de cuatro horas.

—¿Ya sabes con quién irás? —le preguntó Stacey a Danielle.

Ella enarcó las cejas.

—Le he echado el ojo a un batería.

—Uy... —bromeé—. ¿No sabes lo que dicen de los baterías?

—Que tienen mucha marcha —replicó Danielle impertérrita.

—No —Levi me miró—. Dicen otra cosa. ¿Me la recuerdas, Macallan?

—Uy, que se dan autobombo para tener más éxito con las chicas —empecé.

Levi fue tan amable de continuar.

—Pues yo tengo la cabeza como un bombo y ninguna me hace caso. ¿Dónde están mis fans?

—Tú lo que tienes es una bombona por cabeza.

Levi remató el gag.

—Que me cuelguen si no estoy a punto de darme cabezazos contra la pared de tanto oídos.

Danielle nos miró de hito en hito.

—¿Alguien entiende una palabra de lo que dicen?

—Yo sí —replicamos Levi y yo a la vez.

Danielle miró a Stacey.

—Será mejor que nos larguemos antes de que sea yo la que empiece a darse cabezazos contra la pared.

Como es comprensible, Danielle y Stacey se marcharon a sus fiestas respectivas en vez de esperar la llegada del Año Nuevo con Levi y conmigo. Adam se quedó un rato para ayudarme con los platos, porque Levi tenía que dejar descansar la pierna. Mi tío me ayudó a llevarlo al sótano para que pudiera tumbarse en el sofá modular.

—¿Necesitas algo más? —me preguntó Adam.

—Creo que ya está.

Lo abracé con fuerza. Él entrechocó la palma con Levi y nos dejó solos.

—Bueno, ¿puedo hacer alguna otra cosa por ti? —le hice una reverencia como si fuera mi amo.

—Ya era hora de que me demostraras algo de respeto —me indicó por gestos que diera una vuelta sobre mí misma.

—Lo tienes claro.

—Por pedir no pierdo nada.

—Yo no tentaría la suerte.

Cogí un almohadón y fingí que lo golpeaba.

—No le harías daño a un hombre indefenso, ¿verdad? —hizo un puchero.

—No me conoces.

Se le iluminaron los ojos.

—La verdad es que sí. ¿Me puedes pasar mi bolsa?

Se la tendí.

Levi rebuscó en el macuto.

—Tengo una sorpresa para ti.

Me ofreció el *Especial navideño de Buggy y Floyd*.

—¿De dónde lo has sacado?

Yo sabía que lo habían emitido en Inglaterra hacía un par de semanas, pero no tenía ni idea de cuándo llegaría a Estados Unidos.

—Tengo contactos.

Abrí el estuche y metí el disco en el reproductor.

—¿Lo has visto?

—Ni hablar. No sin ti.

Yo no sabía si habría tenido tanta fuerza de voluntad.

Me acurruqué en el sofá junto a Levi. Ambos nos pusimos a cantar la sintonía de *Buggy y Floyd* a viva voz.

—¡Jo! ¡Qué emoción!

Hice ademán de darle a Levi un puñetazo amistoso pero me contuve. En verdad, no quería pegar a un hombre indefenso.

El especial duraba una hora, así que tuvimos doble ración de Buggy. Fue un episodio sorprendentemente emotivo. Por lo general, Floyd sacaba a Buggy del embrollo en el que se hubiera

metido. Esta vez, en cambio, lo dejó colgado a los cinco minutos.

—¡Eres más tonto que Abundio, que corría solo y llegó segundo! —exclamó.

—¿Quién era Abundio y por qué corría? —replicó Buggy, con la consiguiente juerga del público del plató.

—Eres un hombre hecho y derecho, Theodore —Floyd había usado el verdadero nombre de Buggy por primera vez que yo recordase—. Ya es hora de que te comportes como tal —y se marchó.

—¡Hala! —exclamé—. No me puedo creer que Floyd haya hecho eso.

Yo sabía que eran personajes de ficción, pero aquello no me parecía propio de ellos. No estaba segura de querer seguir viendo el episodio. Me gustaba recordarlos como una pareja divertida que siempre estaba como el perro y el gato.

—Ya —asintió Levi en voz baja—. O sea, es un milagro que no lo haya hecho antes. Con lo cascarrabias que es...

Puse la pausa.

—¿De verdad acabas de llamarlo «cascarrabias»?

—Pues... sí —me miró con incredulidad—. Floyd siempre se está quejando de Buggy y de la sociedad en general. No para de comentar lo absurdas que son ciertas cosas. Tiene gracia, claro que sí, pero solo era cuestión de tiempo que se hartase de su amigo.

—Reconocerás que Floyd tiene razón en casi todo.

Levi se echó a reír.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí! ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora?

—¿De qué?

Me señaló.

—Tú eres Floyd.

—¿Que yo soy qué?

Lo miré boquiabierto. No me podía creer que Levi acabara de compararme con un viejo cascarrabias inglés.

—Siempre estás haciendo comentarios del tipo: «¿Por qué Keith se cree superior a todo el mundo solo porque es capaz de placar a un jugador?».

—Tengo razón, ¿no? —me defendí.

—Y: «¿Por qué la gente escribe LOL? ¿No se supone que se están riendo? ¿Tan vagos nos hemos vuelto?».

—Como si a ti no te diera rabia.

Ahora Levi se reía a carcajadas.

—¡Ya entiendo por qué te gusta tanto esta serie!

—Según eso, ¿tú eres Buggy? —contraataqué.

—Bueno, tiene mucha gracia.

—Y también es un tonto de remate, así que... —volví a desplomarme en el asiento.

—Vale, vale —Levi me quitó el mando de la tele—. Acabemos de ver el capítulo. A un anciano como tú no le conviene alterarse.

Esta vez sí le pegué.

—¡Ay! —se frotó el hombro.

—Que me cuelguen si he podido evitarlo.

Le dediqué una sonrisilla tonta antes de devolver la atención a la pantalla.

Buggy y Floyd lo estaban pasando fatal en ausencia del otro. La historia nos tocaba de cerca. Buggy vagaba sin rumbo bajo la lluvia con una música deprimente de fondo. Se me saltaban las lágrimas. No me

podía creer que un episodio de *Buggy y Floyd* me hiciera llorar.

Floyd dobló la esquina con un gran paraguas. Se detuvo al ver al que fuera su mejor amigo. Caminó despacio hacia él.

Levi me tomó la mano.

Floyd tapó a Buggy con el paraguas.

—Así es Londres —dijo Floyd—. Necesitas un paraguas en cualquier época del año.

Buggy le sonrió con timidez.

—Tienes razón. Que me cuelguen si... —se mordió la lengua.

¿Acabábamos de presenciar la muerte de la famosa frase de Buggy? Levi y yo intercambiamos una mirada.

Buggy prosiguió.

—No, ahora mismo quiero un paraguas para protegerme de la lluvia, pero lo que necesito es a mi mejor amigo.

Floyd le rodeó los hombros con el brazo.

—Que me cuelguen si yo podría haberlo dicho mejor.

Se dirigieron a su piso para abrir los regalos de Navidad. Aún hubo algún que otro gag, pero el episodio, en general, me dejó en un estado introspectivo, sopesando la diferencia entre lo que quieres y lo que necesitas.

Levi y yo guardamos silencio durante unos minutos mientras pasaban los créditos.

—Bueno —habló Levi por fin—. Vaya sorpresa. Es profundo y tal.

—Sí —asentí—, pero me ha encantado.

—Es... —Levi se quedó mirando al vacío.

Encendí la tele para que pudiéramos ver la retransmisión de las campanadas. Estuvimos charlando un rato de los cantantes y los actores que iban apareciendo.

Por fin llegó el Año Nuevo. Levi y yo alzamos las copas de sidra y brindamos mientras llovía confeti en la ciudad de Nueva York.

—¡Feliz Año Nuevo! —me incliné hacia él y lo abracé.

—¡Feliz Año Nuevo! —su sonrisa se desvaneció enseguida—. Oye, Macallan...

Algo en su tono de voz me puso a la defensiva.

—¿Qué?

—¿Quieres... o sea, necesitas que te lleve al baile de invierno?

No era aquello lo que yo esperaba. Aunque, a decir verdad, no sé lo que esperaba.

—Ya sabes lo que pienso de los bailes.

Sonrió.

—Desde luego que sí, Floyd.

Lo fulminé con la mirada.

—No tengo ninguna necesidad de ir.

—Vale, pero ¿quieres ir?

Asentí.

—Claro, pero no voy a ir por ir. Si encuentro a alguien con quien me apetezca estar allí, vale. Si no, el sol seguirá brillando al día siguiente.

—Pero te lo prometí —me recordó él.

La promesa. La que nos hicimos justo antes de empezar la Secundaria, esa de que ninguno de los dos tendría que acudir solo a una fiesta. La mantuvimos durante la primera mitad del curso escolar. Luego yo empecé a salir con Ian y Levi con Carrie. A partir de aquel momento, apenas si nos dirigíamos la palabra.

Y ahora él estaba con Stacey.

—No te preocupes —lo tranquilicé.

Hablaba en serio. ¿Me divertiría con Levi en el baile? Claro que sí. Sin embargo, eso no sería justo para Stacey.

—Macallan —Levi se inclinó hacia mí—. ¿Quieres?

Parecía una pregunta sencilla, pero no lo era. Dada la historia de nuestra relación, estaba tan cargada como un cartucho de dinamita. Un paso en falso y *bum...* nuestra amistad saltaría en pedazos.

¿De verdad debíamos mantener esa conversación en un momento como ese, estando él tan vulnerable y yo...? Yo no sabía cómo estaba, aparte de aturdida.

—Ya sé lo que quiero —me levanté. Levi me miró, atento a mi respuesta—. Tarta, quiero un trozo de tarta.

Subí a la planta superior. Miré mi rostro en la ventana de la cocina. Sabía lo que me convenía. Ambos lo sabíamos.

Ya nos habíamos quemado una vez. Ni en sueños pensaba volver a jugar con ese fuego.

¿Sabes por qué no te besé a medianoche?

¿Porque aprecias en algo tu vida?

Por eso. Y también porque no sabía cómo ibas a reaccionar. Temía que salieras corriendo y no te detuvieras hasta llegar al Ártico.

Me lo vas a recordar toda la vida, ¿verdad?

A ver, déjame pensar... Sí.

Lo suponía.

Ya, bueno, al menos tengo una cosa que reprocharte.

Es verdad.

Tú, en cambio, tienes muchísimas.

Tú te lo buscaste.

Lo que tú digas, Floyd.

Esa me la vas a pagar.

No tengo la menor duda.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Por raro que parezca, empezar el año con una operación de rodilla no resultó tan mal augurio como me temía. Me salté la primera semana de clases, así que no tengo queja en ese aspecto.

Reconozco que después de lesionarme fui un broncas, pero es que me dolía muchísimo. Atravesé los cinco estadios del duelo: me enfadé, me disgusté, me enfurecí, me invadió la frustración y, por último, me hundí en la depresión.

Entonces llegó Macallan, como tantas otras veces, y se negó a seguirme el juego. Si me quejaba, no me dejaba en paz hasta que me sobreponía o me reía. Me llevaba al instituto y luego a casa. Me ayudaba con los libros, cocinaba para mí, me traía cuanto necesitaba y no se quejó ni una vez. A menos, claro, que yo me pusiera pesado. Lo cual sucedía a menudo.

Macallan se las arreglaba para tranquilizarme. No me gustaba tener a mi madre encima. No quería que mi padre me considerara un debilucho, aunque él, mejor que nadie, comprendía la gravedad de la lesión. Y me molestaba que los chicos tuvieran la sensación de que debían cuidar de mí.

Ah, sí, y Stacey. Me gustaba estar con ella, pero con Macallan era otra cosa.

En Nochevieja, pensé durante un instante que me iba a decir que me quería a mí. Que quería que la besara. Ella titubeó apenas un par de segundos, pero aquel breve lapso bastó para disparar mis esperanzas.

Macallan fue una de las últimas personas que vi antes de entrar en el quirófano y una de las primeras que encontré al despertar. Aquel día faltó a clase para estar con mis padres y conmigo. Me trajo los deberes durante toda la semana y me hizo reír con sus imitaciones de mis amigos.

Incluso me acompañaba a recuperación. Lo cual le agradezco muchísimo, porque la recuperación es un asco. Duele. Es lo más frustrante que me ha pasado en la vida. Me sentía incapaz de mover la rodilla. Algo tan sencillo como doblarla me resultaba doloroso y difícil. Si mi madre hubiera estado allí conmigo, se habría preocupado mucho viendo lo mal que lo pasaba.

Macallan, en cambio, se sentaba y me atendía cuando era necesario. Hacía los deberes mientras la fisioterapeuta me ayudaba con los ejercicios. Y me dio fuerzas para no tirar la toalla, tener un berrinche o echarme a llorar. Un deseo que me asaltaba a diario.

Tras una sesión especialmente dolorosa, Macallan se sentó a mi lado durante el baño de hielo con electroterapia.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—Mejor —mentí.

Kim, mi fisioterapeuta, conectó la máquina.

—Hoy ha tenido un buen día. Estoy segura de que dentro de un par de semanas podrás ir al baile. Bastará con que te pongas una rodillera.

—¡Genial! —Macallan sonrió de oreja a oreja.

Kim le dio unas palmaditas en el hombro.

—Puede que tenga que apoyarse en ti mientras bailáis, pero ya conoces a los chicos.

Macallan miró a Kim perpleja.

—Ya, es que Levi y yo no somos...

—¡Ah! —Kim nos miró—. Yo pensaba, esto... No pretendía...

¿Cuántas veces nos había pasado eso mismo? Demasiadas para llevar la cuenta. Era lógico que Kim la hubiera tomado por mi novia. Yo le había dicho que salía con una chica, hablaba mucho de Macallan, ella siempre estaba allí conmigo. Me estrujé los sesos pensando si había nombrado a Stacey alguna vez. Claro que sí, no era posible que ni siquiera hubiera mencionado su nombre.

—Perdona —me disculpé a Macallan. Como si fuera culpa mía que la gente pensara que salíamos. Puede que sí.

Ella le quitó importancia.

—No pasa nada. A lo mejor si dejaras que Stacey te acompañara...

Sabía que era un novio horrible por no dejar que Stacey me ayudara, pero quería pasar ese rato con Macallan.

—En fin —se irguió en la silla—. La comida de hoy ha sido brutal. Keith estaba en plan «yo querer comida, yo odiar comer en la cafetería, yo merecer algo mejor» —cada vez que Macallan imitaba a Keith, fingía ser un neandertal, y puede que no anduviera muy desencaminada. Se encorvaba y sacaba la barbilla—. Y Emily se ha puesto rollo: «Ay Dios... Para ser alguien que confunde la pizza con verdura, eres muy quisquilloso» —siempre que imitaba a Emily (o a cualquier chica, en realidad) hablaba como una pija, se retorció el pelo y abrió mucho los ojos.

Contada por ella, hasta la anécdota más insignificante parecía sacada de una buena telecomedia. Te partías de risa, más incluso que si hubieras presenciado el incidente.

—Qué mala eres —bromeé.

—Eh, te lo cuento como es.

—¿Y qué más ha pasado hoy? —pregunté.

El lunes volvería al instituto y no me moría de ganas precisamente, aunque reconocía que me sentaría bien regresar a la normalidad. No podía seguir viviendo en mi burbuja Macallan, por mucho que lo desease.

Ella titubeó.

—Bueno, verás... —se mordió el labio. Parecía algo nerviosa—. ¿Conoces a Alex Curtis?

¿Alex Curtis? Se había graduado el año anterior. Formaba parte del equipo de baloncesto y era muy bueno. Habíamos quedado unas cuantas veces en verano antes de que se fuera a estudiar a Marquette.

—Sí —dije en un tono más brusco de lo normal. Alex era buen tío, pero no quería que Macallan pensara lo mismo.

—Bueno, hace un par de días me lo encontré y estuvimos hablando un rato. Nuestras madres, esto..., eran buenas amigas —advertí que Macallan estaba dando rodeos—. Bueno, pues estará por aquí en las fechas del baile y se ha ofrecido a llevarme.

¿Macallan asistiría al baile de invierno con un universitario? ¿Un universitario que ya conocía de antes? ¿Con el que había estado charlando hacía un par de días sin mencionármelo?

—Guay —fue la patética respuesta que se me ocurrió.

Una expresión de alivio asomó a su rostro.

—Sí, sí, es muy majo. Y yo ni siquiera había vuelto a pensar en el baile, pero él lo ha sacado a colación. Me ha preguntado con quién iría y al decirle que con nadie... —se sonrojó—. Ha dicho que le parecía un crimen imperdonable que debía ser reparado cuanto antes.

Soltó una risita tonta.

Yo tenía ganas de potar.

—Te cae bien, ¿no?

¿Que si Alex Curtis me parecía buen tío? Claro.

¿Que si le habría atizado en la cara en aquel mismo instante? Ya te digo.

¿Por qué no decírselo? ¿Por qué no confesarle a Macallan cómo me sentía? ¿Por qué no reconocer lo que quería, no, lo que necesitaba con toda mi alma?

En aquel momento, sin embargo, recordé que Macallan había salido por piernas la última vez que me declaré. Lo incómoda que se había sentido a su regreso de Irlanda. Lo mucho que me había arrepentido de haberla ahuyentado.

¿Serían distintas las cosas ahora?

Abrí la boca, dispuesto a portarme como un hombre hecho y derecho.

—Macallan.

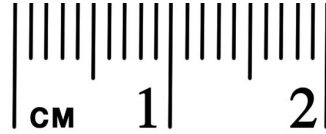
—¿Sí?

El zumbido de la máquina de electroterapia cesó. Kim se acercó y me quitó el hielo y las almohadillas.

—¿Leví? —Macallan me miró, preocupada—. ¿Querías algo?

—Da igual.

Ya no era el momento.



Me propuse concentrarme en lo que tenía: una familia maravillosa. Una íntima amiga alucinante. Un grupo de colegas. Y una novia.

Era eso lo que debía tener presente.

Stacey insistió en invitar a unos cuantos amigos el sábado por la noche previo a mi —en palabras textuales de Keith— «legendario regreso al instituto South Lake».

—Este es mi California —me decía Keith ahora, mientras me saludaba con una llave de judo—. Se te echa de menos, colega. ¿De quién voy a copiar en Trigonometría si tú no estás?

Yo sonreí e hice el papel de alegre invitado de honor. Cuando renqueé con mis muletas y mi férula hasta el sofá más cercano. Stacey se sentó a mi lado.

—¿Qué te traigo? —me preguntó—. ¿Te apetece comer o beber algo?

—Un vaso de agua, gracias.

Debí de parecerle un soso, pero es que estaba tomando calmantes muy fuertes y, en esas circunstancias, hasta los refrescos me dejaban grogui.

Stacey se levantó a buscar agua. La vi avanzar por la sala saludando a todo el mundo como la perfecta anfitriona.

Comprendí que la gente hacía cola para hablar conmigo. Me sentí como en el funeral de mi carrera de futbolista, con toda aquella gente esperando para darme el pésame. Aunque los chicos no paraban de decirme que muy pronto estaría en forma, era yo el que había hablado con los médicos. Me habían confirmado que tardaría varios meses en recuperar cierta normalidad, y que incluso entonces me costaría pivotar o cambiar de sentido fácilmente. Lo máximo a lo que podría aspirar aquel último curso sería al atletismo. En principio, podría correr en línea recta. Al menos eso esperaba.

Estaba deseando salir a correr para poder pensar con claridad. Si en algún momento de mi vida he sentido la necesidad de concentrarme, de aclararme, fue entonces.

Sonreí educadamente y di las gracias a todo el mundo que acudía a saludarme, a desearme una pronta mejoría y a decirme que dentro de nada estaría corriendo otra vez.

Yo no podía hacer nada salvo quedarme allí sentado. Stacey había desaparecido; debía de estar charlando con alguien en la cocina.

Necesitaba ese vaso de agua.

—¿Qué tal? —me saludó Macallan, dejando un vaso de agua y una bandeja de brownies en la mesita baja. Se sentó a mi lado—. ¿Disfrutando de la atención?

—Uf, cuánto me alegro de verte.

—Te alegras de ver mis brownies.

No las tenía todas conmigo cuando Stacey había planteado la posibilidad de dar una fiesta. Cuando le estaba recitando la lista de motivos por los que no me apetecía (no me sentía con fuerzas, no quería que la gente me compadeciese, vería a mis amigos de todas formas dentro de poco, no quería exagerar), me interrumpió diciendo:

—Macallan vendrá. Le encanta la idea.

No me pareció que lo hubiera dicho con resentimiento. Siempre había entendido mi relación con ella. Sabía lo que había entre nosotros.

Bueno, no lo sabía todo.

Macallan, sin embargo, sí sabía que a Stacey le pirraban sus brownies rellenos de caramelo.

—Qué divertido —intentó animarme.

—Psé.

—Ay, perdona —suspiró con dramatismo—. Todo el mundo quería reunirse para celebrar que la operación ha ido bien y que se alegran mucho de verte. Debe de ser muy duro levantarse por las mañanas.

—Para que te enteres, me cuesta mucho levantarme por las mañanas.

Señalé la férula que llevaba en la pierna. Ella se incorporó.

—Mejor voy a buscar a alguien o a algo que no esté en plan tan negativo. Esa pared no tiene mala pinta.

Tendí la mano.

—Por favor, no te vayas.

Stacey se acercó al sofá con su paso saltarín.

—¡Has venido! —le dijo a Macallan.

—Sí y mira lo que te he traído.

Macallan señaló los brownies. Yo atrapé dos más antes de que Stacey cogiera la bandeja.

—¡Ñam! —se relamió Stacey—. ¡Muchísimas gracias!

—De nada.

Se miraron sin saber qué decir.

—Eh... —balbuceé.

—¡Oye! —exclamó Stacey dirigiéndose a Macallan—. Me han dicho que irás al baile con Alex. ¡Qué guay!

—Sí, será divertido —asintió Macallan.

—¡Alucinante!

Stacey parecía a punto de estallar, puede que de felicidad o quizás de nervios. A veces me costaba descifrar sus expresiones.

—¿Eso es comida?

Keith se acercó, pero se detuvo en seco al ver a Macallan sentada a mi lado.

—¡Macallan ha preparado brownies! —le informó Stacey. Le tendió los dulces a Keith, que no sabía qué hacer.

—Tranquilo —le dijo la cocinera—. No los he envenenado.

Él dio un bocado.

Macallan prosiguió.

—Ahora bien, sabía que probarías alguno, así que he añadido un ingrediente secreto.

Keith dejó de masticar.

Ella se levantó y se encaró con Keith. Yo estaba tenso a más no poder.

Macallan negó con la cabeza.

—Keith, invierto demasiado esfuerzo en mi comida como para desperdiciarla contigo. Además... —se inclinó hacia él hasta situarse a pocos centímetros de su cara— tú y yo sabemos que no necesito veneno para machacarte.

Dio media vuelta y se dirigió a la cocina.

Keith no sabía dónde meterse.

—Tío, esa chica. Es que... creo que me enamoraría de ella si no me diera tanto miedo. Pero a lo mejor me gusta por eso. O sea, no es que me guste en el sentido de gustar.

Renunció a buscarle la lógica a lo que acababa de pasar y se alejó, primero hacia la cocina y luego, pensándolo mejor, en la otra dirección.

Stacey se echó a reír.

—Harían una pareja muy divertida, ¿no crees?

Estuve a punto de soltar «¿que harían QUÉ?», pero me contuve.

Por lo visto, mi expresión habló por sí sola.

—Tranquilízate —Stacey me miraba con los ojos muy abiertos—. Hablaba en broma.

Sonó el timbre y Stacey se alejó, dejándome solo en una fiesta que se celebraba en mi honor.

Me quedé pensando en lo que Keith había dicho. En eso de que Macallan le daba miedo.

Entendía perfectamente a qué se refería. Porque a mí también me asustaba.

Me asustaba porque la amaba.

En una escala del uno al diez, ¿hasta qué punto me puse pesado después de la lesión? Por favor, sé sincera.

¿Crees que voy a tener miramientos contigo?

Por desgracia, no.

¿En una escala del uno al diez? Trece.

Me parece justo.

Ahora me toca preguntar a mí. En una escala del uno al diez, ¿hasta qué punto te molestaba que fuera al baile con otro?

Infinito.

CAPÍTULO DIECISIETE

Es curioso que la opinión que tienes de un baile pueda cambiar de la noche a la mañana. El baile de invierno siempre me había parecido una bobada. Se celebraba solo tres meses después de la fiesta de bienvenida y tres antes del baile de graduación. ¿De verdad hacía falta otro motivo más para que la gente se pusiera histérica con los vestidos, los ligues y todo el melodrama que rodea ese tipo de acontecimientos?

Ahora bien, ¿qué pasó cuando un universitario muy mono me pidió que lo acompañara? Bueno, en ese caso... ¿quién era yo para criticar la tradición? Además, todos sabemos lo mucho que agradecía las distracciones.

Alex me llevó a cenar el fin de semana anterior al baile. Fue un cambio agradable eso de que un chico viniera a buscarme por una vez, en lugar de ser yo la que lo llevara de un lado a otro constantemente. Si bien estaba encantada de ayudar a Levi, seguía siendo una obligación.

Cada vez que podía, le echaba una ojeada a Alex por encima de la carta. Solo me pasaba unos centímetros, pero tenía buen tipo, los hombros anchos, el pelo y los ojos oscuros; opuesto a Levi en casi todo. No atinaba a comprender por qué quería salir conmigo, una cría de Secundaria.

—Eh —Alex me sonrió—. ¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos al condado de Door con nuestras madres, cuando éramos pequeños?

Noté una agradable sensación en el pecho al recordar aquel viaje. Su madre y la mía habían sido muy amigas. Así que, en cierto sentido, Alex había sido mi primer amigo íntimo. Como un ejercicio de calentamiento para la llegada de Levi.

—Sí, pero, por lo que yo recuerdo, la idea de pasar las vacaciones con una chica no te hacía ninguna gracia. ¡Puaj! —arrugué la cara.

—Porque era un idiota.

Claro que recordaba aquella semana en el condado de Door. Yo tenía seis años y Alex, ocho. Habíamos ido a nadar, a pasear entre los cerezos... Nos habíamos hinchado a cerezas; las manos y los labios manchados de rojo, las barrigas llenas.

—Recuerdo que tu madre llevaba un sombrero enorme —estiró los brazos—. Era un sombrero glorioso.

Aquel sombrero. Todavía la recuerdo llevando su pamelita a rayas blancas y negras. El ala le llegaba

casi hasta los hombros.

—Bueno, mi madre y yo siempre hemos sido muy pálidas. ¿No te acuerdas de cómo me quemé?

—¡Sí! —negó con la cabeza—. Tu madre te sacó al jardín y te roció con vinagre.

—¡Me escoció horrores! Pero al día siguiente ya estaba mejor —olía muy mal, pero cuando el vinagre se evaporó, la sensación ya no fue tan horrible—. Mi madre conocía unos remedios caseros bastante raros, pero funcionaban.

Alex me miró con expresión pensativa.

—¿Te parece bien que hablemos de ella?

—Claro.

Yo sabía que me hacía bien charlar de los momentos que había compartido con mi madre.

Como mínimo, esa era la actitud que me esforzaba por cultivar. Aún me ponía triste de vez en cuando pero, la verdad, de no haber sido así, habría empezado a preocuparme.

Alex se quedó callado un momento.

—Lamento que después empezáramos a vernos menos.

La madre de Alex se había unido al desfile de guisos que inundó mi casa después del funeral. Pasaba de vez en cuando para preguntarme cómo estaba, pero luego la vida siguió. La gente está muy ocupada.

Una sonrisa se extendió por su rostro.

—Me acuerdo de cómo aluciné la primera vez que te vi en el instituto. En plan: «¿Esa es Macallan Dietz? ¡Se ha hecho mayor!».

Recordé haberme cruzado con Alex por los pasillos en más de una ocasión. Siempre sonreíamos y nos saludábamos. Ahora bien, la primera vez que mantuve una conversación con él después de todos esos años fue cuando nos encontramos en la cola del supermercado.

Alex prosiguió.

—Y no me podía creer que salieras con ese chico. ¿Cómo se llamaba? ¿Lewis?

—¿Levi?

—Eso, Levi. Es un gran corredor. Aunque si acabasteis mal, lo retiro, claro. Era el mismísimo diablo.

Alex tenía algo a su favor: entendía muy bien a las chicas.

—No, en realidad nunca rompimos —Alex frunció el ceño un momento—. Porque nunca llegamos a salir. Solo somos amigos. Bueno, no solo amigos. Es mi mejor amigo. Desde hace casi cinco años.

Mes más, mes menos de mal rollo.

—Ah —Alex parecía aturdido.

La verdad, estaba tan harta de aquella conversación que miré la carta y fingí estar muy interesada en los platos del día.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? —me preguntó Alex.

Seguro que también le apetecía cambiar de tema.

—Creo que sí. ¿Te apetece queso en grano para empezar?

Arrugó la nariz con expresión de asco.

—Puaj. Ya lo sé, qué anti-Wisconsin por mi parte, pero es que no me gusta nada.

—Ah, vale.

—Pero pídelo tú si te apetece.

Normalmente, Levi y yo compartíamos el aperitivo. El plato era demasiado grande para mí sola, por mucho que me gustase el queso frito.

Alex se sacó el teléfono del bolsillo.

—Perdona... Mis colegas no paran de enviarme mensajes. Me están poniendo verde desde que anuncié que te llevaría al baile —desplegó sus mensajes, lanzando un gemido de vez en cuando—. Me llaman

asaltacunas. Qué originales.

Yo no pensaba mentir diciendo que no compartía la perplejidad de sus amigos. ¿Por qué quería Alex volver a asistir a un baile de Secundaria? ¿Por pena? ¿Por nostalgia? No tenía ni idea. A lo mejor todo esto se estaba complicando más de lo debido. Yo, al fin y al cabo, solo pretendía divertirme en una fiesta con un chico mono... Y no pensar en Levi.

El problema, por desgracia, era que Levi siempre salía a colación.

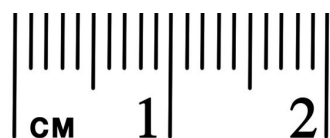
Intenté convencerme a mí misma de que aquel baile no tenía ninguna importancia. Me limitaría a acudir y a rezar para que los sentimientos que me inspiraba Levi se esfumasen.

Sin embargo, no se estaban esfumando. Aumentaban por momentos, día tras día.

Y yo no podía hacer nada por impedirlo.

Menudo lío. Tenía el estómago revuelto.

Y me apetecía muchísimo el queso en grano.



La semana previa al baile, intenté dejarme de historias.

Solo era un baile. Yo me había hartado de decir que los bailes de instituto eran una tontería, un ejemplo más del estereotipo sexista imperante sobre las relaciones hombre-mujer (muy «Floyd» por mi parte). Y por primera vez desde la fiesta de bienvenida del año pasado, tanto Levi como yo acudiríamos con un ligue. Bueno, él con la que era su novia desde hacía casi seis meses. Solo de imaginármelo rodeándola con los brazos...

Estaba claro quién iba ganando esta guerra.

Aunque no fuera una competición.

Sin embargo, una parte de mí tenía la sensación de que sí lo era. ¿Quién de los dos sobreviviría sin el otro? Y si bien Levi precisaba de mi ayuda para ir por ahí, no me necesitaba en el otro sentido.

Bueno, como mínimo me necesitaba para escoger una corbata.

Allí estaba yo, en su cuarto, pocas horas antes de la fiesta. Me enseñó dos corbatas.

—Ya sé que soy una sosa —dije—, pero me gusta la negra delgadita. Es más formal.

Descartó la otra.

—Gracias —se incorporó ayudándose con ambas manos. Había adquirido más movilidad, pero tendría que seguir llevando la férula unos cuantos días.

—¿Seguro que llegarás bien? —le pregunté—. No dudo de que Keith sea fuerte ni nada, pero tiene que tener cuidado.

—Tú tranquila, pero gracias —cojeó hacia el armario—. ¿A qué hora tienes que empezar a arreglarte para tu universitario?

Miré mi reloj de pulsera.

—Tendré que marcharme enseguida. ¿No te parece raro que me haya invitado?

Levi negó con la cabeza.

—Me parecería raro que alguien no estuviera deseando llevarte adonde le pidieras.

Su respuesta me dejó estupefacta. Fue un comentario muy dulce, justo el que necesitaba oír. Siempre nos estábamos tomando el pelo, así que no supe qué responder a un halago tan sincero.

Como si me hubiera leído la mente, Alex llamó justo cuando me estaba despidiendo de Levi.

—Será mejor que conteste —me disculpé mientras salía al pasillo para tener más intimidad.

—Eh, me alegro de pillarte —exclamó Alex casi sin aliento—. Me siento fatal.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—No, lo siento, pero no podré ir esta noche —oí gritos de fondo—. Mis amigos me han convencido de que me una a una fraternidad, y la que nos interesa está haciendo pruebas así que... bueno, no puedo decir nada salvo que no podré ir a ninguna parte en todo el fin de semana.

Y yo pensando que pasarían un par de años antes de que un pijo de fraternidad me rompiera el corazón.

Aunque ya lo tenía bastante roto. Me hacía ilusión salir con Alex, pero no tanta como cabría esperar. Sabía la sensación que tienes cuando te gusta alguien y Alex no me la inspiraba.

—No te preocupes.

Hice unos cuantos comentarios ambles para que no se sintiera tan mal, cuando en realidad debería haber sido él quien me consolara a mí. Ni siquiera recuerdo cómo nos despedimos.

Solo recuerdo a Levi, que me miraba desde la puerta entornada.

Le sonreí.

—Bueno, Alex no podrá venir. Así que me voy a casa a hincharme a comer y a ver una peli lacrimógena, como se suele hacer en estos casos.

Levi me miró fijamente.

—¿Quieres ir conmigo?

Negué con la cabeza.

—No me apetece nada hacer de carabina.

Cojeó hacia mí.

—No, no te estoy preguntando eso. Macallan, ¿quieres ir al baile conmigo?

No le entendía.

—¿Y qué pasa con Stacey?

—¿Te puedes olvidar de Stacey y de todo el mundo por un momento? Te estoy haciendo una pregunta muy sencilla: ¿Quieres ir al baile conmigo?

No era una pregunta sencilla. Quería ir al baile con Levi, claro que sí. Me encantaba ir con Levi a cualquier parte. Siempre nos divertíamos, incluso cuando se quejaba de su lesión.

Levi me tomó la mano.

—Macallan, di sí o no.

Noté que se me saltaban las lágrimas mientras me negaba a mí misma lo único que quería de verdad. Aparté la mano.

—Mira, no te preocupes por mí. Será mejor que me vaya. Te estarán esperando.

Me di media vuelta y corrí hacia las escaleras, consciente de que no podría atraparme. Sin embargo, al cruzar la puerta trasera, expresé mentalmente lo que habría querido decir. Lo que habría dicho si fuera un poco más valiente.

Sí, Levi, quiero ir al baile contigo. Quiero que me rodees con tus brazos. No me apetece seguir fingiendo que entre nosotros solo hay una buena amistad. Mi vida es mejor cuando tú formas parte de ella. Quiero estar contigo. Porque te quiero, Levi. Y no solo como amigo.

¡Aleluya! ¡Ha visto la luz!

No sé ni cómo...

No, por favor, déjame a mí.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Conozco a Macallan desde hace tanto tiempo que me cuesta muy poco intuir lo que pasa por su cabeza. Por ejemplo, aquella noche, cuando salí corriendo de mi cuarto, supe que estaba aterrada.

No teme a muchas cosas. Es una de las personas más fuertes que he conocido en mi vida. Y no me refiero al tipo de fuerza que se mide por las repeticiones que haces en la banca.

Hablo de valor. De ser capaz de defender tu postura. De no importarte lo que la gente piense de ti.

Y, sin embargo, algo la asustaba. Si se había largado corriendo y no me había respondido con una broma, seguro que tenía sus motivos.

Pero ¿cuáles? No estaba del todo seguro.

O, más bien, no quería hacerme ilusiones.

—¡California! —Keith me dio unas palmaditas en el hombro—. Avísame si te caes en la pista de baile. Ya sabes que cuando empiezo a moverme, pierdo el norte.

—Gracias —musité.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Stacey.

Ella se encogió de hombros. Yo sabía que debería mostrar más entusiasmo por ella. Sabía que debería estar haciendo muchas cosas.

Mirando a las personas que me rodeaban, pensé en lo mucho que había soñado con aquel momento. Tener un grupo de amigos. Formar parte de la élite. Ser uno de los mejores atletas.

Por fin tenía lo que quería.

Ahora, sin embargo, sabía que querer y necesitar son dos cosas completamente distintas.

No estaba obligado a elegir entre Macallan y aquella vida. Ya lo sabía. Sin embargo, sí tenía una elección pendiente: quedarme allí e ignorar algo muy importante para mí o ir en busca de Macallan y confesarle lo que sentía. Y obligarla a escucharme. Era consciente del riesgo. Había muchas posibilidades de que ella saliera corriendo y pasara el último curso de Secundaria en una estación espacial internacional.

Sin embargo, cuando la había invitado a asistir conmigo al baile, se había quedado callada. Ella sabía que mi pregunta implicaba algo más. Y no había rehusado. Se había quedado callada y, ante aquel silencio, yo supe que quizás, solo quizás, ella sentía lo mismo que yo.

Tenía que dejar de engañarme a mí mismo e ir a buscar lo que quería. Lo que necesitaba.

—Stacey —dije con suavidad. Lo que iba a hacer era un asco—. Lo siento mucho pero tengo que irme.

Ella asintió como si ya se lo temiese.

—¿Macallan?

Stacey lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Por eso nos preguntaban tan a menudo si estábamos juntos o bromeaban diciendo que parecíamos un viejo matrimonio. Todo el mundo se daba cuenta; solo nosotros habíamos sido demasiado cabezotas como para aceptarlo.

Abrí la boca para responder, pero no había palabras. ¿Cómo decirle a una chica que la consideras fantástica pero que estás enamorado de otra?

—No pasa nada —siguió hablando Stacey—. Hace tiempo que me lo espero.

—No quiero que pienses que esto tiene algo que ver contigo —yo me sentía más culpable con cada palabra que pronunciaba.

—Ya lo sé, o sea, ¿en serio, Levi? —sonrió—. Todos sabíamos que al final acabarías con Macallan. Supongo que debería sentirme ofendida, pero, no sé, puede que haya leído demasiadas novelas románticas como para no alegrarme por la parejita feliz. Y, qué quieres que te diga, lo hemos pasado bien. Has sido muy mono conmigo.

Se encogió de hombros.

Aquel gesto demostraba lo poco que significaba nuestra relación para ninguno de los dos.

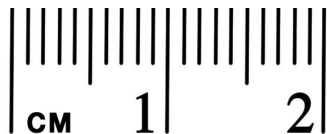
—Voy a volver con... —señaló el grupo de amigos que bailaba en la pista—. Buena suerte.

—Gracias.

La iba a necesitar.

Cojeé hacia la salida, lamentando no poder quitarme la férula para correr más deprisa. El frío aire de febrero me azotó la cara y me di cuenta de que no tenía medio de transporte. Llamé a Macallan, pero no respondió. Llamé al hijo de los Dietz y tampoco hubo respuesta. No quería pedirle a mi madre o a mi padre que me llevaran. Era un asunto demasiado personal.

De repente, supe a quién podía llamar. La única persona que haría cuanto estuviese en su mano por ayudarme. Y lo haría con una sonrisa en el rostro.



Tras recibir mi llamada, Adam tardó menos de diez minutos en llegar. No me frío a preguntas. Le pedí que fuera a buscarme y me preguntó dónde estaba.

—Eh, Levi, ¿qué tal?

Salió del coche para ayudarme a subir.

—Genial. Muchísimas gracias, Adam.

Se aseguró de que estuviera bien sentado antes de cerrar la portezuela.

—¿Te llevo a casa? —quiso saber.

—La verdad es que necesito hablar con Macallan. ¿Sabes si está en su casa?

Negó con la cabeza y arrancó el coche.

—Solo hay un modo de averiguarlo.

Gracias a Dios, Adam guardó silencio durante el breve trayecto. Cuando detuvo el vehículo, advertimos que la luz brillaba en el salón.

Adam me ayudó a salir y luego abrió la puerta con su propia llave.

—¿Macallan? —gritó. Me latía el corazón a toda velocidad.

Nadie respondió.

Volví a probar en el móvil y lo oí sonar. Seguí el ruido hasta la mesa de la cocina, donde yacía olvidado.

Adam se reunió conmigo en la cocina.

—Arriba no está. He mirado en el armario y ha cogido el abrigo. ¿Quieres que llame a su padre? Esta noche trabaja hasta tarde.

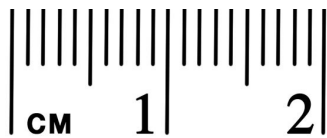
—No.

Lo último que quería hacer ahora mismo era llamar al señor Dietz para decirle que Macallan había desaparecido.

Todo el mundo estaba en el baile, así que no podía haber quedado con Danielle. Dondequiera que se encontrase, había acudido sola. A lo mejor había salido a dar un paseo para pensar.

De repente, supe dónde buscar.

—Adam, ¿me puedes llevar al parque Riverside?



No soportaba la idea de quedarme tirada en casa mientras todo el mundo se divertía en el baile. No era la primera noche de sábado que pasaba sola, pero, por alguna razón, aquel día en concreto la soledad me hacía sentir fatal.

La razón era Levi.

Tenía que ordenar mis ideas, así que fui a dar un paseo. No me sirvió de nada. Pensé que estaba caminando al azar, doblando una esquina aquí, un recodo allá, pero de repente me sorprendí a mí misma delante del parque Riverside.

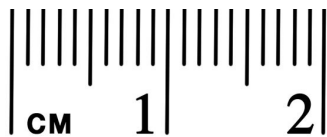
Me senté en un columpio y empecé a darme impulso. Lejos de consolarme, el movimiento me hizo sentir aún peor. Me sentía más sola que nunca en aquel columpio, sin que Levi estuviera allí para empujarme.

Siempre me he sentido un poco sola cuando no lo tengo cerca.

Al principio, cuando le oí avanzar renqueando, pensé que la mente me jugaba una mala pasada. Supuse que, como tenía tantas ganas de verlo, estaba sufriendo una alucinación auditiva.

Y entonces oí su voz.

—¿Macallan?



Se quedó un momento inmóvil antes de darse la vuelta despacio.

—¿Levi? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en el baile? ¿Era el coche de Adam el que se acaba de marchar?

—Sí—solo respondí a su última pregunta porque no tenía ni idea de qué contestar a las demás—. ¿Podemos hablar?

Me ayudó a caminar hacia la zona de picnic, la misma en la que nos habíamos encontrado hacía unos meses. Nos sentamos, y al momento noté que el cuerpo se me tensaba del frío.

—Tengo que decirte una cosa —empecé— y quiero que me escuches antes de decir nada... o de huir a Irlanda.

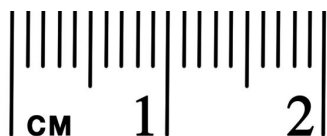
Esperaba que me respondiera con un sarcasmo o que me mirara asustada. En cambio, se limitó a decir:

—Te lo prometo.

En aquel instante, comprendí que ya no había vuelta atrás.

Así que cogí aire.

—Me he marchado del baile porque tú no estabas allí. Ambos sabemos que a lo largo de estos últimos meses me he portado como un idiota. Durante todo ese tiempo, creía que mi máxima aspiración era estar con los chicos del instituto, tener novia, pertenecer a un equipo. Pero, aunque lo tenía todo, me sentía incompleto. Porque no puedo estar completo sin ti.

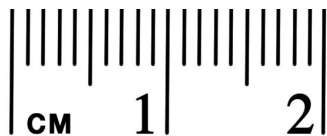


No pude contenerme.

—Levi, calla, por favor.

Ya sé que había prometido no decir nada, pero quería que me escuchase.

—Lo sé —repuse. Bajé la vista. Tenía la sensación de que si lo miraba a los ojos no sería capaz de decírselo todo—. Sé lo que vas a decir porque a mí me pasa lo mismo.



Se me paró el corazón.

—¿Sí?

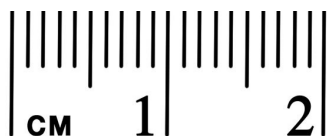
Me miró por fin.

—Claro.

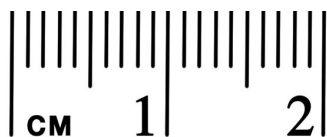
—¿Y qué me dices de Irlanda?

Me sonrió. El corazón me estalló en mil pedazos.

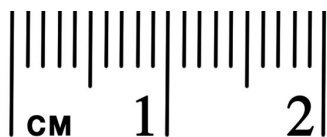
—Tú no eres el único que ha hecho tonterías.



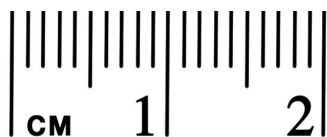
Se quedó de piedra cuando reconocí que me había portado como una idiota. Es lógico. Me cuesta mucho aceptarlo.



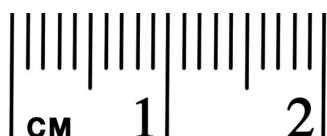
—¿Macallan? —estaba aterrorizado, pero sabía que nunca me perdonaría a mí mismo si no lo volvía a intentar—. Te quiero.



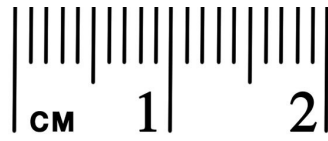
No pensaba volver a desperdiciar la oportunidad. Esta vez no me asustaría. No escaparía. No pondría excusas.



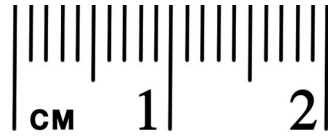
Después de hablar, me quedé unos segundos casi sin respirar. Macallan se volvió hacia mí y se inclinó. Yo me acerqué a ella.



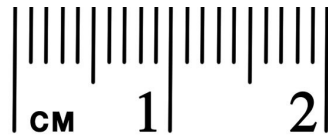
Solo nos separaban dos centímetros. Todo mi cuerpo vibraba de la emoción. Nos habíamos besado antes, y no muy lejos de donde estábamos ahora, pero esta vez todo era distinto. No era una broma, ni una manera de hacerlo callar, sino algo que íbamos a hacer porque así lo deseábamos los dos.



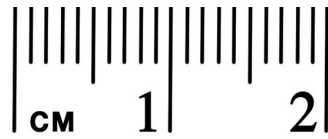
La besé.



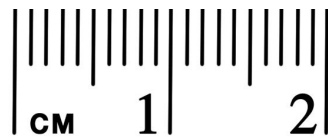
Lo besé.



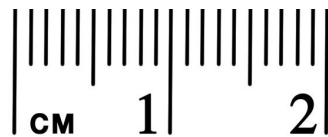
Y fue...



Fenomenal.



A diferencia de la primera vez que nos besamos, no me pilló por sorpresa. Saboreé sus labios contra los míos. Su mano me acarició el pelo con delicadeza. La atraje hacia mí; no quería que volviera a haber distancia entre nosotros.



Aunque hacía frío, yo no sentía nada salvo la calidez de Levi. Se apartó un momento para besarme la frente.

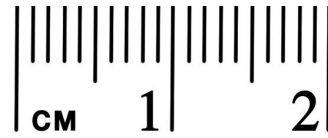
—No tienes ni idea de lo feliz que me acabas de hacer.

—Creo que sí —respondí.

Nos quedamos en esa postura unos minutos, con sus labios sobre mi frente. Apoyados el uno en el otro, como siempre.

Aquello lo cambiaba todo, pero existía la posibilidad de que el cambio fuera a mejor. Porque nunca había experimentado con nadie lo que vivía con él. No concebía que pudiera llegar a sentirme tan unida a ninguna otra persona.

Había luchado contra mis sentimientos, pero tenía la sensación de que aquello estaba bien. No podía negarlo.



Así debían ser las cosas entre nosotros. Creo que ambos lo sabíamos. Noté que Macallan se estremecía.

—Vámonos a casa —le dije, y volví a besarla.

Aunque no especificué a qué casa me refería, daba igual. Durante todo aquel tiempo, me había preguntado una y otra vez dónde estaba mi hogar en realidad. Al principio, pensaba en California como mi verdadera casa; luego en Wisconsin. La verdad, sin embargo, es que tu hogar no tiene por qué ser el sitio donde duermes por las noches.

Tu hogar está donde sientes que puedes ser tú mismo.

Donde estás a gusto.

Donde no tienes que fingir, donde te muestras tal como eres.

Por fin había llegado a aquel lugar, porque Macallan es mi hogar.

En fin, como iba diciendo, los chicos y las chicas pueden ser amigos.

Íntimos amigos.

¿Y qué puede ser más fantástico que enamorarse de tu mejor amiga?

Nada.

Siempre tienes que decir la última palabra, ¿verdad?

Ya lo sabes.

Sí.

Ya.

Oh, Macallan.

¿Sí, Levi?

Te quiero.

Yo también te quiero.

Y dale, otra vez has tenido que decir la última palabra.

Pero no creo que te importe.

Nada en absoluto.

Bien.

AGRADECIMIENTOS

Que me cuelguen si sé dónde estaría sin David Levithan, el Floyd de mi Buggy (es un cumplido, ¡lo juro!). Me alegro muchísimo de que me dijeras: «Eh, ¿por qué no escribes un libro sobre un chico y una chica que son íntimos amigos...». Considero un honor que seas mi editor, amigo, consejero musical y chófer de eventos particular.

Mi vida siempre será mejor si cuento con el respaldo del fantástico equipo de Scholastic. Soy consciente del trabajo que implica hacer que una historia se materialice en un libro y agradezco todos vuestros esfuerzos. Cuatro raciones de crema para Tracy van Straaten, Bess Braswell, Emily Morrow, Stacey Lellos, Alan Smagler, Leslie Garych, Lizette Serrano, Emily Henderson, Candace Greene, Antonio González, Joy Simpkins, Elizabeth Starr Baer, Sue Flynn, Nikki Mutch y todos los comerciales.

Gracias a mi agente, Rosemary Stimola, por correr a mi lado un largo trayecto tras otro.

Le debo muchísimo a mi familia, sobre todo a mis padres, por la tortura que supuso investigar conmigo todo lo relativo al restaurante Culver's y a las noches de pescado frito. Y a mis hermanos: Eileen, Meg y WJ, por haber animado siempre a su hermanita pequeña. Os lo agradezco infinitamente.

También doy gracias por tener unos amigos maravillosos que son además magníficos lectores: Rose Brock, Jen Calonita y Bethany Strout. Este libro es muchísimo mejor gracias a vuestras observaciones.

En palabras de la todopoderosa K. Clark, mi vida sería un asco sin: Chris Miller, que condujo como un valiente en sentido contrario durante nuestro viaje a Irlanda; Susan North y Amy Miller, que me han ofrecido su casa cada vez que necesitaba paz y tranquilidad; Mark Dowd, Amy Royce, Justina Chen y mis amigos de Facebook por responder a mis preguntas sobre la cirugía del ligamento cruzado anterior; Macallan Durkin, que me prestó su nombre. Y por supuesto sin mis maravillosos colegas escritores, que han convertido lo que tiende a ser un trabajo muy solitario en una fantástica comunidad de amigos.

Sería feo por mi parte no mencionar a la brillante Nora Ephron, que no solo creó a Harry y a Sally sino infinidad de personajes e historias inolvidables. Siempre me servirá de inspiración.

A todos los libreros, bibliotecarios, maestros y blogueros que han recomendado mis libros y a cualquier lector que haya escogido en alguna ocasión uno de mis títulos: no me dedicaría a esto de no ser por vosotros. Doy gracias a diario por tener la suerte de ser escritora y jamás subestimaré mi oficio (ni a vosotros). ¡GRACIAS!

Sobre la autora

Elizabeth Eulberg nació y creció en Wisconsin. Más tarde tomó rumbo a la universidad de Siracusa y luego se estableció en Nueva York, donde desarrolló su profesión en el sector editorial. Trabajó en el departamento editorial de Scholastic y actualmente está en Little, Brown, donde es la Directora de Publicidad Global de Stephenie Meyer. Vive a las afueras de Manhattan con sus tres guitarras, dos teclados y una baqueta.

Título original: *Better off Friends*

© Del texto: 2014, Elizabeth Eulberg

© De la traducción: 2014, Victoria Simó

© Del diseño de cubierta: 2014, Beatriz Tobar

© De la ilustración de cubierta: 2014, Sara Herranz

© De esta edición:

2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.librosalfaguarajuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-204-1779-0

Conversión ebook: Javier Barbado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Alfaguara Juvenil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosalfagarajuvenil.com

Argentina

www.librosalfagarajuvenil.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosalfagarajuvenil.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 277 42 42

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosalfagarajuvenil.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosalfagarajuvenil.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.librosalfagarajuvenil.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosalfagarajuvenil.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosalfaguarajuvenil.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosalfaguarajuvenil.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosalfaguarajuvenil.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosalfaguarajuvenil.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosalfaguarajuvenil.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosalfaguarajuvenil.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosalfaguarajuvenil.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosalfaguarajuvenil.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosalfaguarajuvenil.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosalfaguarajuvenil.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51